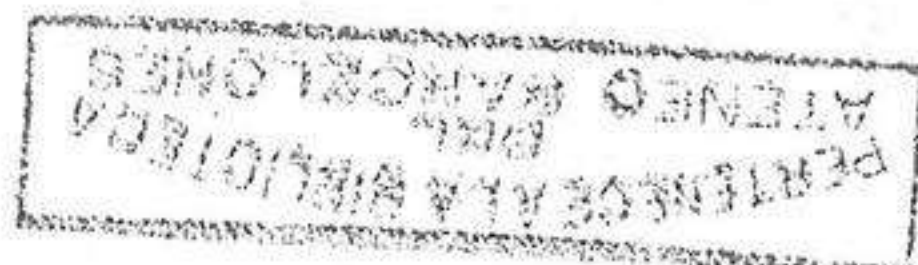


AÑO 25.

NUM. 299.

LA

ESPAÑA MODERNA



Director: JOSÉ LÁZARO

NOVIEMBRE 1913

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.



# EL ESPIRITU Y EL TITANISMO CIENTIFICOS

## DE NUESTRO TIEMPO

---

Nuestras diversas ciudades, en 1700, en nada se parecían a las poblaciones actuales. Las noches sin luna vagaban en aquel tiempo las gentes por calles angostas, al resplandor de las linternas o de luminosas antorchas, al decir de nuestros antepasados, porque el alumbrado público no existía. La luz del sol apenas penetraba durante el día en el interior de los aposentos por estrechas ventanas con cristales ahumados. Nuestras ciudades vivían entonces, no en la sombra, sino en la más completa obscuridad. Los medios de transporte eran muy defectuosos: carruajes abordables sólo para el rico, ofreciendo poca seguridad, y además escasamente confortables; carros de fácil mecanismo, donde el traslado de mercancías era lento y eventual. Las noticias importantes de unas urbes no alcanzaban a las otras, y si alcanzaban eran falsas, incompletas o mal interpretadas. La muchedumbre se resignaba con tal carencia de novedades y con la vida sencilla de aquella época.

Los que estamos encargados de estudiar los fenómenos vitales, sabemos que la luz es el excitante por excelencia de nuestras energías, y que el complemento y superabundancia de la vida de un sér pueden medirse por la diversidad, prontitud y



seguridad de los medios por los cuales se halla en contacto con el ambiente que le rodea. Juzgada la vida bajo este aspecto, podemos afirmar que debía ésta ser, en las ciudades de la aludida era, muy distinta de nuestra existencia actual.

El estudio de los seres vivientes nos enseña que si desde cierto punto de vista parece el medio circundante moldear al organismo, desde otro punto de vista se manifiesta árbitro el organismo de este medio ambiente, y la eterna cuestión se plantea: ¿es que se hacía valer, se amparaba antes más a la vida humana que ahora?; ¿ha habido realmente un progreso efectivo en la existencia del hombre?

No nos es posible por el momento contestar de una manera precisa a tan interesante asunto, sin antes estudiar severa e imparcialmente la historia de los *conocimientos humanos* desde la época aludida hasta nuestros días.

Es un hecho comprobado, que las ideas del hombre acerca de las *Ciencias de la Naturaleza* difieren en nuestro tiempo de lo que fueron entre nuestros antepasados.

Vemos en la *Filosofía antigua* que la tierra, el fuego, el aire y el agua eran lo que llamaban los *elementos* nuestros ascendientes. Se creía entonces, y con razón, que el conocimiento de las propiedades de estos *elementos* era la indispensable base para el análisis de la *Naturaleza*. Traducida en lenguaje moderno, la idea de los *elementos* quería decir la composición del agua, de la atmósfera y de las demás cosas que constituían la *materia*, así como la comprensión de las propiedades generales de los gases, líquidos, sólidos, y la calidad y efectos de la combustión. Sobre todas estas cuestiones, nuestros actuales conocimientos son ya extensos, más precisos y complejos desde determinados puntos de vista, aunque vayan ampliándose sin cesar, como casi todos los demás conocimientos.

Hoy los niños de las escuelas saben que el aire que envuelve al planeta no es un elemento simple, como antes se creía, sino que está formado de oxígeno y nitrógeno mezclados en definidas proporciones. Saben igualmente que el agua no es otro ele-



mento simple, sino el producto del oxígeno con el hidrógeno. Saben también que cuando el aire alimenta, aviva al fuego y da la vida animal, el oxígeno es el principal factor de tales maravillas. Ellos conocen, en fin, que, en torno de estos trascendentes fenómenos naturales, el citado cuerpo da lugar a la *oxidación*, común origen de la luz y del calórico. Reflexionemos acerca de la gran confusión que en lo sucesivo reinaría, no sólo en las discusiones académicas, sino en el mundo entero, si algún poder misterioso viniera hoy mismo, esta noche, a borrar de nuestra mente toda huella, la más mínima impresión de ideas, sobre tan interesantes conocimientos elementales, como el *oxígeno*, la *oxidación*.

Hacia el tercer cuarto del siglo xvii, y hasta los célebres escritos de John Mayow, no se había dicho aún la verdad sobre la *oxidación* y la *combustión*, y esto no fue más, si así puede decirse, que un fulgor de gloria extinguido en seguida. Durante el resto del citado siglo y en la mayor parte del siguiente, iban los filósofos a tientas, con frecuencia ilusionados respecto de sus ideas, cuyo conjunto fue lo que llamaban el *phlogiston*; y al fin del tercer cuarto del siglo xviii, la antorcha de la verdad se avivaba para no extinguirse más. La luz resplandecía simultáneamente en Francia e Inglaterra, llegando los hombres de ciencia, en dicha era, a entablar porfiadas controversias, y en ambos países se creían con idéntico derecho a una común recompensa; tanto fue así, que positivamente se debe la verdad a Priestley, a Lavoissier y a Cavendish. Si fue, en verdad, Priestley el primero que demostró la existencia de lo que llamamos el *oxígeno*, es, no obstante, a Lavoissier al que somos deudores de la idea positiva de la naturaleza de la *oxidación* y de la interpretación neta de todo el alcance de los descubrimientos de Priestley; mientras que el concepto de la composición del agua, necesario complemento del conocimiento del *oxígeno* para este químico, nació en 1774, en la clásica Memoria de Lavoissier acerca de la «naturaleza del principio que entraba en combinación con los metales durante la calcinación;



en cuanto a la información de Cavendish sobre la «composición del agua», apareció en 1784.

En el último cuarto del siglo XVIII, estas nuevas ideas de *oxígeno* y *oxidación* lucharon rudamente por su existencia. El hecho del mismo Lavoissier hablando de «cómo el principio que entraba en combinación—del que en 1778 debía él llamar más tarde el *oxígeno*—bastaba para demostrar cuán nuevas eran tales ideas».

Tenemos un vivo recuerdo de las dificultades que ofreció su aceptación cuando de estudiantes aprendíamos que el mismo Priestley rehusaba al final de su vida admitir la verdad alcanzada por su descubrimiento. En 1779, estas nuevas nociones sobre el descubrimiento del *oxígeno*, la naturaleza del agua y del aire, así como del verdadero concepto de la composición y cambios químicos, se conocían de un modo vago mucho tiempo antes, porque había aparecido la *nueva idea química* que luego se conoció con el nombre de «teoría atómica de John Dalton». Basta leer las pesquisas científicas de aquel tiempo, para darnos exacta cuenta de todo lo que se discutía por los mismos filósofos acerca de tales creencias, que no solamente hoy entran en todos nuestros estudios científicos, sino que hanse transmitido mediante las ideas generales de las pocas gentes instruidas, que eran conocidas entonces por muy pocos privilegiados.

La *electricidad* ha prestado resultados prácticos de un incalculable alcance para la cotidiana vida, al mismo tiempo que las nociones teóricas que ella comporta han permitido penetrar profundamente en la *naturaleza de las cosas*. Pueden estar orgullosos los *sabios físicos* del triunfo material y del beneficio intelectual que ha proporcionado a los actuales investigadores, conquista que ha de causar todavía grandes sorpresas en el porvenir.

Los estudiantes que hace siglo y medio aprendían de los *maestros filósofos* de su tiempo los conocimientos naturales, oían a menudo discutir sobre máquinas eléctricas, chispa eléctrica, fluido eléctrico, como de electricidad positiva o negati-



va, porque era conocida esta fuerza natural por rozamiento, y había sido cuidadosamente estudiada. Desarrollando un *sabio* las ideas elementales acerca de la relación entre la electricidad y los fenómenos de los cuerpos vivos, y apoyándose, además, en las observaciones practicadas por el italiano Galvani, dedujo que aquella fuerza podía ser reproducida, no solamente frotando uno contra otro determinados cuerpos, sino por el simple contacto de dos metales, explicando de esta manera los notables resultados obtenidos por el sabio italiano. Era este investigador el insigne físico de Pavía, Augusto Volta, cuyo descubrimiento admitió todo el mundo, sin saber que estaba éste bajo la dependencia de otro descubrimiento. Atribuyó el físico de Pavía las contracciones musculares de la rana, en la experiencia de Galvani, al desarrollo de la electricidad por el contacto de los metales—teoría hoy abandonada;—pero, tomando después sólo el punto capital de la experiencia, aplicó la principal producción de dicha fuerza al punto de contacto de dos cuerpos heterogéneos. Flemming, veinte años antes, sospechaba este idéntico origen de la electricidad.

El *imán* y sus *propiedades magnéticas* eran también conocidas desde largo tiempo, no habiéndose sacado más partido de él que el descubrimiento de la brújula. Pudo el mismo descubrimiento de Volta haber quedado mucho tiempo relativamente estéril, abandonado a sí propio, pero las famosas observaciones llevadas a cabo en 1819 por Oerstedt acerca de las analogías entre la electricidad y el magnetismo, fueron la causa de una nueva corriente de ideas. Estas ideas, desenvueltas durante algunos años con una rapidez sin cesar creciente, han cambiado por completo las materiales conexiones del hombre con las múltiples circunstancias de la vida, a la par que le han permitido dar un paso inmenso en el *conocimiento de la naturaleza de las cosas*.

La *Geología* también se crea el año 1779. Mucho existía de esta *Ciencia* en las antiguas *Cosmogonías* que explicaban cómo el mundo había salido del primitivo *caos*, pero esto no fue más



que un medio, un recurso; y en los últimos años del siglo xvii los famosos Sthensson en Italia, y Hooke en Inglaterra, solucionaban algunos de los problemas promovidos por los *restos fósiles*. Woodward exploró asimismo idéntico dominio. A mitad del siglo xviii, ya los talentos de entonces estudiaron los agentes físicos de la *Naturaleza* en la modificación de la corteza terrestre; el agua y el fuego resultaban de un primitivo Océano y del calor central, Neptunó y Plutón, servían para explicar a Werner y a Desmarets los *fenómenos terrestres*. Las teorías en aquel tiempo eran muy abundantes, y se llevaron a cabo una porción de investigaciones; por tanto, podemos afirmar que la *Ciencia de la Geología*, propiamente dicha, o sea el exacto conocimiento de las sucesivas fases de la vida de nuestro Globo, data de los últimos años del siglo xviii.

En 1771 publicaba James Hutton una información (su *Teoría de la Tierra*, que desenvolvió después, en 1795, dos años antes de su muerte), pero no prevalecieron sus ideas, le faltó el talento y el valor de su colega Jhon Playfair, que, en 1802, las hizo prevalecer. El mismo año, pues, en que publicaba Hutton su nueva hipótesis, llegaba a París el ilustre Cuvier, con objeto de estudiar, al mismo tiempo que Broguiart, sus inmortales investigaciones acerca de los *fósiles* de esa villa y sus cercanías. Cuatro años después, William Smidt dió a luz su obra sobre los *terrenos y los fósiles*. Durante los últimos años del siglo xviii se entabló la colosal empresa que ha perseguido el siglo xix con grandes resultados; pero en esta época, por desgracia, muy pocas personas retenían la *verdad científica*. Fuera de un reducido número de gentes instruídas, reposaban los conceptos de la historia de la tierra, en la inmensa mayoría de los hombres, sobre la narración del diluvio, en que estaban inspirados, con fines presuntuosos o miras egoístas, en las fuerzas plásticas de una naturaleza, por así decirlo, *deportiva*.

En otra rama de la *Ciencia*—que se preocupa de los problemas de los seres vivos—las ideas de los pocos científicos del siglo xviii eran completamente distintas de las actuales ideas. La



trascendental cuestión de la naturaleza de los seres vivos es una de las principales que al hombre ha preocupado y le ha inducido a la antigua máxima esculpida en el templo de Delfos, que dice: «Conócete a ti mismo.» Promesa que todavía no ha cumplido, que subsiste, y cuyo cumplimiento está muy distante. La persecución de los *secretos de la Naturaleza* parece más bien haber conducido al hombre «lejos de sí mismo» a las más remotas regiones del Universo e inducido a penetrar los misteriosos fenómenos en los que no ha tenido más que una exigua parte. Su conocimiento acerca de la *naturaleza de los seres vivos*, como también de su propia condición, ha progresado lentamente, y adelantará conforme los progresos de otras ramas del saber vengan en su ayuda. Lo poco que han evolucionado, hasta ahora, las *Ciencias biológicas*, que así se llaman, ha sido únicamente en estos últimos cien años.

Podemos considerar a un cuerpo vivo como una máquina que cumple su trabajo según determinadas leyes, y darnos cuenta del funcionamiento de sus rodajes interiores; saber también cómo la materia viva produce movimiento y calor. Podemos asimismo apreciarlo con vida individual y como eslabón de una larga cadena cuyo origen se pierde en el pasado más remoto, esforzándonos en conocer las trabas que unen una vida con la otra, la orgánica con la psíquica. Considerados los problemas vitales desde cualquier punto de vista, disponemos hoy no sólo de una porción de *maestros biólogos*, sino también de una serie de conocimientos adquiridos, velados para los filósofos de hace un siglo. Las interesantes cuestiones que promueve un cuerpo vivo considerado como máquina, son de orden mecánico, físico o químico; otro orden más trascendente no encaja en ninguna de estas categorías. En el siglo xvii abrió William Harwey, con su descubrimiento de la *circulación de la sangre*, una fecunda vía que emprendieron y siguieron con éxito sus contemporáneos, como los sabios del siguiente siglo. El estudio de la mecánica del animal y de la planta avanzaba a grandes pasos; pero los problemas físicos y



químicos eran apenas abordados. El siglo XVIII tuvo su *Física* y su *Química*; pero, frente a las cuestiones promovidas por los seres animados, ¿cómo podían aquellos sabios crear una *Química* sin oxígeno, y una *Física* que ignoraba que la *Electricidad* pudiera ser originada por la acción química? Cuando discutía la *Filosofía* del siglo XVIII las funciones de los animales y de las plantas, implicaba cambios químicos; a esto se hallaba reducida, y lo más frecuente (como sus predecesores del mismo siglo), se limitaban a recorrer términos vagos los científicos aludidos, como *fermentaciones* y otros similares. Hoy, nuestros tratados de *Fisiología* dan explicaciones precisas acerca del importante papel de los agentes físicos y de las sustancias químicas en el organismo viviente.

Ciertos fenómenos de los cuerpos vivos—los principales quizá—no pueden explicarse por mediación de la *Física* o de la *Química*, sino por especiales métodos. Tales son los problemas relativos al sistema nervioso. A este respecto, los sabios de 1700 estaban en el umbral de un descubrimiento fecundo. Durante la última parte del siglo pasado, el análisis de los sorprendentes procesos del sistema nervioso que originan las sensaciones, las ideas y los movimientos, fue planteado mucho antes con un considerable éxito respectivamente a sus prácticos resultados, y lleno de promesas en cuanto a sus resultados teóricos. Análisis que puede ser reducido a lo que vamos a exponer: «Sabemos hoy que los fenómenos nerviosos y psíquicos resultan de la transmisión de las impulsiones nerviosas por el tejido de fibras de que el cerebro está formado. La experiencia y la observación nos ha demostrado que de la modalidad del tejido depende el desempeño de las impulsiones, y podemos ya explicar muchos de los oscuros problemas hasta hace poco inexplicados, no solamente los relativos a las enfermedades nerviosas, sino también al funcionalismo nervioso normal.» Por el sistema nervioso se ejercitan—como hace mucho tiempo que se sabe—todas las actividades del cuerpo que mantienen la vida ordinaria, merced a los nervios involuntarios que



constituyen el sistema del *Gran simpático*. El sistema nervioso voluntario es el instrumento de la *mente* y por él sentimos y nos movemos.

Los primeros principios de este estudio del sistema nervioso eran ya conocidos a fines del siglo xvii. Se sabía que los nervios eran los agentes de la sensación y del movimiento de los músculos; se había aprendido mucho sobre la aptitud de tal o cual parte del cerebro; pero no se sabía que la fibra nerviosa defiriera de otras, en el mismo mecanismo de su función. Era precisamente al fin del siglo xviii o en los comienzos del xix cuando un cirujano inglés concibió una teoría que no dió a conocer sino algunos años después, no siendo aceptada sino más tarde todavía. Publicó en 1811 en un tomo su *nueva hipótesis*, en la cual sostenía que el sistema nervioso estaba construído sobre este principio: «los nervios no son sencillos cordones que poseen variadas aptitudes, sino más bien faecículos de nervios distintos, cuyos filamentos, reunidos para facilitar la distribución, tienen una función diversa, y presentan en el cerebro un origen diferente». El ilustre cirujano fue Charles Bell, cuya *idea nueva* ha sido el punto de partida de los progresos realizados en este dominio; nuestros conocimientos actuales sobre el funcionalismo del sistema nervioso no son otra cosa que la ampliación de la *nueva noción* de Bell.

Si pasamos de los problemas del organismo considerado como una viva máquina, a los que dan impulso a las más diversas particularidades propias de los seres que han vivido, moran y existirán en el planeta, al momento recordamos que se abrió a mitad del siglo xix una era sin precedente en materia de *Biología*, con el *Origen de las especies*, de Charles Darwin. Esta obra, en unión de las trascendentes consecuencias que tuvo, no hubiera producido más que muy poquísimo efecto, si los sabios de los primeros años del mismo siglo no la prepararan. La idea fecunda de Darwin se apoya, en efecto, sobre los resultados de las *investigaciones biológicas realizadas* anteriormente en dos direcciones, que eran casi desconocidas



de los hombres del siglo xviii. Darwin apeló—lo sabemos—a los trabajos geológicos aportados a su época; sabemos también que estos trabajos, imperfectos entonces, y que permanecieron algún tiempo muy incompletos, han proporcionado más tarde pruebas decisivas de su concepto general, al menos en una determinada parte. En el siglo xviii no existían aún *trabajos geológicos*.

Respecto de la segunda dirección de las investigaciones del inmortal profesor, diremos que hoy el más modesto estudiante de *Biología*, o un lector medianamente culto, sabe que todo ser vivo, y aún el mismo hombre, comienza su existencia independiente bajo la forma de una célula, de la que podemos afirmar con confianza que *su estructura no puede ser más sencilla*. Se sabe, igualmente, que las particularidades de forma que caracterizan a los seres vivos, así sean éstos los más complejos, son «el resultado de sucesivos cambios o singulares modificaciones en la vida de cada sér, desde el mismo huevo hasta el pleno desenvolvimiento», una serie inmensa de escenas cambiantes, variadas, que van y vienen transformándose, realizando modificaciones a veces de un modo repentino, cimentándose las unas en las otras, y con frecuencia la forma final, bajo la cual el sér parece comenzar su vida en el mundo, es la resultante de una multitud de formas.

Todo o casi todo cuanto sabemos de exacto respecto del medio en el cual cada sér viviente persigue su forma y estructura propias, es el fruto del trabajo del siglo xix. El modo como el pollo está alojado en el huevo, es un fenómeno vital conocido por los mismos antiguos, que fue descrito en el siglo xvi por Fabricius, y después, en el siglo xvii, de una manera más precisa, por el gran naturalista italiano Malpighi. La positiva enseñanza que encerraba tal conocimiento había sido descuidada o mal interpretada. Al fin del siglo xvii, la teoría dominante era que en la formación de un sér dentro del huevo no había elaboración de partes nuevas, es decir, epigénesis. Se enseñaba que estaba todo él, el pollo,



el sér, oculto en el huevo, pero oculto en razón a la considerable transparencia de su substancia, y que el proceso de desenvolvimiento en el mismo era una sencilla despleadura, una simple evolución. Nadie retrocedía ante las consecuencias lógicas de tales ideas, como eran que en el sér no nacido todavía—es decir, no salido aun del huevo—se encontraban ocultos y replegados de la misma manera sus propios descendientes, y en éstos, la siguiente generación, y así sucesivamente, como en esas bolas de billar que los chinos tallan la una en la otra. Por tanto, la teoría no era un concepto ilusorio sostenido por un soñador, sino que estaba fortalecida por ciertos sabios como el insigne Haller, aunque faltó en aquel tiempo reconocer que el crecimiento del polluelo en el huevo coincidía con los cambios de forma.

Al principio del siglo XIX, después de la publicación de las investigaciones de Bon Baer, se desacreditaron tan rancias creencias. El, y otros que le siguieron, demostraron patentemente que cada individuo alcanzaba su estructura y forma finales, no por ese despliegue aludido de cosas preexistentes y ocultas, sino por la formación de partes nuevas, por la diferenciación continua de una materia primitivamente sencilla. Se ha establecido también, de un modo terminante, que los sucesivos cambios experimentados por el embrión en su desenvolvimiento en el huevo hasta la completa madurez, son la expresión genuina de las leyes morfológicas que el progreso persigue de lo general a lo especial, y que las distintas fases de la vida embrionaria reflejan las etapas de las existencias vividas por los ascendientes en los tiempos más remotos.

Para tener una medida exacta de las ideas en *materia biológica* a fin del siglo XVIII, basta imaginar a Darwin esforzándose en su publicación sobre «el origen de las especies». Veámosle escuchar a los filósofos de su época, que le dicen que un grupo de seres vivientes difiere de otro grupo en que todos sus individuos y todos sus antepasados vinieron al mundo de una vez, al mismo tiempo que el primer nacido de la raza ence-



rraba en sí a todos los demás. Veámosle asistir a un debate entre filósofos que sostenían: unos, que todos los *fósiles* ocultos en el suelo eran los restos de animales o plantas muertas por la agitación debida a un violento diluvio universal, y depositados tan pronto como las aguas se retiraron; otros, que estos vestigios no eran realmente despojos de seres vivos, sino el producto de cierto *poder plástico* que, merced a la superabundancia de su energía, dió a la inerte tierra formas imitando únicamente las propias de los seres vivos. En semejante medio, emprendió Darwin el vuelo genial que le llevó a la idea que ha asegurado la posteridad de su nombre.

Dejemos de lado el pasado. Es nuestro propósito traer la historia de los *progresos científicos* realizados durante el siglo XIX, y únicamente debemos recordar que las dos *grandes ciencias*, la *Química* y la *Biología*, han nacido, o mejor dicho, han comenzado a marchar solas a fin de este siglo, y tanto se han engrandecido, que hoy son dos cosas distintas de lo que fueron en 1779. El estudio de los seres vivientes ha sido, pues, transformado por completo.

Decir más, sería repetir la misma Historia. Si nuestras nociones actuales sobre electricidad son las más avanzadas, no podemos decir lo mismo con respecto a las otras ramas de la *Física*. En cuanto a las diversas *ramas del saber*, la *Ciencia de los números* y la *Ciencia de los cielos*, cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos, también han progresado durante este siglo con una rapidez pasmosa.

Creemos que relativamente a los conocimientos de la *Naturaleza*, existe un abismo entre 1713 y 1913. Nuestros conocimientos han sido aumentados, propagados. Si es cierto que los actuales sabios están por delante, en varias materias, de los sabios de entonces, también es verdad que no hacen éstos más que transportar el bagaje común del gran número, a pesar de la infinidad de cosas que aquéllos ignoraban. La diferencia entre dicha era y la nuestra, desde el punto de vista de las nociones sobre la *Naturaleza*—cualquiera que sean las de-



más diferencias entre aquélla época y la nuestra,—debe ser interpretada como un *progreso positivo*; el camino recorrido es, a no dudar, un colosal paso hacia adelante. Esto se debe afirmar sin vanidad, porque la historia de los triunfos de la *Ciencia* invita al observador a descartar de sí toda idea de vanagloria.

Quien se atreva a resolver *un problema científico*, tiene ocasión de apreciar las investigaciones llevadas a cabo sobre idéntico objeto por algún sabio de los tiempos pasados; resulta mucho más humilde tal apreciación, porque ha demostrado aquél después de la traducción del lenguaje del pasado al lenguaje moderno, que su predecesor estaba muy cerca del concepto considerado por él como nuevo, y creía, muy ufano, ser el único que lo conocía, y las ideas de su predecesor—en atención a las actuales ideas—le parecieran absurdas; la sonrisa que su utopía provocara en los labios del sabio moderno había de retenerse ante este pensamiento: «Las ideas que manifiesto y que creo explicar patentemente, quizá parezcan a algún investigador del porvenir tan erróneas, tan fantásticas como me parecían a mí las de mis predecesores.»

En estos casos, la presunción, la arrogancia personal debe ser refrenada. En cada página de la historia de la *Ciencia* encontramos inscrita en caracteres, que a nadie pasan desapercibidos, esta lección: existen *verdades científicas* que nacen espontáneamente, surgiendo por sí mismas. Toda *nueva verdad* es siempre la resultante de *alguna cosa* que ha existido antes, y se torna análoga a su vez de *alguna otra cosa* que luego ha de venir. En tal dominio, es diferente el sabio o parece distinto del poeta y del artista. El poeta lo es de nacimiento; no se forma, se eleva siempre, sin que nadie conozca su origen; cuando desaparece, a pesar de que canten los hombres sus poemas durante siglos, desaparece entero. El sabio, por el contrario, no es creador; él es creado. Por grandiosa que sea su obra, no es totalmente suya; ésta es, en parte, el fruto de su trabajo, y en parte, de los genios que le han precedido. Tal o cual idea



que inmortalizó su nombre, ha surgido no sólo del esfuerzo individual, sino del propio ambiente de su época. ¡Cuántas veces encontramos en los éxitos de nuestros predecesores los rudimentos de un concepto que más tarde llega a ser una verdad confirmada, reconocida, por los talentos de nuestro tiempo! La idea en el predecesor era infecunda, por cuanto el mundo no estaba en aquella época preparado para recibirla; será ratificada más tarde; las verdades concomitantes que debe luego sacar a luz dicha nueva idea todavía faltaban. Muchas cosas que hoy tenemos por utópicas, ilusorias, para el hombre futuro serán profundas verdades. Algunos sabios hacen *Ciencia* merced a cierto *espíritu de aventura* nacido de las verdades adquiridas que les obligan a ir más lejos que los demás científicos de su época, y sirviéndose de las mismas, alcanzan grandes conquistas.

Esto es debido a que cada sabio no es su propio maestro, sino más bien el servidor dócil de una impulsión, como tal inconsciente, que, obrando mucho tiempo en él, después obrará más todavía; y en materia de *ciencia* pura, positiva e integral, el error no puede ocurrir. Verdad es que el sabio puede tener períodos de oscuridad y períodos de lucidez, eras de progreso, de decadencia o de resurrección; pero en la verdadera *Ciencia* no hay más que progreso, no así en la *media Ciencia*. El camino de aquélla siempre debe ser una línea recta; las ideas que van en línea recta alcanzan un nivel más elevado que las que describen no un círculo, sino una hélice. El edificio de la *Ciencia* no se constituye como una casa, ladrillo por ladrillo y piedra por piedra; los materiales, una vez colocados, permanecen en su sitio. El *crecimiento de la Ciencia* se persigue como el del sér vivo, de la misma manera que en el embrión las fases siguen a las fases, y cada miembro del cuerpo sucesivamente toma diferentes aspectos, quedando muchos en un mismo miembro u órgano; de idéntico modo, un concepto científico de una edad o época parece diferir del de la edad siguiente, aunque éste sea el mismo en el proceso de formación; así también



como los contornos mal definidos del embrión se precisan conforme y a medida del crecimiento a modo de una imagen proyectada sobre una pantalla a la que se aproxima más o menos el foco de la lente para que resulte aquélla más nítida, asimismo los oscuros conceptos de los sabios de los tiempos antiguos son traídos paulatinamente por repetidas aproximaciones a las conclusiones precisas y claras de nuestros días. La historia de la *Ciencia* durante el siglo XIX, como en los precedentes siglos, es la historia del *progreso continuo*; ella no presenta la menor huella de retroceso ni de estancación. Cuanto es adquirido para las *investigaciones científicas*, es atesorado para siempre; a lo que podemos agregar, que las ventajas suelen parecer ocultas, veladas, pero jamás desaparecen.

El beneficio material que la humanidad ha obtenido y todavía obtiene del adelanto de la *Ciencia* es tan imponente, que todo el mundo ha estado de acuerdo en celebrar los elogios de la misma.

Está fuera de duda que ha contribuído ella a disminuir y a alimentar el trabajo arduo, rudo y el sufrimiento humano; ha aumentado considerablemente y distribuído el bienestar, la comodidad y el consuelo para muchos. Las aplicaciones de la *ciencia* han proporcionado el lenitivo, por así decirlo, el medio que suaviza los períodos más penosos de la vida, y no solamente la del rico, sino la del pobre. Las ventajas materiales facilitadas por aquélla son tan interesantes y numerosas, que muchos *esclarecidos talentos* han creído ver en éstas los únicos beneficios que procura. Se habla de *Ciencia* como cosa útil, y nada más cierto, pues su labor se limita a satisfacer las necesidades materiales de la humanidad.

Los triunfos de la *Ciencia* que procura tan notables ventajas, son, en su género, conquistas intelectuales. Los bienes asegurados por aquélla se deben al mayor dominio que el hombre tiene, más de cada vez, sobre el *universo* y sus *fuerzas*, poder que avanza con la *disciplina de su mente*. Esta es la facultad que va desenvolviéndose para domeñar la *Naturaleza*; es



un uso su influjo sobre el *Cosmos* que utiliza para la prosperidad de la vida humana.

Las *pesquisas científicas* que ponen el ingenio del hombre en juego, le impulsan a elaborar las verdades y cual una sencilla y servil máquina, produce magníficos resultados sin saber cómo, y no percibiendo parte alguna en el beneficio que produce su tarea.

¿Cuáles son, pues, las cualidades de este espíritu científico que ha producido y produce todavía sorprendentes cambios en las relaciones del hombre con la *Naturaleza*? Fijémonos en los atributos del *Genio*. La mayor parte de los *progresos científicos* parece que se presentan bajo la forma de series de grandes etapas llevadas a cabo por un *gran hombre*; la distinción, en materia de *Ciencia*, entre el autor de un colosal descubrimiento y el humilde trabajador, es una diferencia de grado y no de categoría. Como han sostenido en todo momento *muchos talentos* de la *Ciencia*, los descubridores deben su invento con frecuencia, más bien a la ocasión propicia que a su absoluta validez de sabios. Las facultades que guían a un hombre en la investigación imparcial de la verdad—llamado a figurar entre los demás talentos y a contribuir con ellos al verdadero *progreso científico*—son las mismas en el fondo que las que conducen a un descubrimiento de resonancia, ruidoso.

Las principales características del *espíritu científico*, fructuoso, ventajoso, son tres: en primer lugar, y entre todas las cosas, resalta el carácter, la cualidad dominante del sabio que debe de ser de aquellos que vibren al unísono de las cosas que busca; el *investigador de verdades* tiene que ser sincero consigo y con los demás, pero de una suerte de sinceridad más imperiosa que la propia sinceridad de sus semejantes. El que no posee el *espíritu científico*, carece de ese tesón, de esa condición individual, de esa disposición del alma o singular privilegio que se concede a muy pocos hombres; a menudo se contentan con el *casi*, con el *poco más o menos*, o con el *aproximadamente*, y como son sinceros en absoluto, no pueden ser *mártires* de



*su idea, apóstoles de la verdad.* En segundo lugar, debe ser el *investigador científico* de carácter advertido, previsor. La *Naturaleza* nos muestra indicios, nos hace signos, nos revela sin cesar una parte de sus secretos; el hombre de *Ciencia* debe estar dispuesto siempre a utilizar las indicaciones de la *Naturaleza* por insignificantes que sean, a saear partido de sus débiles susurros. En tercer lugar, la *investigación científica* sea cual fuere el *esfuerzo intelectual*, necesita una cualidad moral: el valor, la firmeza de ánimo, la energía—no el que permita al hombre hacer frente a una dificultad súbita, repentina, sino el valor de resistencia, de tenaz paciencia.—Cada *investigación prolongada* ofrece difíciles momentos. El camino primeramente recto y despejado presenta dificultades o termina en un callejón sin salida; el entusiasmo, la facilidad en los comienzos desaparecen, y cae el observador en el cenagal del furor, de la desesperación. Este es un instante crítico que exige un gran valor; nada de apenarse por perder una o mil batallas; lo importante es no perder la campaña. Luchando el *investigador*, encontrará la salida que ha de volverle al recto camino; si el valor le falta, se volverá atrás y agregará un obstáculo más en su ruta, dejando sin acabar su arduo trabajo.

Pero suele decirse que estas cualidades no son siempre particulares atributos de los hombres de *Ciencia*, sino que se encuentran también en todos aquellos que han obtenido un éxito, cualquiera que haya sido el camino emprendido en su vida. Esto es muy cierto, y debemos insistir en tal punto; los hombres de *Ciencia* efectivamente, carecen de especiales virtudes, son como los demás hombres. La *Ciencia*, como dijo Huxley, es el *sentido común organizado*, y los hombres de *Ciencia* son personas ordinarias ejercitadas en el *sentido común*. Si los *hombres de Ciencia* no son más perfectos, más útiles ni más firmes ni mejores que los demás hombres, ellos poseen en cambio una actividad que, como sabemos, no es su propia intensidad de acción, sino la actividad de la *Ciencia*, poder moral que en su alma ejerce cierta influencia, y del que son sus más fieles ser-



vidores. En el curso de su *adiestramiento espiritual*, mientras aprenden cuánto se ha progresado antes de su época, reteniéndolo en su cerebro convenientemente, comprenden que lo ya conocido puede servirles, no ya sólo como punto de partida para penetrar en lo ignorado, sino también como brújula que ha de guiarles en sus personales pesquisas. ¡Qué preparados comienzan en este caso sus investigaciones, que emprenden celosos como observadores justos, severos y, por consecuencia, fortalecidos, confortados, como la Naturaleza con ellos! Merced a sus incesantes desvelos, cada indagación que obtenga un resultado feliz o bien fracase, les prepara para el próximo esfuerzo y les presta más tesón y confianza; la Naturaleza regula las cosas de tal modo, que cada acto de sumisión, de obediencia del investigador, facilita su ardua tarea, y de etapa en etapa lo trae a la perfecta obediencia, que en él constituye la *verdadera pericia*.

Cuando reflexionamos sobre la eficacia de la disciplina en la *información científica*, cesan de sorprendernos los progresos de los *conocimientos de la Ciencia*. Los resultados obtenidos resultan mediocres, cuando ésta tiene a su servicio inteligencias pobres o talentos tacaños. Si ella hubiere puesto bajo su dependencia a *espíritus superiores* que se valieran de sus energías para luchar, para resolver los grandes problemas, y hubiesen consagrado toda su actividad a la ampliación de los *conocimientos humanos*; si ella hubiera guardado para sí a esos *misteriosos hombres* que han sabido marchar rectamente sin necesidad de guía, ¡cuántos más progresos se hubieran llevado a cabo y cuántas falsas enseñanzas en el mundo se hubieren evitado! A los *hombres de Ciencia* cuando contemplan su hado, su destino, amparados en las enseñanzas del pasado, debemos concederles el dictado de gloria, de fama, por sus laudables pesquisas.

Si es cierto que la persecución de las *investigaciones científicas* tiene la singular validez de dar fuerza a los débiles y de mantener en el recto camino a los que tienden a salir de él, se



comprende que el beneficio material sacado de la *Ciencia*, por considerable que sea, no es el único bien que ésta proporciona al hombre. El rápido desenvolvimiento de las *Ciencias físicas* nos lleva demasiado lejos para no considerar más que las ventajas materiales, del mismo modo que un niño no ve otra cosa en su madre más que la dispensadora de buenas cosas, y no aprende sino muy tarde a conocer cómo su verdadero amor le ha dirigido en la vida cuidadosamente; de la misma manera hemos perdido de vista, ciegos por los sublimes dones de la *Ciencia*, su inmenso poder como invariable guía.

El hombre no puede vivir exclusivamente de pan, y le proporciona la *Ciencia* algo más que este alimento. Es una magna empresa para aquél cultivar determinadas plantas en terrenos pobres y estériles o en sitios donde antes le era imposible; pero no es menor empresa tener que ayudar a un hombre de *Ciencia* a sacar una precisa conclusión acerca de las difíciles materias que se le presentan. Ahora bien; si la *Ciencia* realiza lo primero, ¿por qué no puede hacer lo segundo? La *Ciencia*, repetimos, es el *sentido común organizado*, ordenado: locución aforística que puede interpretarse por el modo especial, como las cuestiones vitales que se ofrecen al común del vulgo deben resolverse por idénticos procedimientos, de los que se valen los *sabios* para decidir los especiales temas de la *misma Ciencia*.

Pero para que la *Ciencia* dé óptimos resultados, dos condiciones son necesarias: En primer lugar, conviene que su *función educadora* sea reconocida por la mayoría de los científicos; que las investigaciones de aquélla vayan seguidas, secundadas, no sólo por profesionales, sino en la necesaria medida, para asegurar, con la influencia del ejemplo, el mayor número de aquéllos. El principal objeto de todas las asociaciones sabias y serias, que marchan a la vanguardia del progreso en los países más avanzados, es reunir bajo la égida de la *Ciencia*, a todos los observadores imparciales, severos y doctos que deseen ver garantizado su llamamiento, su concurso.

En segundo lugar, se necesita penetrarse bien de que el



*entrenamiento* que debemos esperar de la *Ciencia* sea la resultante, no del acúmulo de conocimientos científicos, sino de la práctica de la *información* de ella. Un hombre puede conocer a fondo todos los resultados y todas las opiniones corrientes acerca de una rama cualquiera del *saber humano*, o si se quiere, sobre todas, y carecer de *verdadero espíritu científico*; en este caso, se halla incapacitado para llevar a cabo la más sencilla investigación. Este *espíritu* puede ser adquirido de la misma manera, sin previa investigación de una *nueva verdad*. Puede el estudiante ser repentinamente puesto al corriente o en presencia de *verdades nuevas*, como un ladrón que salta por encima de una tapia, y ve de un modo súbito la escena que se ofrece ante su vista. Las *funestas condiciones* de la *vida moderna* han inducido a ciertos observadores a adoptar este rápido camino, este medio veloz, en sus propias investigaciones. También puede ser llevado el observador a idénticas verdades, siguiendo la ruta seguida, los procedimientos continuados por cuantos las pusieron en evidencia. Por estos dos caminos puede, pues, el estudiante conseguir *alguna cosa* del ingenio del *investigador científico*. Están en el error, a nuestro modo de ver, todos aquellos hombres que creen que en la educación de la niñez no puede la *Ciencia* utilizarse, y mucho más los que consideran que esta *Ciencia* no es muy provechosa para ganar los educandos, ya de adultos, su mantenimiento, su propio sostén. Desde el punto de vista pedagógico, la experiencia de muchas generaciones hizo de los antiguos estudios literarios un instrumento de *disciplina del espíritu* de una extraordinaria potencia; si faltan estos estudios, o son insuficientes, la enseñanza de la *Ciencia* queda convertida en un enmohecido instrumento en manos inhábiles. ¿No es ésta suficiente razón para rehusar, el momento a la *Ciencia*, de demostrar la validez que debemos reivindicarle, como *entrenamiento* de la mente aplicado a todas las circunstancias de la existencia humana? Bajo un general aspecto, la *Ciencia*, en ese vasto campo de la actividad del hombre que denominamos *política*, en esa



denodada lucha, no de hombre a hombre, sino de raza a raza, aquélla trabaja para el bien general. Hecho que pasará desapercibido a un superficial observador. Verdad es que ninguna rama de la *Ciencia* ha testimoniado en estos últimos tiempos una mayor actividad, ni realizado mayores progresos, como la que proporciona a la humanidad los medios de llevar el desastre, el sufrimiento, la desesperación, la miseria y la muerte entre sus hermanos. El médico puede enorgullecerse de esa gran firmeza de ánimo que le ha prestado la *Ciencia* para endulzar los sufrimientos humanos y luchar con los infortunios de la enfermedad; pero puede ser en el destructor todavía más fiero el poder que le ha asegurado la *Ciencia* para destruir las vidas y sembrar la discordia, la desolación y la ruina entre sus semejantes. El primero, gradualmente ha aprendido a salvar las unidades; el segundo hase instruído para segar muy pronto, para destruir millares de inocentes. Pero la misma potencia, afortunadamente, de los modernos medios destructivos se tornará en serio obstáculo para el empleo de una substancia en exceso explosiva, o sobrado mortífera, especie de *materia prima* descubierta por nuestros más excelsos químicos modernos, que tendrá al fin que prohibirse su uso, en virtud de un convenio internacional. ¿Esperaremos mucho tiempo a que tal profecía se realice? Indudablemente, no. Ya lo dijo Tácito en otro sentido.

La preparación a la guerra, con el carácter que le da la *Ciencia*, asegurará la paz.

Nada puede de por sí el científico si no está relacionado con sus compañeros de trabajo; y como no es otra cosa que el elemento de un gran sistema, no puede a veces laborar con verdadero éxito. Para que su tarea sea lo que debe ser, necesario es que posea la influencia, la sensatez, la importancia y el aplomo indispensables en un talento, y que sepa cuanto han hecho sus colegas, como las demás capacidades, no sólo de su país, sino también del extranjero. Para el verdadero sabio deben eclipsarse el lenguaje, las costumbres y las barreras que



dividen a la humanidad en nacionalidades. Sus compañeros de trabajo tratarán de relacionarse o vivir con él, sea la lengua que hable y las creencias que sustente; y que vaya adelante con ellos a la persecución de un fin que le ayude, y a su vez él les ayude.

La historia del pasado nos suministra una porción de ejemplos de esa fraternidad entre los sabios. Durante los siglos XVI, XVII y aun XVIII, el uso universal del latín hacía fáciles las relaciones de los hombres ilustres; en algunas materias la *Ciencia* era entonces más cosmopolita que ha sido más tarde; además de las grandes dificultades del transporte, se consagraban los sabios de diferentes naciones, de tiempo en tiempo, y oían lo que sus colegas les mostraban. Los ingleses emprendían su largo viaje a Italia para estudiar allí el francés, el italiano y el alemán; viajaban de una cátedra a otra, y muchos titulares enseñaban en un país distinto del suyo. Existía una mutua protección entonces: la *Royal Society de Londres* se encargó de la publicación de las obras de Malpighi, y el eximio Lavoissier, dos años antes de que sus propios compatriotas le calumniaran o trataran de mofarse en su furor ciego, recibía de la misma Sociedad la más alta prueba de estima que tuvo a bien otorgarle.

Al fin del siglo XIX esta gran necesidad de conocimientos recíprocos y de común acción, solicitada por los sabios de los países más cultos, manifestábase de un modo singular. Tan pronto como era conocida la *nueva noticia* de un descubrimiento, en seguida era transportada por el telégrafo a toda la superficie del Globo. Comenzó el mundo sabio a desplegar una gran actividad en la *Congresos internacionales*, y se esforzaba en provocar la *Cooperación científica* entre las naciones más adelantadas. En la actualidad, los adeptos de los más diversos países se reúnen a determinados intervalos en dichos *Congresos* para discutir las materias más trascendentes de las diversas ramas de la *Ciencia*. El anhelo de no desperdiciar la menor parte de la actividad humana en la ruda contienda por e



descubrimiento de los *secretos de la Naturaleza*, conduce de cada vez más a la acción concertada de las naciones, combinando de este modo sus mutuos esfuerzos para atreverse con los problemas cuya solución es difícil y costosa. La exacta determinación de los pesos y medidas, la aclaración de las intrincadas cuestiones de Geodesia, la Antropología criminal, el mapa de los Cielos y la Tierra, la Psicología, normal y patológica, el problema de las razas, el actual tema de la *tuberculosis*, y otros mil progresos de la *Ciencia moderna*, han sido realizados en esas organizaciones internacionales.

El vivísimo deseo en varias regiones—particularmente marítimas—de penetrar los oscuros secretos de las zonas polares, se ha cumplido.

Uno de los grandes propósitos de las primeras inteligencias de nuestros días es el de instituir un solo lenguaje—el esperanto u otros—para todos los países, con objeto de facilitar las relaciones en todos ellos, y otro no menos interesante es el mantenimiento de la paz universal; colosales problemas, no exentos por ahora de serias dificultades.

Si dirigimos una mirada hacia atrás sobre los tres siglos que nos han precedido, la *historia de la Ciencia* nos enseña a ser humildes y circunspectos, porque en el *Cosmos* existe un inmenso conjunto de verdades que desconocemos, y además a mirar atentamente al porvenir con cierta esperanza. La influencia física, intelectual y moral de la *Ciencia* en la humanidad, es un hecho; influjo que no es menos considerable que los beneficios materiales que ésta procura; por tanto, pueden los pesimistas recuperar su valor, ya que desesperan en cuanto meditan con atención en el tiempo futuro. Los hombres de *Ciencia* no comparten con éstos sus creencias, sus ideas; aquéllos creen caminar por terreno firme. Por nuestra parte, contemplamos el pasado, no con sentimiento—como si alguna cosa se nos hubiera perdido, y jamás la encontráramos,—sino con satisfacción, con confianza: teniendo presente *un algo mis-*



*terioso* que ejerce cierta influencia sobre nosotros, sosteniéndonos para las etapas futuras.

Con los progresos de la *Ciencia* comienza a ser del dominio de todos los hombres un numeroso conjunto de verdades, cuya afirmación costó la vida a una infinidad de mártires.

Nos enseña la *Astronomía*, que la tierra, que la creíamos nuestra única morada, es un átomo perdido en la inmensidad del sistema planetario, que gira con otros astros alrededor del sol, más de un millón de veces mayor que éste, y que no es, sin embargo, más que una de las estrellas menores entre los cien millones de soles que adornan el firmamento. El *análisis espectroscópico* ha determinado la composición química de los mismos. El *telescopio* ha descubierto astros invisibles para la fotografía. La *Química* ha analizado la íntima contextura de la molécula, las atracciones y repulsiones del átomo, en fin, sus leyes. La *Biología* ha sorprendido la evolución de las formas intermedias, llevándonos gradualmente desde el organismo del protozoario hasta los más complejos organismos. La *Paleontología* ha visto nacer los primeros seres en el fondo del Océano, y ascender hasta la superficie del Globo. La *Embriología* ha apreciado la formación del embrión protozoario nacido de la fusión del *espermatozoide* con el *óvulo*. La *Física* nos ha evidenciado que lo visible para el hombre es solamente una pequeña isla de *vibraciones etéreas* comprendidas entre los *cuatrocientos y setecientos veinte billones* de longitud de onda; y que por encima y por debajo de esta modalidad vibratoria está la *luz negra*. En fin, la *Ciencia moderna* nos ha colocado entre dos infinitos: el infinitamente grande, o *sidereo*, y el infinitamente pequeño, o *atómico*.

Otswald y Arrhenins nos han probado que cada *átomo* es un *ion positivo* colocado en un centro, y los *electrones negativos* giran alrededor de él, como los planetas en torno del sol.

Los elementos—decía Lucrecio hace dos mil años—son indestructibles e inalterables. Tal fue la doctrina durante veinte siglos; tan antigua, parecía eterna para el que ignoraba la



ley evolutiva, para aquel que no apreciaba que nada dura en el *Cosmos*, que se transforma todo. Pero a su vez la antigua base se desmorona; catástrofe que es el efecto de fenómenos revelados por la *Física* y la *Química* desde hace una docena de años: desde el descubrimiento del trascendental fenómeno de la *radioactividad*, realizado por Becquerel, y del radio, descubierto por los Curié. Estos hechos han provocado una viva perturbación en las *Ciencias* y en especial en la *Filosofía*. Conviene coordinarlos. Gustavo Lebón, una de las inteligencias más sagaces de la época, careciendo de una situación oficial, ha luchado mucho, haciéndose oír al fin. Los sabios, a este respecto, han sido injustos con Lebón. Admite que la materia no existe, o mejor dicho, que existe en *estado provisional*, aparentemente, en vez de existir en *estado definitivo*, eternamente.

El insigne Berthelot proclamaba ayer el título de gloria del gran Lavoissier, y afirmaba: «Estableció Lavoissier por experiencias precisas, una capital distinción, desconocida antes de su tiempo, entre los cuerpos ponderables y los agentes imponderables; es este uno de los mayores descubrimientos que se han hecho; una de las bases de las *Ciencias físicas, químicas y mecánicas* actuales.» El hidrógeno, bajo Lavoissier y Laplace (1), era preparado por la acción del ácido sulfúrico sobre el hierro; la electrización del hidrógeno fue apreciada entonces, y constituyó una de las primeras pruebas, como aparecen ahora la *disociación*, la *destruibilidad* de la materia.

Lo que actualmente domina acerca de la *Filosofía de la materia* no es su indestructibilidad—sin la cual no hay *Ciencia* ni *Filosofía*, como decía exageradamente Spencer,—sino *radioactividad*, es decir, *disociabilidad*, *destruibilidad*. El fenómeno fundamental de estos doce últimos años es que la *radioactividad* existe en todas partes, en los distintos terrenos, en todas las rocas; fenómeno universal que escapa a nuestros

---

(1) *Revue des Idées*. Barthe. Pág. 304. 1909.



imperfectos sentidos, y no así a los de ciertos animales nocturnos. La *radioactividad* por todas partes reconocida, es la emisión de una *irradiación* en que el aire es conductor de electricidad, y el hecho de la *omnipresencia*, según Thompsou, de una emanación comparable a la del *Torio* o del *Radio* en el agua, en la piedra, en la arcilla, en la arena y en el sol, lo que es indispensable explicar.

La opinión de Lebon es que si considera a la materia como aparente o provisional, es porque la cree formada únicamente de *fuerzas* que van disociándose. La materia para él no existe. Ella es un conjunto de agregados temporales de *energías; fuerzas disipadas* sin cesar, de lo que previene la *radioactividad*. La materia, pues, tiene que perecer, y como su existencia es pura teoría, su desaparición es una *ilusión*; en el universo nada se pierde. Decimos que la materia existe, y nada hay más real.

¿Quién lo sabe? Nada existe menos ignorado que la materia. Si prescindimos de la masa, no quedan más que fuerzas para los modernos físicos; para éstos la materia es un agregado de fuerzas, y el átomo su último elemento. Centenares de moléculas con trescientos mil kilómetros de velocidad por segundo alrededor de un centro dan, para los mismos, la impresión de una masa plena, sólida, que es la materia para nuestros débiles sentidos.

La materia está formada, según las modernas ideas, de torbellinos de éter, substancia imponderable, comprensible para Kelvin y para Larmor, último elemento de aquélla. Admitir que los cuerpos están formados de torbellinos de éter, es adoptar la *unidad de la materia* y de los elementos químicos. Los *productos de la disociación del radio* son en último análisis, lo imponderable, la energía. Los *rayos Alfa*, o *iones positivos*, son en número de cien mil veces mil millones por segundo.

Los *rayos Beta*, o *electro-negativos* o *rayos catódicos*, son los que recorren doscientos setenta mil kilómetros por segun-



do. Y los *rayos Gamma*, o *rayos X*, parecen ser los últimos términos de la disociación.

El maravilloso fenómeno de la *disociación* debe ser debido a la destrucción del equilibrio que existía entre las fuerzas; no es súbita, sino progresiva. Se activa la *disociación* iluminando los cuerpos; unos son más sensibles que otros, y la especial región del ultravioleta, es la más activa. Mezclándolos, también se disocian; de este modo, pudo ver Lavoissier que la *materia se destruía*. Toda reacción química va acompañada de una *disociación*. Se activa asimismo la *disociación* por la electricidad, por la combustión, por el calor, y puede haber una *disociación espontánea*.

El hombre ha debido asistir a *disociaciones explosivas* a mucha distancia, al desaparecer las estrellas: 55 de Hércules; la de la corona en 1866, que pasó de la novena a la segunda magnitud y en la que permaneció pocas horas; la estrella de Perseo, que se convirtió en pocos días en la más brillante del cielo, padileció en veinticuatro horas, y presentó después el espectro de una nebulosa planetaria. Fenómenos que irán haciéndose más frecuentes con el envejecimiento del mundo.

Hoy toda la *Ciencia positiva* se basa en el estudio del Cosmos.

El *Ocultismo* está enseñando la *unidad de substancia* para todo el *universo material*, y la *Ciencia moderna* tiende a confirmar esta verdad. Tal idea ha sido presentada por los *genios* Plutarco, Swedenborg, Leibnitz, Kepler, Platón, etc. El mismo concepto expresaba Milton en su *Paraíso perdido*, que hacía que el Arcángel Rafael dijera a Adán que Dios había creado «una *materia prima*», dotada de variadas formas y de diversos grados de una misma substancia, y Heriberto Spencer creía que los *átomos químicos* eran producidos por los *átomos verdaderos o físicos*—materia no diferenciada aún—por un procedimiento evolutivo bajo condiciones que la *Química* no ha podido todavía producir.

La materia, antes conocida como inerte e incapaz de pres-



tar otra energía que la que se le ha facilitado, es hoy un *depósito colosal de energía* para ciertos sabios modernos: la *energía intra-atómica*, que puede gastar, sin recibir nada del exterior. La *fuerza* de la materia la constituyen dos formas distintas, para aquellos, de una substancia idéntica. La materia—especial modalidad de la energía—es el símbolo de la *forma estable* de la energía *intra-atómica*; y el calor, luz, electricidad y todas las demás fuerzas, representan las *formas inestables* de la misma.

La materia se desvanece lentamente por la *disociación* de los átomos que la forman. En esta *disociación* la *forma estable*, es decir, la *materia*, se transforma en *inestable*, o sea, en *energía*.

Cuantas consideraciones acabamos de hacer nos revelan, de una parte, el *espíritu científico* de la época condición indispensable en los grandes pensadores, para llevar a cabo sus estudios experimentales, para realizar sus conquistas; y de otra, el *titanismo científico* de nuestro tiempo, desenvuelto al abordar los colosales problemas del *saber humano* y al sentir el *verdadero ideal* en el análisis serio de los fenómenos de la *Naturaleza*. Los nuevos hechos, comprobados por una serie de observadores distinguidos, nos evidencian la existencia de *nuevas energías* en el *Cosmos*, irrecusables testimonios de ese *gigantismo de la Ciencia* de nuestros días.

La *Ciencia moderna* nos ha revelado grandes sorpresas. Decía un día Arago que jamás podríamos conocer la composición química de las estrellas; pero, algunos meses más tarde, permitía la *espectroscopia estelar* analizar a los *astrónomos* la composición química de los astros. ¿Qué es éste sino el *titanismo científico* que, rompiendo los antiguos moldes de la rutina, ha impulsado a penetrar al hombre en la verdad de las cosas?

«No hay nada oculto que no tenga que saberse—decía Cristo,—ni nada secreto que no deje de divulgarse.»

Apenas Kant acababa de proclamar los límites de lo *incognoscible*, sorprendido ante los fenómenos de *Clarividencia* del



filósofo sueco Swdenborg, tuvo que declarar solemnemente que éstos permitirían explorar el mundo ignorado para el hombre.

Se echa de ver el *titanismo científico* en los actuales estudios realizados en los laboratorios de *Psicofísica* de un número no escasos de investigadores decididos. Los *estados metapsíquicos* en común representan un dinamismo que preocupa a los hombres de mundo. Es que las verdades siempre se imponen, cuando no por la fuerza convictiva de la lógica, por la fuerza abrumadora de los hechos.

Las experiencias de Liegeois, Janet, Penta, Joire, Mangin, Porro, Maxwell, Durville, Litz y otros ilustres profesores, nos ponen en evidencia una infinidad de casos de sugestión, transposición de los sentidos, fascinación, sugilación, doble vista, telecinesia, perfectamente comprobados y comprobables para todo el que desee observarlos.

Los desdoblamientos objetivos, la transmisión mental, las personalidades múltiples, la exteriorización de la sensibilidad, ¿no son una patente prueba de ese *titanismo científico moderno*?

En nuestros actuales estudios sociológicos también se manifiesta el *titanismo de la Ciencia*, estudios que plantean una seria reforma social indispensable, dado el malestar de nuestra época, exigiendo antes la reforma de cada uno de nosotros, porque el resultado depende de las virtualidades individuales que a la aligación social concurren.

La naturaleza humana aparece hoy ante los ojos de los experimentadores audaces, bajo un prisma nuevo; es que el hombre moderno pide *Ciencia*, pero no *Ciencia infusa*, sino *Ciencia conquistada*. La edad de oro está más allá, en lo sucesivo, no en un orden posterior o en el pasado; lo que actualmente conocemos puede compararse a una potente lámpara, cuyos rayos más brillantes se proyectan en lo desconocido que por todas partes nos rodea, mostrándonos de este modo cuánto nos queda por saber, e indicándonos el verdadero camino para llegar a él. Tenemos gran confianza en el porvenir, porque sabemos que cada día que pasa no es únicamente el resultado del esfuerzo



en el presente, sino también el producto del trabajo en el pasado; por tanto, mantenemos la evidente esperanza de que los esfuerzos de nuestro tiempo, grandes o pequeños, ayudarán a los que han de venir, como la labor del pasado nos ha ayudado a nosotros.

ANTONIO GOTA



# CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

---

(Continuación.)

## Bailes públicos.

El *Circo de Paul* seguía teniendo atractivos para los aficionados al baile. En Enero de 1860 se dieron en el local *fiestas venecianas*, en que el salón estaba iluminado con multitud de faroles, banderolas y gallardetes, y se puso una orquesta compuesta de 50 profesores, 20 guitarras y bandurrias y un piano. Una noche se tocó *La batalla de los Castillejos*, composición del director de orquesta D. Juan Comas, en la que tomaban parte, además de los músicos del baile, dos charangas, tambores, cornetas, clarines; se hacían disparos de fusilería y de cañón, y se encendían luces de bengala. No tuvo el éxito que *La batalla de Inkermann*.

Seguían funcionando los salones de baile de *El Crucero*, calle del Luzón, núm. 11, y *Los placeres de la corte*, Costanilla de los Desamparados, núm. 15; pero sobre todos figuraba *Capellanes*, donde se reunía cada noche una sociedad coreográfica distinta. La concurrencia era relativamente selecta, por lo que se reflere al sexo fuerte, sin que se desdeñase de asistir a las sesiones ni el joven elegante, ni el valeroso oficial del Ejército, ni el artista, ni el escritor, ni el honrado comerciante. Ya nos dice Manuel del Palacio en aquellos versos:



Capellanes nos espera  
 con su *chotis* y su vals,  
 sus danzas americanas  
 y su alegre sociedad.  
 Allí lo mismo se admite  
 la calesera, que el frac,  
 la gorra de piel de nutria,  
 que la *gabina* de *Aimabl* (1).  
 Por aquella galería  
 veréis unidos cruzar  
 diputados y toreros,  
 sastres y jueces de paz,  
 modistas de cuarto piso  
 y aristócratas *pur sang*.

En Junio de 1860 se inauguró el baile campestre, como se decía antes, o el jardín de baile, como se dijo luego, de *El Eliseo madrileño*, en el Paseo de Recoletos, frente al Banco Hipotecario. Además de una escogida orquesta (2), había poliorama, *restaurant*, confitería, gimnasio y tiro de pistola. La entrada costaba 4 reales, sin más opción que a bailar. Este jardín era durante los días festivos el punto de reunión predilecto de modistas y dependientes de comercio, la cual concurrencia, por vicio de oído, ponía en la segunda *e* del sustantivo del título el acento que requería la *i*. Por eso decía aquel cantar:

Soy una modista  
 que en el *Eliseo*  
 hago una conquista  
 en un santiamén (3).

*Jardines del Tivoli*, situados donde hoy se halla el *Hotel Ritz*. Se dieron grandes bailes durante el verano por los años de 1864 y 1865, con farolitos a la veneciana y bengalas al

(1) *Aimable*, sombrerería elegante de la Puerta del Sol.

(2) Que dirigía Molberg, y como supondrá el lector, alguna vez obsequió a los concurrentes con un concierto de *xilocordeón*.

(3) Aire de *schotis*.



final. La gente acudía a las inmediaciones para oír las piezas de baile que tocaba una banda militar.

*Jardines del Paraíso*, afueras de la Puerta de Santa Bárbara, frente a la Fábrica de tapices, es decir, donde hoy comienza la calle de Almagro. Se inauguraron en Junio de 1861, y en 1863 se alternaron las piezas de baile con conciertos, en que tomaba parte numerosa orquesta y los coros del *Teatro Real*. Había tiro de pistola, café y fuegos artificiales.

1863.—*Price* formó un jardín al lado de su Circo (1), para dar bailes campestres amenizados con *cuadros cromofundentes* y algún otro espectáculo que sirviera de aliciente. Siguió abierto al público con el nombre de *Jardín de Apolo* durante los años posteriores; tenía su entrada por la calle del Cid. Barbieri lo abrió en Julio de 1866 como salón de conciertos.

Había bailes de máscara en los salones que durante el invierno se dedicaban a rendir culto a la diosa Terpsícore, y además los hubo, desde 1861, en *Lope de Vega*; en la *Zarzuela*, con orquesta dirigida por Cristóbal Oudrid y Luis Cepeda; en el *Real*, en el *Teatro Rossini*, alguno que otro en el *Salón del Conservatorio*, y los clásicos de *Paul* y *Capellanes*, como lo pregona aquella antigua *habanera*:

No me lloves a *Pol*,  
que me verá papá;  
llévame a *Capellanes*,  
que estoy segura que allí no irá.

El lector habrá oído hablar del *cancán*. Este era un baile que pertenecía al género de los llamados de *figuras*, como la contradanza y el rigodón; pero sin reglas fijas y determinadas, ajustándolo a su capricho las parejas con la más amplia libertad. No se bailaba a estilo de los mencionados, tranquila y pausadamente, sino a compás de 2 por 4, es decir, al aire de una marcha militar, marcando bien la instrumentación de los

(1) Calle de Recoletos.



bajos para dar vigor y energía a la música. Nunca el hombre cogía entre sus brazos a la mujer, como en la polka o en el vals; pero las posturas y los ademanes que se empleaban habían de ser provocativos y desenvueltos, exigiéndose, como condición precisa, una gran agilidad para levantar la pierna hacia adelante, de tal modo, que la mujer acreditada de *cancanista*, sabía quitarle graciosamente de la cabeza el sombrero a su *vis-a-vis* con la punta del pie.

Como entonces se usaban faldas de cola y de mucho vuelo, la mujer, para bailar el *cancán* se recogía los vestidos con ambas manos, moviendo a compás los brazos, a fin de que quedasen libres los pies y las piernas, lo que solía producir al espectador cierta impresión voluptuosa.

El tipo del hombre que bailaba el *cancán* en el teatro, como función, no había de ser afeminado con sus ribetes de Narciso mitológico, según se acostumbraba a ver en este linaje de espectáculos, sino que se escogieron figuras de algún relieve naturalista, como *le gendarme* o *le cuirassier*.

La revelación del *cancán* tuvo efecto, para los habitantes de Madrid, con la *marcha a los infiernos*, de la zarzuela *Los dioses del Olimpo*; desde entonces, el nuevo baile se proclamó señor y soberano de la coreografía matritense, dejando vencidos y avergonzados al *ole*, al *jaleo de Jerez*, a las *boleras* y a las graciosas *seguidillas*, que tal cual vez las hacía revivir, como suspiro patriótico, la Petra Cámara.

Sin embargo, debemos hacer constar que nuestras modistas y sus similares en los diversos oficios femeniles de esta capital no bailaron el *cancán* en los salones públicos; las empresas contrataban bailarinas de profesión, extranjeras o españolas, que animaban la *soirée* con un par de *quadrilles*. El elemento genuinamente castizo se había encariñado con la *habanera*, baile tranquilo, de lánguida cadencia, que permitía sostener secreta conversación al propio tiempo, en la seguridad de no perder el compás. Alguna pareja se estaba bailando diez minutos sin salir de un ladrillo. No había



reunión de la clase media donde no se bailase *habaneras*, ni pianista adocenado que no compusiese unas cuantas, ni señorita aficionada que no las tocase al piano para hacer su presentación en las tertulias de confianza. A estas danzas populares se las ponía letra, por lo general amatoria, que cantaban las criadas en la cocina a la hora del fregado, y los ciegos guitarristas de la calle en las noches de apacible temperatura, ante un público numeroso, compuesto en gran parte de muchachas que ocultaban bajo el pañuelo de crespón un cuerpecito sandunguero, cuyos nervios, excitados por los sugestivos compases de la *habanera*, comenzaban a marcar los vaivenes del baile, con los hombros primero y con los hombres después, si no había cerca un *guardia veterano* que lo prohibiese, en representación del Gobernador civil de la provincia. Los mantones de Manila y las *habaneras* constituyen lo único que nos ha quedado de nuestro poderío colonial.

\*  
\* \*



Si el lector ha seguido con algún detenimiento el curso de estas *Crónicas*, apreciará seguramente la transformación que desde 1830 a 1868 sufrieron las diversiones públicas y el cambio que experimentó el gusto de los espectadores. Aquellos dramas románticos de Ferrer del Río, de Gil y Zarate, de Zorrilla y de García Gutiérrez; aquellas traducciones de Víctor Hugo que provocaban empeñadas polémicas entre los literatos, se desterraron casi del todo, dejando el campo a la comedia de costumbres, por la que quebraron lanzas Rodríguez Rubí, Eguílaz, Larra, Coupigni, Serra, y sobre todos Bretón de los Herreros, paladín decidido que desde el tiempo de Fernando VII venía trabajando con decidido empeño y propósito firme para encauzar el teatro por ese camino.

La labor de Luis Eguílaz, con ser un escritor de bajo vuelo, resultó de gran trascendencia literaria, porque con su *Cruz del matrimonio* logró inclinar el ánimo del público en favor de



un género hacia el que sentía predisposición natural el espíritu de la época. El aplauso con que se recibieron las obras de esta índole, como *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega; *El tanto por ciento*, de Ayala, y *Lo positivo*, de Tamayo, buena muestra es del cambio operado, por más que nuestro público y nuestros escritores siempre mostraron cierta predilección por la comedia, a despecho del drama. Esta idea la atestiguan las muchísimas obras cómicas que produjeron los escritores del siglo xvii, y la circunstancia de que, en medio de la decadencia dramática del siglo xviii, dos escritores esencialmente cómicos, D. Ramón de la Cruz y Moratín, fueron los únicos que sostuvieron enhiesta la bandera nacional del arte dramático.

Los melodramas que se representaron durante la primera mitad de la época de Isabel II conseguían, sí, conmover al espectador hasta arrancarle lágrimas; pero no le dejaban con ánimo de presenciar una segunda representación; así es que las empresas echaban mano de estas obras en casos de apuro, y teniendo necesidad de variar el cartel con frecuencia, pues solamente por sorpresa podía hacérsele pasar un rato desagradable al que había formado propósito de divertirse en una función de teatro.

No es *La cruz del matrimonio* un dechado de perfección, una obra modelo, mucho menos después de la evolución que ha experimentado la literatura dramática; pero impresionó grandemente al público, y representa un paso de avance y una tendencia que otros con mejores facultades han secundado luego, introduciendo nuevos resortes, y ampliando la esfera de acción en que se desarrollan los argumenios de las composiciones dramáticas.

El mismo espíritu de transformación hubo de notarse en las actrices y actores; así vemos que Bárbara Lamadrid y Carlos Latorre, a quienes podemos conceptuar como personificación de la escuela antigua o trágica, se substituyen por Matilde Díez y Julián Romea, prototipos en la interpretación de la alta comedia; y es que, a despecho de los exclusivismos



de escuela, el gusto y el modo de pensar de la época se fueron apoderando, con misteriosa influencia, de los escritores, de los artistas y del público, y en un período de no muy larga duración quedó transformado por completo, en este orden de ideas, el concepto del teatro.

Acontecimiento de importancia fue la resurrección de la zarzuela, género que, por haberlo dejado caer en el olvido, se llegó a creer que no había existido nunca en España. Por fortuna, el público estaba bien dispuesto; salieron libretistas de la talla de García Gutiérrez, Ventura de la Vega y Picón; maestros compositores como Gaztambide, Barbieri y Oudrid; cantantes de buenas condiciones como la Latorre, la Rizo, la Elisa Villó, la Bardán, Salas, Caltañazor, Carceller, el tenor González y el bajo Calvet; y por último, las empresas pudieron disponer de un teatro adecuado, el *Circo*, por la amplitud del escenario y por la capacidad de la sala, que tenía cabida para gran número de espectadores; así es, que en poco tiempo el género adquirió el desarrollo necesario; y con zarzuelas como *Jugar con fuego*, de Barbieri; *El valle de Andorra*, de Gaztambide; *El dominó azul*, de Arrieta, y *Buenas noches, señor don Simón*, de Oudrid, hubo que reconocerle la categoría de potencia de primer orden.

La ópera se reorganizó en este reinado consiguiendo tener teatro propio. Debemos, sin embargo, hacer constar que el público estaba acostumbrado al espectáculo, pues ya en 1838, se cantaban óperas en el teatro de los *Caños del Peral*; más adelante en la *Cruz*, en el *Príncipe*, y, por último, en el *Circo* de la plaza del Rey durante los años de 1842 a 1849; de modo que respecto al espectáculo de la ópera, marchábamos a la par con las demás naciones de Europa.

Para la interpretación de estas obras líricas disponíamos, en un principio, de cantantes españoles que alternaban airoosamente con los extranjeros; ahí está la Prensa de aquellos días tributando elogios a la Antonia Campos, a la Leonor Serrano, a la Cristina Villó, a Salas, a los tenores Ojeda y Láza-



ro Puig, y a los bajos Cálvet y Becerra; pero la zarzuela, al resurgir, acaparó para sí nuestros artistas de canto.

En la música también hubo transformaciones, pues mientras al público le satisfacían, por los años de 1830 a 1840, *La straniera*, de Bellini; *Semíramis*, de Rossini, y *Ana Bolena*, de Donizetti, al terminar estas *Crónicas*, vemos que aplaude con entusiasmo *Gli Ugonotti* y *Roberto il diavolo*, de Meyerbeer, y *Fausto*, de Gounod, efecto del nuevo rumbo que habían tomado las aficiones musicales de la gente, comenzando a formarse la conjura contra el italianismo.

Donde esta tendencia aparece más de realce, es en los *conciertos*. Los primeros de que hemos hecho mención se reducían a sinfonías y trozos de óperas, excepción de los llamados *sacros*, en los que se cantaba o tocaba tal cual pieza clásica; y véase la diferencia: Barbieri nos hizo oír, con aplauso unánime de los espectadores, a Weber, a Mendelshon y al divino Beethoven, consiguiendo dar un carácter enteramente nuevo para nosotros al espectáculo llamado *conciertos*.

También se progresó, sin ningún linaje de duda, en las diversiones acrobáticas y ecuestres, pues desde aquel *Circo Olímpico* de Mr. Paul Laribeau, que anunciaba al público haber colocado ruedos de estera en el piso para evitar a los espectadores la humedad que en él pudiera haber, porque el local estaba al aire libre, hasta la elegante construcción del *Circo del Principe Alfonso*, hay una diferencia asombrosa.

Otra circunstancia hemos llegado a observar, y es que las conquistas hechas por el público respecto a comodidad y ornato de los locales donde se celebraban espectáculos, no alteró los precios de las localidades en modo sensible, salvo en el *Teatro Real*, cuyas especiales condiciones le colocaron fuera de la regla común.

Muchas, variadas e interesantes consideraciones podrá sugerir la lectura de estas *Crónicas*, comparando la índole y desarrollo de los espectáculos, los géneros literarios en auge, las condiciones de los artistas, el gusto, las costumbres y las pre-



ocupaciones del público, ya dentro de la época a que nos hemos contraído, ya en su relación con la presente; pero como esta función de la inteligencia ha de realizarse fatalmente por el lector, pues ese acto de crítica comparativa en más o menos proporción, es instintivo en el hombre ilustrado, el *Cronista* se abstiene de emitir juicio alguno ante la seguridad de que han de hacerlo con más acierto y más a gusto de cada cual los que lean estas *Crónicas*.

## SEGUNDA SERIE

### Reseñas y noticias.

#### I

#### *El perímetro de Madrid en aquella época.*

Para conocer el perímetro de Madrid en tiempo de Isabel II, en vez de seguir las líneas que marcan como límite los planos de entonces, hemos creído más práctico, a fin de que el lector se forme idea de lo que era la corte, ir determinando, una por una, las últimas vías accesibles al transeúnte en el término de la población.

Hay que tener en cuenta que Madrid, hasta mediados del reinado de Isabel II, estuvo cercado de tapias, que no obedecían a otro efecto sino a proteger la recaudación de los derechos de Consumos. Para el tránsito público había las siguientes entradas: Puerta de San Vicente, Portillos de San Bernardino, del Conde-Duque y de Fuencarral, Puerta de Bilbao, Portillos de Santa Bárbara y de Recoletos, Puertas de Alcalá y de Atocha, Portillos de Valencia y de Embajadores, Puerta de Toledo, Portillos de Gilimón y de las Vistillas, Puerta de Segovia y Portillo de la Vega.

Tomando como punto de partida la Plaza de Oriente, comenzaremos nuestro paseo dejando a la izquierda el Palacio



Real con sus Jardines del Campo del Moro, que forman parte de la posesión, y bajamos por la calle de Bailén hasta llegar a la Plaza de San Marcial, donde nos encontramos con el Paseo de San Vicente, que terminaba en la Puerta del mismo nombre, situada al final de esta vía, antes de entrar en la Glorieta actual (1).

El lienzo frontero a las dependencias de Palacio y Campo del Moro, que formaban uno de los lados del Paseo de San Vicente, lo constituía la tapia de la Montaña del Príncipe Pío, donde hubo una vaquería que llegó a tener fama en su tiempo.

En la Plaza de San Marcial existía el Cuartel llamado de San Gil por haberse utilizado para el caso el edificio de un convento de frailes gilitos.

La actual calle de Ferraz se abrió al principio de un callejón que, siguiendo la línea del Cuartel le rodeaba por sus accesorias, formando una vía estrecha, tortuosa y en cuesta, que desembocaba en la Plaza de Afligidos, hoy de Cristino Martos. Dicho callejón, que posteriormente, durante algún tiempo, llevó el nombre de *Quitapesares*, se denominaba en 1850 de *San Marcial*, hasta un sitio en que había una rinconada con un pasadizo a la altura de un piso principal; desde aquí a la plazuela indicada se llamaba *del Príncipe Pío* (2).

El actual Barrio de Argüelles se formó hacia 1860, en terrenos de la Montaña del Príncipe Pío, que lindaban con dicho callejón de San Marcial, con la calle del Duque de Liria y con

---

(1) La Puerta de San Vicente se demolió hará unos veinte años para ensanchar aquel paraje, y en lugar de armarla en otro sitio, tal como una de las entradas del Parque de Madrid, su piedra se aprovechó en obras municipales. Con algunos sillares se formaron los basamentos o pedestales que para colocar estatuas existen en el Prado por la parte de la Plaza de Castelar.

(2) La plazuela de Afligidos conserva aún dos casas del siglo XVIII: la señalada con el núm. 5 y la del Conde de Toreno; en nuestra juventud conocimos este paraje con los mismos edificios que formaban la decoración elegida por Moratín para desarrollar las escenas de su comedia *La escuela de los maridos*.



el Paseo de San Bernardino, situado ya fuera del Portillo del mismo nombre. El Real Patrimonio enajenó gran porción de terreno de la *Montaña* para construcciones particulares, cediendo gratis a la villa la parte que se destinaba a vía pública. Así, pues, el núcleo de edificaciones comprendido entre las calles de Ferraz y de la Princesa es lo que verdaderamente constituye el Barrio de Argüelles.

Desde la Plaza de Afligidos arrancaba la calle del Conde-Duque que moría en el Portillo del mismo nombre.

Al final de la calle del Duque de Liria, en los terrenos que pertenecen al Ministerio de la Guerra, estaba el Hospital Militar, un edificio destartado y feo que había sido en el siglo XVIII Seminario de Nobles. Junto al Hospital se abrió el Portillo de San Bernardino.

Por el año 1862 se construyó el *Cuartel de la Montaña*, y el contratista, D. Angel de las Pozas, aprovechando las circunstancias favorables al aumento de población por aquel punto, formó el barrio que lleva su nombre, construyendo las manzanas de casas que existen entre la Ronda del Conde-Duque y las calles de la Princesa y de Alberto Aguilera. Esta dicha calle de la Princesa se abrió desde la antigua y estrecha del Duque de Osuna, tomando parte de la del Duque de Liria y el Paseo de San Bernardino, ensanchando considerablemente las citadas vías públicas.

Para seguir dando vuelta a la población había que retroceder a la calle del Conde-Duque, en cuyo final estaba el Portillo de la misma denominación, y próxima a éste la calle de San Hermenegildo, que comunicaba con la *Puerta de Fuencarral*, situada, no al final de la calle de este nombre, sino al de la de San Bernardo, junto al sitio donde se construyó el Hospital de la Princesa.

Para ir desde la conclusión de la calle *Ancha de San Bernardo* a la Puerta de Bilbao, había que tomar la calle de Daoíz, rodeando la posesión que fue del Duque de Monteleón; seguir las calles de San Andrés y Divino Pastor, saliendo a la



calle de Fuencarral y actual Glorieta de Bilbao, que era donde estaba la Puerta.

Por aquí se iba al *Barrio de Chamberí*, que es muy antiguo. Comenzó por un *paseo* formado a iniciativa de la Reina Doña Isabel Farnesio, a quien le recordaba el paraje un sitio parecido en el reino de Saboya. En tiempo de Fernando VII se establecieron allí varios tejares; y más adelante se construyeron casas para familias de obreros, contribuyendo a ello en 1847 el Conde de Vegamar y D. Andrés Arango, dueño de una magnífica posesión situada en el Paseo de la Castellana, y conocida con el nombre de *La Chilena*, donde jugábamos hacia 1860, por las tardes, con otros niños parientes de aquel señor, ya bastante viejo cuando llegamos a conocerle.

En la calle de Fuencarral, la vía accesible para continuar el paseo de circunvalación era la calle de la Beneficencia, y subiendo por la de la Florida había que bajar luego por la de San Opropio, a fin de entrar en la Plaza de Santa Bárbara, en que estaba la Puerta consiguiente.

Desde aquí se seguía la calle de Santa Teresa, la Costanilla del mismo nombre (hoy calle de Campoamor), la calle de Fernando VI, entonces prolongación de la del Barquillo, esta misma hasta la de *San Lucas*, por la que se salía a la de Santo Tomé, plazuela de las Salesas y Costanilla de la Veterinaria (hoy Doña Bárbara de Braganza), que moría en el Paseo de Recoletos.

El término de Madrid por este lado era la Puerta de Recoletos, situada en la Glorieta de Colón. Esta Puerta, construída en tiempo de Fernando VI, era airosa y elegante; fue demolida hacia 1863, cuando se ensanchó el Paseo de Recoletos, llevándose las piedras de aquélla a un campo erial que había junto a la iglesia de San Jerónimo; se aprovecharon algunos bloques para obras municipales, y el resto se halla al presente en la Pradera del Corregidor sirviendo de asientos.

El Paseo de Recoletos ofrecía por la derecha casi la misma alineación que hoy; pero el lienzo de enfrente avanzaba tanto,



que hacia su final sólo dejaba sitio para una fila de árboles, advirtiéndole que el espacio destinado a coches carecía de las proporciones actuales. Próximamente por el año 1863 adquirió el Ayuntamiento los terrenos necesarios para dar ensanche y embellecimiento al Paseo por el lado izquierdo, destinando al público varios jardines que aún conservan algunos de los árboles que se plantaron en ellos siendo de propiedad particular.

Entre la Puerta de Recoletos y la de Alcalá, por la parte de las afueras, comenzó a construir el banquero D. José Salamanca la barriada de casas que lleva su nombre, y que mereció desde los primeros momentos, a la inversa de Chamberí, ser ocupada por un vecindario elegante. También tuvo efecto este ensanche como consecuencia del aumento de población que Madrid había experimentado sin romper el antiguo ámbito, que en esta época casi tenía las mismas proporciones que en tiempo de Felipe IV, como puede apreciarse cotejando los planos de principios del siglo XIX con el publicado por Pedro Tejeira en 1656.

Desde la Cibeles se subía por la calle del Pósito a la Puerta de Alcalá, y aquí había que volver pies atrás y seguir Prado adelante a la Puerta de Atocha, que estaba en la línea de los números pares de la calle de este nombre y dando frente al Paseo de las Delicias.

Para ir desde la Puerta de Atocha a la Plaza de San Francisco, nuestro paseo de reconstitución de límites por el interior de la población presenta cierta dificultad, por no hallar enlace de vías públicas en línea recta. Así, pues, debemos seguir el siguiente itinerario: Calle de Atocha, Callejón del Hospital, calles de Santa Isabel, de San Cosme, del Salitre, Barranco y calle de Embajadores, calles del Casino, del Ventorrillo, de Mira el Sol, Ribera de Curtidores, calles del Carnero, del Peñón, Campillo del Mundo Nuevo, calles de la Arganzuela, de los Cojos, cruce de la calle de Toledo, calle de la Ventosa, Campillo de Gilimón y calles del Rosario y de los Santos a la Plaza de San Francisco.



El Duque de Sexto, cuando fue Alcalde-corregidor de Madrid, durante los años de 1857 a 1864, tuvo el proyecto de hacer una *gran vía* que uniese la estación del ferrocarril del Mediodía con la Plaza de San Francisco, reforma que de realizarse hubiese reportado grandes ventajas a aquella parte de la población, saneándola y embelleciéndola. La calle de Argumosa es el principio de aquel proyecto, en mal hora abandonado.

Saliendo de la Plaza de San Francisco había que tomar la calle de San Buenaventura, dejar a la izquierda el palacio y jardín del Duque de Osuna (hoy Seminario), atravesar la calle de Don Pedro y el Campillo de las Vistillas, bajar la Cuesta de los Ciegos, subir la de San Lázaro, que se ha modificado, y ascendiendo a lo alto de la Cuesta de la Vega, desembocar en la Plaza de la Armería, sitio donde se está construyendo la catedral, desde donde se pasaba a la Plaza de Oriente, que es el punto de arranque para verificar este paseo histórico descriptivo.

Ya habrá podido observar el lector las reducidas proporciones que tenía Madrid en 1850; pues aún hay más que descontar, porque ciertos sitios, como el callejón de San Marcial, la calle de la Florida, la Costanilla de la Veterinaria y otras vías, hoy muy concurridas, entonces se hallaban solitarias a cualquier hora del día. Muchos habitantes de la capital apenas tenían noticia de la existencia de estas calles. La animación de la gente, de los carruajes, de las tiendas y de los vendedores ambulantes giraba en una zona muy reducida. En sesenta años ha cambiado Madrid de aspecto.

## II

### Modas.

La dificultad y, al propio tiempo, la monotonía de seguir paso a paso todas las transformaciones de la moda, nos han



inducido a dividir esta reseña en cuatro períodos, determinando en cada uno de ellos los rasgos característicos que le distinguen y diferencian de los demás, dentro de la época a que se contraen.

Así podemos establecer como base de la moda para señoras, durante el período de 1830 a 1839, el vestido corto, de manera que no se viese más que el pie en las señoras de cierta edad, y que no subiera del tobillo en las jóvenes. Se usaban enaguas almidonadas y alguna vez de crinolina, para que la falda abultase, pero presentando pocos pliegues, lo cual quitaba esbeltez y gracia a la figura de la mujer. La falda era lisa y únicamente se adornaba con un delantero formado por dibujos a capricho con cintas, puntillas y lazos; el cuerpo se llevaba de la misma tela que la falda, y las mangas excesivamente anchas, ajustadas al puño con un adorno igual que el general del vestido.

En verano se estilaba para visita y paseo un escote recto de hombro a hombro, dejando completamente desnudo el busto de la mujer, como hoy se acostumbra en los bailes de etiqueta.

Estaban en uso los *boas* de piel, de la misma forma que los de ahora; y los llevaban, también, caídos por la espalda, en lugar de ponérselos en el cuello, que parece que es el fin para que fueron inventados.

El zapato se usaba bastante escotado, negro o de color, sujeto con galgas que comenzaban en la parte próxima al empeine, por ambos lados.

Los sombreros eran de tamaño fenomenal. Tenían una copa cilíndrica bastante pronunciada, dentro de la cual se resguardaba el moño del pelo: esta copa venía a quedar casi perpendicular sobre la cabeza; el ala resultaba de grandes proporciones por delante y los lados, apareciendo muy reducida por detrás; se adornaban con sencillez, utilizando flores, plumas y lazos. En la parte inferior del ala, junto al sitio que quedaba próximo a las sienes, se ponían dos lazos, de los que pendían



sendas cintas anchas, que se ataban al descuido delante del pecho o se dejaban sueltas con cierta coquetería.

El sombrero sufre en este período de 1830 a 1839 una transformación completa: el cilindro que formaba la copa se estrechó; fue bajando de posición por la parte de atrás, y abriéndose verticalmente por delante, hasta confundirse con las alas, que quedaron muy reducidas, formando lo que se conoce con el nombre de *capota*.

Este estilo constituía verdaderamente el concepto del sombrero, porque cubría la cabeza dejando sólo libre la cara y la entrada del pelo, hasta poco más arriba de la frente.

La modista más famosa de sombreros en esta época fue Mme. Petibon.

Hacia 1837 se pusieron de moda, para los vestidos, adornos de cintas de terciopelo, de más o menos anchura, y combi-nándolos con los colores de la falda.

El *chal* era una tira larga de tela flexible, bien adornada, con flecos, por lo general, en los extremos: se llevaba sobre los hombros, algo caído.

Manteleta: especie de capa muy corta, o esclavina larga, que no solía pasar de la cintura, y con un recogido a los lados para dejar los brazos libres.

El largo de la falda fue poco a poco bajando, hasta que, sin tocar en el suelo, apenas dejaba ver los pies.

Durante los últimos años de esta década prevaleció la moda de llevar la falda lisa y poco hueca en la parte superior, con algún vuelo y con adornos en la inferior; éstos consistían en dos volantes o guarniciones grandes, bullones, cintas y lazos combinados o plumas, que también estuvieron, de tiempo en tiempo, en auge, porque a Cristina le gustaban mucho.

El peinado, durante este primer período de 1830 a 1839, aparece alto, recogiendo el pelo sobre la parte superior de la cabeza, y dejando libres el cuello y las orejas.

Para sociedad se estilaron adornos de cintas o plumas entrelazadas con el cabello, formando caprichosas combinacio-



nes y figuras, a veces de un tamaño alarmante por su magnitud. Con sombrero se dejaba la frente libre, formando un racimo de rizos a cada lado de la cara.

Los pendientes, grandecitos.

Las niñas como de diez años llevaban la falda bastante larga, con poco adorno, y pantalones de hilo, blancos, lisos, con puntillas al final, cubriéndoles el tobillo; zapatos de color con lazos grandes.

Los niños usaban blusa obscura, larga, que caía hasta las rodillas, plegada con un cinturón de charol, cuello vuelto, blanco, y corbata de amplias puntas; pantalón claro, largo; sombrero de paja o fieltro, de copa pequeña, redonda, con alas planas, ligeramente inclinadas por detrás y por delante.

Los hombres llevaban levitas muy entalladas de anchos faldones, que cubrían la rodilla, el cuello largo y bien caído sobre los hombros desde 1836, pues anteriormente se estiló que subiera mucho por la parte de atrás, embarazando los movimientos de cabeza.

Durante una temporada, en vez de ojales, se llevaron alamares de pasamanería de seda negra.

El frac para reunión, siempre negro; el de visitas o paseo, café o color de pasa obscuro; había estado de moda el azul turquí con botón dorado.

El chaleco, blanco, con cuello recto.

El pantalón de etiqueta, negro, algo ceñido, sujeto al tobillo por tres botones, dejando ver la media de color obscuro, con zapato de poco tacón, tanto en señoras como en caballeros.

El sombrero afectaba la forma de un cono truncado invertido, con ala estrecha, marcando un ligero reborde en los lados de ésta.

Hacia 1837 se abrió en la calle del Caballero de Gracia, frente a la del Clavel, una perfumería a estilo de París, con escaparate, y decorada en su portada y en su interior con cierta novedad. Ofrecía en sus anuncios géneros nuevos, y los



ya acreditados entre el público elegante, como eran los siguientes, con otros muchos que por abreviar omitimos: Pomadas: de tuétano de vaca suíza, de oso del Canadá, oriental y circasiana. Aceites: de Rusia, Filocombo, Cachemira y Hielo de San Petersburgo. Cremas para el cutis: Venus, alabastro, Persia, creand, ambrosina, bengala, corinto y agua de Atenas.

Extractos: Witiber, geranio, rosa de Italia, reseda, violeta, Ninón Lenclos, Patechoulí, agua de la Vanda, azahar, Colonia y Farina.

Dentífricos: Charcoral, Ceylán, Crinal, garamaco y miel inglesa.

Perfumes: Polvos de los reyes, de Berlín, Witiber y papel chino.

Por este tiempo se estableció en la calle de la Montera, cerca de San Luis, una fábrica de guantes que llamó mucho la atención.

\*  
\*  
\*

En el período de 1840 a 1849, la moda hace que cambie por completo la estética de la figura de la mujer, mejorándola notablemente sobre el período anterior. La falda corta y hueca o abultada se substituye por otra larga, hasta cubrir los pies, y, al principio de esta década, hay alguna tendencia a disminuir anchura, puesto que se destierran las crinolinas. Sin embargo, buscaban las modistas un efecto plástico, haciendo que el talle, bajo y en forma de pico por delante, se destacase sobre el arranque de la falda, la cual había de tener, relativamente, abultadas proporciones en la parte superior, debido a que los paños de aquélla se cortaban casi iguales de arriba a abajo, recogéndolos con frunces o pliegues, más o menos graciosos, en la cintura.

El revistero de *La Esperanza* determinaba, en Abril de 1840, las modas para señoras y caballeros del modo siguiente:

De señora.

Traje de casa. Bata de *casimir* azul. Cuello de muselina con



pliegues muy menudos, y festoneado, rematando en punta. Papalina de batista guarnecida de encaje y rodeada con una cinta de terciopelo azul celeste o rosa. Zapatillas de terciopelo.

Traje de calle. Vestido de raso color bajo, con dos volantes; cuerpo y mangas lisas. Cuello de blonda. Sombrero de raso color de caña, guarnecido de blonda. Chal de *casimir* blanco. No llevando sombrero, mantilla de raso labrado, de colores oscuros, forrada de blanco, con vivos azules o encarnados entre la guarnición y el casco, y en éste ramitos bordados, del color de los vivos. Botines (botas) de raso de lana. Puños de encaje. Guantes de color de perla o de caña. Un brazalete.

Traje de sociedad. Túnica de blonda, abierta encima de un vestido de raso azul celeste, y recogida sobre un lado por un ramo de rosas; otros ramos de la misma flor sostienen el cuerpo y las mangas. Aderezo de diamantes o turquesas. Pañuelo bordado y guarnecido de encaje. Guante blanco guarnecido también de encaje. Adorno de cabeza, con blondas y rosas.

De caballero.

Levita color granate o negra, corta (1), con poco vuelo, con tiras, y dos hileras de botones, sin ojales en la solapa, y el cuello un poco más ancho de lo que se ha llevado hasta ahora.

Frac negro o de medio color, con faldón cuadrado por abajo, solapa, y cuello de guillotina, redondo, manga estrecha y corta hasta el hueco de la muñeca. El frac y la levita, muy entallados.

Pantalón claro, de botín, abierto por delante y no muy ajustado.

Chaleco de *casimir* o raso, abierto de pecho, con cinco ojales en un lado; los más elegantes son de terciopelo blanco: cuello vuelto. Este se usó estrecho al principio de la década, y luego fué ensanchando, menos en el chaleco para frac, que continuó, durante una temporada, estilándose el cuello recto.

---

(1) Llegaba a las rodillas.



Camisa con una tabla en el pecho y un sólo botón, sumamente pequeño.

Guante de color de caña o negro cosido con seda encarnada.

Los bastones muy delgados. En 1843 llegaron a usarse juncos, que no servían para apoyarse.

Se puso de moda el calzado de punta cuadrada.

En 1843 estuvieron de moda las faldas con tres faralaes o volantes grandes, que venían a cubrirla por completo. También se usó el vestido de seda *glacé*, color de *escarabajo*, con falda abierta por delante, dejando ver otra interior de muselina. Por esta época, las faldas eran generalmente lisas; algunas se adornaban con delanteros de encaje, que era la última palabra de la elegancia.

El cuerpo o jubón, abierto por delante, descubriendo un camisolín con chorreras. Cuello vuelto. Mangas cortas en verano; en invierno algo más largas, dejando ver otra blanca, con puño guarnecido de puntillas, que caían sobre la mano.

La espalda del cuerpo, tres costuras.

Sombrero de crespón, raso, terciopelo o paja de arroz, según las estaciones del año. En este período se generaliza la capota, pero de reducidas proporciones; a veces más bien parecía una papalina que un sombrero. Oímos decir en nuestra juventud que no favorecía nada al rostro. La capota blanca se adornaba con flores artificiales; la de terciopelo, con pasamanería de oro. En 1848, vista de frente el ala, quedaba completamente redonda, de modo que la cabeza de la mujer parecía asomada a una claraboya o tragaluz. Principió a usarse en los sombreros un velo para cubrir la cara, moda que no tuvo aceptación.

Mitones negros o de color obscuro, bordados con sedas y oro, trabajo que hacían las señoritas en las tertulias de invierno.

Las sombrillas, pequeñas, con fleco.

Para abrigo: *Paletot* guarnecido de piel de marta, con es-



clavina prendida en la cintura por delante y por detrás, y cortada en arco por los lados para dejar libre el movimiento de los brazos. El *paletot* bajaba hasta media falda; algunos eran muy holgados y se ajustaban a la cintura por medio de un cordón de seda.

Salida de baile: manteleta grande, con capucha y forros de piel de armiño.

Los pañuelos de sonarse las narices se llamaban *de mano*, porque en la mano se llevaban constantemente, bordados en colores, para visita y paseo; en blanco con flores caladas, para *soirées*. Las señoras guardaban en el bolsillo otro pañuelo, liso, con objeto de servirse de él.

Para caza. Hombres: levita abrochada, corta, que no llegaba a las rodillas; sombrero de paja o fieltro, de copa redonda, baja, con grandes alas, y polainas. Señora: Vestido corto, botines y gorra de terciopelo.

Para montar a caballo. Hombres: Levita entallada, con carteras; chaleco de seda, de color claro, con dibujos; sombrero de copa; pantalón gris o perla, con media bota unida, como la usaban los militares de caballería. Señoras: Falda larga, de las llamadas de amazona, verde botella, cuerpo abierto por delante, que dejaba ver un camisolín, con cuello vuelto, y corbata negra; guantes de gamuza, y sombrero hongo de grandes alas con pluma larga rizada.

Los cuerpos escotados se adornaban con una *bertha* o tira ancha de encaje, que, cosida en la parte superior, caía, cubriendo parte de los brazos, hasta cerca del codo, a manera de esclavina, quitando gracia y esbeltez a la figura.

Para paseo matinal o visitas de confianza, se usaba en invierno una chaquetilla con faldones cortos, que resultaba muy airosa. Como abrigo, el *pardesús*, que era un gabán, marcando algunos ligeramente el talle, con faralaes de tela o blonda en la parte inferior. También las manteletas se usaban en el rigor del invierno, como se ha dicho, asimilándose algo a la forma del *paletot*, merced a combinaciones extrañas y de poco gusto.



En 1849 predominó la moda de los volantes, pues se ponían cuatro bien anchos en la falda.

Se usaban botas de *casimir*, no muy altas, del mismo color del vestido, con bigoterías de charol. Para sociedad, zapatos de charol o de raso.

En el último año citado los caballeros llevaban, para sociedad, chaleco negro con botonadura esmaltada o de piedras preciosas.

Para calle o paseo, frac violeta obscuro o café, y cuello de terciopelo del mismo color. Levita azul turquí o verde obscuro, con cuello de terciopelo. Pantalón estrecho algo acampanado, con franja. Se estiló en vez de franja un bordado menudo en la costura, pero esto no llegó a generalizarse.

El sombrero de copa principia a acampanarse por la parte superior.

Entre los jóvenes de buen tono se generalizó otra vez la capa, que había estado desterrada de los hombros de la gente de forma, como entonces se llamaba al *hig-life*. Lo que predominaba, para abrigo, era el paletot, entallado o suelto.

\* \* \*

Al comenzar la década de 1850, las faldas aparecen francamente largas, arrastrando por detrás, capricho que censuraron los mismos revisteros de modas. Como las calles no se regaban en aquel tiempo, y no era costumbre que las señoras se recogiesen el vestido para andar con desembarazo, la *cola* de la falda levantaba polvo, y esto tenía que molestar necesariamente a los transeúntes.

No se ponía a las faldas muchos adornos: seguía la moda de los volantes; se llevaban dos, tres, cuatro o cinco filas, de mayor o menor tamaño, según el número de éstas.

Lo que caracteriza esta época es el excesivo abultamiento de los vestidos. Para conseguirlo, se usó primero la enagua almidonada, luego hubo de añadirse la crinolina, y después se



inventó el miriñaque, cuyo apogeo se verifica durante el fin de este período y el comienzo del siguiente. El miriñaque era una enagua con aros de ballena fuerte, o de esparto tejido, a fin de que se mantuviese constantemente hueca. Estos aros se substituyeron más adelante por aceros, a fin de dar mayor consistencia al armazón, consistencia que a veces solía poner en un compromiso a las señoras en sitios donde se aglomeraba con apreturas mucha gente.

Por los años de 1854 a 1856 estaba haciendo furor en el extranjero una actriz italiana llamada Adelaida Ristori (1), que logró dar su nombre a varias prendas de la indumentaria femenil. Pañoletas a la Ristori eran, como su nombre indica, unos pañuelos pequeños, de encaje, de tres puntas, una que caía por la espalda y dos que se cruzaban con un alfiler sobre el pecho.—Abrigos a la Ristori: Grandes y sin mangas, pero con una especie de esclavina por delante para sacar los brazos.

Las mangas de los vestidos no se hacían ni muy anchas ni ajustadas al brazo; quedaban cortas hasta el codo, dejando asomar otra manga de lienzo con puntillas y encajes.

El traje de corte en 1859 se componía de cuatro volantes de punto de Inglaterra, adornados en la cabecera con sartas de perlas. Llevaba una segunda falda, que caía por detrás desde la cintura, formando una larga cola cuajada de bullones de tul de seda armados sobre *moirée*, para que ensanchase la falda todo lo posible. Esta falda, con el indispensable miriñaque, venía a ocupar el espacio en que se colocarían hoy tres señoras holgadamente.

El *moirée antique*, que había estado muy de moda, iba cayendo en desuso a fines de esta década.

Las manteletas aumentaron de tamaño, y casi se convirtieron en *pardessus*. Solían ser de terciopelo, y se adornaban con blondas y flecos; unas marcaban el talle en la parte de atrás, lo que se conseguía por medio de cintas interiores que

---

(1) No vino a Madrid hasta 1857.



se ataban a la cintura; otras eran enteramente seguidas, forma que daba poca gracia al cuerpo a causa del excesivo vuelo de los vestidos.

Se usaban mucho pañuelos de crespón, de colores, en verano, y los clásicos alfombrados, en invierno, para señoras casadas.

Los *pardessus* de 1850 en adelante eran muy largos, con escasos adornos y ligeramente entallados.

La forma de la capota varió mucho; parecía un cono truncado, cuya parte estrecha sobresalía bastante en la cabeza por detrás, quedando la ancha para asomar el rostro. El hueco que resultaba entre el ala y los carrillos de la cara se rellenaba con flores de mano que constituían un adorno interior del sombrero.

Para campo y viaje se llevan sombreros de paja con una copa muy reducida y grandes alas, estilo Pamela, inclinadas ligeramente por detrás y por delante.

Hubo gran predilección por la papalina, que se venía usando para casa desde 1830, por lo menos.

Al comienzo de este período aparecieron grandes, y muy adornadas; de tal manera, que casi se confunden con las capotas cuyo tamaño iba ya achicándose.

Las niñas llevaban el vestido algo más corto que en años anteriores, pero no se abandonó la moda de que enseñasen el final inferior de los pantalones. Los niños, chaqueta y sombrero de ala ancha; los mayores, gorra de terciopelo o sombrero de seda como los de copa, sólo que de tamaño muy reducido.

Caballeros. Las levitas se llevaban algo cortas, y los faldones sin vuelo. Gabán sin talle, o capa color castaño oscuro, con embozos de terciopelo color cereza. Chaleco abrochado hasta el cuello con botones de oro, cornelina, doublé o cualquier metal.

Para mal tiempo y salir de noche, gabanes anchos, muy



anchos, que se llamaban *Pelisse Raglan*, con cuello grande de seda.

Comenzó a usarse el *Mac-ferlane*, por otro nombre *Carrik*: era un gaban sin mangas, aun más ancho que el *Raglan*, con unas esclavinás delanteras para sacar y cubrir al propio tiempo los brazos.

Para paseo, gabanes cortos, que no llegaban a la rodilla, con dos hileras de botones, abrochados hasta el cuello, sin solapas.

Pantalones algo anchos, de cuadros grandes, o lisos con franja más o menos llamativa.

Sombrero grandecito, con algo de campana y ala estrecha.

Hacia 1855 el *chaquet* vino a substituir al *frac* para calle y paseo, y quedó desde entonces esta prenda destinada exclusivamente a la etiqueta.

Un periódico de Cádiz publicó, en Diciembre del año indicado, unos versos anónimos que, aunque un poco incorrectos, sirven para comprobar la noticia.

#### LAMENTOS DE UN «FRAC»

¿Por qué yazgo  
arrinconado,  
despreciado  
y sin servir?  
El motivo  
de este enfado  
no me es dado  
descubrir.  
¡Qué desaire  
tan extraño!  
¿No es mi paño  
superior?  
¿Y conmigo,  
si ha querido,  
no ha lucido  
mi señor?



Hoy me agarran,  
y me miran,  
y me tiran  
con desdén.  
De la moda  
culpa ha sido  
que al olvido  
así me den.  
¡Ay! La moda  
veleidosa,  
engañososa,  
me perdió.  
Pero ¡cuántos  
a luz salen  
que no valen  
lo que yo!  
Cierta frac  
así clamaba,  
que se hallaba  
en un arcón.  
¿Me dirás,  
por vida mía,  
si tenía  
o no razón?

En Noviembre de 1850 se abrió en la calle del Carmen, frente a la de la Salud, una joyería, que desde el primer momento vino a ser la tienda de moda para las señoras elegantes. El dueño, un tal Samper, arregló el establecimiento con todo lujo, para lo cual hizo una gran obra en la finca adquirida por él con este objeto. El arquitecto que dirigió la instalación de la nueva tienda fue D. Juan Sánchez Pescador, quien también estaba de moda.

Poco tiempo después se inauguró en la calle de Carretas la guantería de Mr. Doubost, que obtuvo el favor de las señoras.

\*  
\* \*



El último período de la época de Isabel II fue, sin ningún linaje de duda, el más desgraciado para la indumentaria de la mujer, por el mal gusto que predominó en las modas de vestidos y sombreros.

Entra el año 1860 reconociendo la supremacía del miriñaque; y no decimos que adquiere éste mayor desarrollo, porque había llegado a su apogeo al final de la década anterior.

Sigue usándose mucho la falda lisa, que resultaba poco airosa por las dimensiones de su vuelo.

Algunos vestidos llevaban adornos en la parte inferior. También se estiló una falda recogida sobre un guardapiés de otro color, es decir, una sobrefalda más corta.

Para campo y mañana se comenzaron a usar, hacia 1866, faldas que llamaban zagalejos, y, por lo tanto, sin cola, pero cubriendo los pies.

Se pusieron de moda los coseletes o corpiños con *canesú* de tul o de seda distinta del vestido.

Las talmas, muy largas y con muchos adornos, eran una derivación de las manteletas, sin dar salida por los lados a los brazos. Con las talmas alternaban los *paletots*, que venían a tener la forma, sobre poco más o menos, que los del período anterior.

Comienzan a usarse las mangas *de codo*.

El *fichú*, que se puso de moda, resultaba una especie de las *pañoletas a lo Ristori*, mencionadas en el período último.

Para casa y paseo matinal, chaquetas y gabancitos cortos, de mucha variedad de formas.

En 1864 las capotas presentaban el frente ovalado, dejando un hueco en la parte superior, que se rellenaba con adornos de cintas o flores. Dos años después se deformó de tal modo el sombrero, que quedó reducido a un adorno sumamente pequeño, sujeto bajo la barba con un gran lazo. Para campo y verano comenzaron a usarse en 1866 unos sombreritos como los de paja que ahora gastan los hombres, pero de un tamaño diminuto.



El peinado varió por completo de forma: era de poca altura, pero bajo, por detrás, hasta cubrir el cuello, rozando sobre la tela de la espalda.

Las niñas que por su edad llevaban vestido corto, ya no enseñaban los pantalones blancos como en los años anteriores.

Unas seguidillas, algo chapuceras, publicadas en *Los Sucesos* de 1866, nos dan idea de algunas modas que nosotros, desgraciadamente, hemos llegado a conocer:

Estílase en el moño  
una almohadilla  
que las niñas sujetan  
con redecilla;  
y por sombrero,  
el soplillo que gasta  
mi cocinero.

Botitas que se llaman  
a la *imperial*;  
en el cuello una cinta  
con mucha sal;  
un perifollo,  
que dice al ir flotando:  
*sígueme, pollo.*

En efecto; el pelo, que, como hemos dicho, iba caído por la parte de atrás, se llevaba recogido con una redecilla; las botas *imperiales* eran bastante altas, aunque no tenían más de ocho botones; y el *sígueme pollo* consistía en un lazo que se hacía en el cuello, o mejor dicho en la nuca, con una cinta de color, de una pulgada, lo más, de ancha, con dos caídas largas hasta más abajo de la cintura. Este adorno era exclusivo de las muchachas solteras.

La indumentaria del hombre tampoco fue de buen gusto, sin modificar notablemente la moda del período anterior. Levitas no muy entalladas, como las que ahora se usan, ni tampoco largas, pues apenas llegaban a la rodilla. *Chaquets* abrochados con un solo botón y bastante cerrados, con faldones



casi tan largos como los de la levita; gabanes de dos hileras de botones, con cuello de terciopelo; pantalones anchos, descansando sobre el empeine de la bota, donde había de hacer arrugas en determinada forma. La capa se había generalizado por completo, azul, pasa o café, de cuello grande y amplia esclavina, con embozos de terciopelo. Al final del período, el cuello se achica exageradamente, y lo mismo la esclavina.

Lo característico de los primeros años de este ciclo es el sombrero, que llegó a alcanzar una altura ridícula por lo desproporcionada. El ala llevaba un reborde a los lados, que se llamaba *dorsé*. En 1866 bajó de proporciones, y a la par cambió el aspecto de las prendas de la indumentaria varonil. Los faldones de la levita se acortaron, y en mayor grado los del *chaquet*, de forma que esta prenda resultó verdaderamente *cursi*.

Los cuellos de camisa se habían usado altos, es decir, derechos; y entonces comenzó a estilarse vueltos, *a la marinera*, como los llamaban, y muy escotados, moda también que carecía de elegancia.

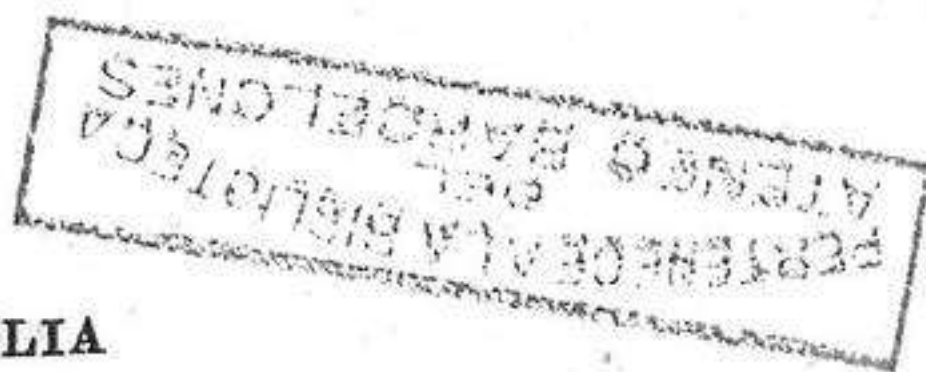
El pantalón ensanchó, abotinándose en la parte baja, por el estilo, aunque de mejor gusto, que lo que al presente se usa entre la *crème* de los organilleros.

En resumen: el final del reinado de Isabel II es, como ya se ha indicado, la época más desgraciada en la indumentaria de señoras y caballeros, dando nosotros la preferencia a la década de 1840, cuyo sentido estético resulta más en armonía con la naturalidad y la belleza.

### III

#### INTIMIDADES DE FAMILIA

No por referirse a nuestro padre, quien no tiene realce para figurar en estas *Crónicas*, sino por tratarse de personalidades ventajosamente reputadas, vamos a contar varias anécdotas, a





propósito para dar a conocer, mejor que los grandes hechos o las producciones del talento, los gustos, las aficiones y el carácter de algunos personajes distinguidos en la literatura, en el arte o en la política.

*Don Ventura de la Vega.*

Dos jóvenes, un tal Ventura de la Vega y otro tal Pablito Cambronero, hallábanse cierto día con alguna escasez de recursos pecuniarios, merced a causas que aún no se ha podido descubrir; pero se sabe positivamente, que ambos habían entablado relaciones amistosas con una señora que tenía dos hijas guapitas a cual más, una rubia y otra morena, que interesaban el afecto de Vega y de su amigo, no pudiéndose tampoco determinar ni los nombres ni el domicilio de las dulcineas (1).

Es cosa cierta e indiscutible que en los días de Pascua de Navidad, hallándose Vega y Pablito de visita o de tertulia en casa de la señora de que se ha hecho mención, hubieron aquéllos de ser invitados para una cena, obsequio que aceptaron gustosos, ofreciendo, *in continenti*, Veguita, contribuir con un pavo, turrónes y vinos.

La promesa sobrecogió de espanto a su compañero, como si hubiera notado que la techumbre de la habitación se les venía encima. En el estado, poco halagüeño, de su caja de caudales, comprendía que era una temeridad aventurarse a hacer dispendios cuantiosos y extraordinarios que no podrían realizarse sin previas operaciones de crédito, siempre onerosas cuando no se compensan con una cierta y próxima entrada de fondos. Desde aquel momento, Pablito no atendía ya a la conversación; estaba pasando un mal rato, y aprovechó la primera coyuntura para dar por terminada la visita, llevándose del brazo a su amigo.

---

(1) También desconocemos la fecha precisa de la anécdota; pero nos hemos decidido a incluirla en estas *Crónicas* por tratarse de escritor tan distinguido.



Cuando estuvieron en la calle se entabló entre los dos el diálogo siguiente:

—Supongo, Ventura, que al hacer ese ofrecimiento contarás con recursos para salir de él airosamente.

El interpelado movió la cabeza en ademán negativo, frunciendo los labios con ironía, y clavando su mirada penetrante en los ojos de Pablito.

—Y ¿qué vamos a hacer?—replicó éste malhumorado. Acumulando nuestros capitales podremos reunir para los turrones y los vinos; pero... ¿y el pavo? ¿De dónde sacamos el pavo?

—Has hecho bien en no dedicarte a escribir comedias: no tienes condiciones de autor dramático. Hemos terminado la exposición o acto primero. Escucha el recurso que se me ha ocurrido para final del acto segundo. Debería contártelo en romance endecasílabo; pero, por abreviar, te diré el parlamento en prosa. A ti te unen lazos de amistad, por ser paisanos, es decir, naturales del mismo pueblo, con el jefe culinario del Conde de X\*\*\*, cuya cocina tiene ancho y volado balcón que da a cierta callejuela de poco tránsito (1). Al pasar casualmente por ese sitio esta mañana, pude observar que en unas cuerdas tendidas al aire entre los hierros del balcón mencionado había colgadas más de diez piezas, entre capones y pavos, uno de los cuales podrá ser ofrecido a esas muchachas, previa donación del cocinero bajo cuya guarda y custodia se halla colocado en unión de los otros compañeros de infortunio. Para eso son los amigos. Le cuentas a tu paisano, como tú sabes hacerlo, el conflicto social en que nos vemos metidos; y creo yo, dada su reconocida amabilidad, que no vacilará en concederte el apetecido y apetitoso pavo. Calla, Pablito; ya presumo la observación que me vas a hacer. Aunque el cocinero tenga ese rasgo de munificencia, que sí lo tendrá, ¿cómo sacar el pavo a la calle sin que se enteren los demás criados, ni el

(1) Dudamos si era la calle de la Paz.



portero, ni cualquier persona que te pudieses encontrar en la escalera? Aquí de mis recursos de autor dramático. ¿No te he dicho que tengo un final de gran efecto para el acto segundo? Decoración de calle. Es de noche. Aparece Veguita embozado y se coloca sigilosamente bajo el balcón. Tú, una vez obtenida la aquiescencia del cocinero, desatas el pavo y lo arrojas a la calle, recogiénolo yo en mis amantes brazos antes de que llegue al suelo.

Pablito aprobó el plan, y lo secundó hábilmente, pudiendo realizarse con éxito satisfactorio lo que Ventura llamaba final del acto segundo.

El acto tercero, que constituía la cena, se representó sin dificultad alguna.

*Don Francisco Asenjo Barbieri.*

Cuentan que Cambronero hubo de casarse, andando los años, con una señorita bilbaína que presumía de maestra en el arte culinario, y que cuando se ponía el mandil le daba quince y raya a la cocinera más primorosa.

Por este tiempo, un joven pianista llamado Paco Barbieri, gastrónomo refinado a tenor de lo que sus recursos le permitían, acostumbraba a frecuentar la casa de Pablito, por amistad que D.<sup>a</sup> Petra y D. Luciano Martín, madre y padrastro, respectivamente, del joven músico, tenían con el matrimonio Cambronero.

Fanny, la hija de éste, aprendía por entonces a tocar el piano, y en la casa se hacía música una vez por semana, concurriendo D. Pedro Albéniz, profesor del Conservatorio de María Cristina; Guallart, un cantante que después perteneció a la Real Capilla; la Amalia Anglés, más tarde tiple de la ópera del Teatro del Circo; Soriano Fuertes, maestro compositor; y Florencio Lahoz, otro muchacho pianista, famoso por su obesidad. En el piano de la hija de Cambronero compuso Barbieri muchos trozos de una ópera titulada *Il buon tempone*,



que no consiguió ver representada, por lo que aprovechó la música para las zarzuelas que escribió en días posteriores, principalmente *Jugar con fuego* y *El Marqués de Caravaca*.

Barbieri era entonces hombre de pocas carnes, aunque no flaco, y no correspondía su físico al consumo de alimentación que empleaba, pues a cualquier hora del día se hallaba dispuesto a aceptar un convite. Frecuentemente prodigaba elogios a las especiales dotes culinarias de la esposa de Cambronero, haciéndose invitar al almuerzo o a la comida cuando averiguaba que aquella señora estaba preparando un plato nuevo o de reconocida dificultad.

Un día de éstos fue Barbieri invitado a almorzar, y es de suponer que el ama de la casa procuraría ofrecer al convidado manjares que, en calidad y cantidad, le dejasen satisfecho.

Conviene advertir al lector, porque es circunstancia muy de tener en cuenta para la inteligencia del relato, que en casa de Cambronero se almorzaba a las once de la mañana, obligando a ello las horas que éste tenía de oficina.

El día de autos, después de haber almorzado muy a su gusto, sin ningún linaje de duda, Barbieri se despidió precipitadamente de la familia Cambronero, pues había echado en olvido que estaba convidado a comer, a la una en punto, en casa de D. José Ramón Merino, cura de la parroquia del Real Sitio del Buen Retiro, hoy Parque de Madrid.

Y se supo después que el futuro autor de *Pan y Toros* había comido de todo lo que salió a la mesa, y que le sentó a las mil maravillas el segundo banquete.

### *Don Patricio de la Escosura.*

Allá por el año de 1844 hallábase Pablito desempeñando la plaza de jefe de la Sección de Pasaportes del Gobierno civil de la provincia de Madrid, y aunque el cargo era verdaderamente modesto, tenía cierta responsabilidad, pues los movi-



mientos políticos, tan frecuentes en aquella época, podían exponer al funcionario encargado de este servicio a firmar un pasaporte en falso, a despecho de su celo y honradez.

El pasaporte se hacía de imprescindible necesidad, según la ley, a todo español o extranjero residente en la Península, para viajar por el interior de ella, salir de los puertos o traspasar las fronteras; y consistía en un documento donde constaba el nombre, apellidos, edad, naturaleza, profesión, estado civil, señas personales, domicilio de residencia del interesado y punto adonde se dirigiese. Se expedía en el Gobierno civil, mediante solicitud o instancia, informada por el comisario o celador del barrio respectivo, y podía darse uno de estos dos casos: que se falsificase el pasaporte en el Gobierno por el encargado de su expedición, o que se sorprendiese a éste con un informe falsificado.

No van estas consideraciones al tanto de reunir antecedentes con el objeto de preparar una Memoria sobre el servicio de la expedición de pasaportes, sino al de presentar los antecedentes necesarios para que el lector forme idea cabal del suceso que vamos a referir.

Se nombró Jefe político, Gobernador civil decimos hoy, a D. Patricio de la Escosura, hombre de grandes iniciativas, capitán de Artillería, retirado, aunque joven, por tener libertad de defender sus ideas políticas en la forma y tensión que más le conviniera, sin que le cohibiesen las prescripciones de la ordenanza.

Escosura era antiguo amigo de Pablito Cambronero; habían representado juntos comedias en una tertulia de confianza, y se profesaban mutua y afectuosa simpatía.

Sucedió que por las contingencias de la política hubo de tramarse una conspiración en la cual figuraba como factor importante un tal García Caballero, con el que también tenía Pablito amistad y confianza de años atrás. Escosura, que estaba a la altura de su cargo, supo desbaratar la conjuración en sus comienzos, teniendo los conjurados que ocultarse, a fin de



burlar las pesquisas de los polizontes, logrando García Caballero salir de la corte disfrazado de albañil.

Parece que cierto comisario de policía manifestó al jefe político que si García Caballero había escapado, era porque Pablito, el jefe de la Sección de Pasaportes, le había provisto de uno falso.

—*Nego suppositum*—contestó Escosura en un arranque de caballeridad que recordamos con satisfacción.—Cambronero no es capaz de cometer acción semejante. Que traiga la documentación de los pasaportes expedidos durante estos días, y verán ustedes cómo se encuentra con todos los requisitos el que haya aprovechado García Caballero.

En efecto, se probó que éste había comprado a un pobre albañil el pasaporte, informado legalmente por el comisario del barrio; pero pedido con toda idea para preparar la fuga de García Caballero, en el caso de que abortase la conspiración.

Al día siguiente se encontraron el jefe político y el de la Sección de Pasaportes, al entrar en el Gobierno civil, que se hallaba instalado en el antiguo convento de San Martín, calle del Arenal, pero más arriba de San Ginés, y Escosura, después de estrechar la mano a Cambronero y felicitarle cordialmente, le dijo:

—Yo acostumbro a estudiar a los hombres mientras hablo con ellos, y en los juicios que formo acerca de su mérito y condiciones morales, rara vez me equivoco.

### *Doña Concepción Arenal.*

Al fallecimiento de esta insigne escritora, celebró la Real Academia Matritense de Jurisprudencia una velada, el 28 de Marzo de 1893, en la que hizo el resumen de la sesión D. Antonio Cánovas del Castillo, logrando con el encanto de su elocuente voz entusiasmar al numeroso público que le escuchaba, y eso que comenzó a hablar muy cerca de las doce de la noche. Hízose cargo, entre otros extremos, de la noticia, no muy co-



nocida entonces, referente a que D.<sup>a</sup> Concepción Arenal, dedicada desde sus primeros años al estudio, con verdadera pasión, había usado en su juventud el traje masculino, a fin de concurrir libremente a las aulas sin llamar sobre sí la atención de sus compañeros de clase; añadiendo, por su cuenta D. Antonio, que él recordaba haberla visto vestida de hombre, sentada con su marido a una de las mesas del Café del Iris (1). Sorprendió a algunos el aserto, ya que por salir de labios tan autorizados y en tan solemne momento, no se podía poner en duda; y quise yo, al terminar la velada, confirmar las palabras de Cánovas contando por la calle a mis amigos la verídica anécdota siguiente:

Corría el año 1847, como se decía por los novelistas de la época; estaba para casarse la Arenal con D. Fernando García Carrasco, y ultimado ya el expediente matrimonial con todos los requisitos canónicamente establecidos, incluso el de la lectura de amonestaciones, surgió una contrariedad que ninguno de los interesados había tenido en cuenta, y que retrasaba el día fijado para celebrar el casamiento. Como la novia vestía siempre de hombre, carecía de traje y avíos femeniles, y el novio creyó necesario notificar el caso al párroco que había de echarles la bendición, el cual, amparándose en la costumbre, nunca para él interrumpida, manifestó que no podía uncir en santo yugo a dos personas que por el vestido representaban ser del mismo sexo.

Carrasco, que tenía muy buen juicio, y la Arenal que lo tenía mejor, hubieron de dar la razón al párroco; pero la resolución inquebrantable de éste producía en aquellas críticas y especialísimas circunstancias un conflicto de no fácil solución, por cuanto estaba señalada para el siguiente día la celebración del acto religioso. Así las cosas, encontróse Cambronero con el novio en la calle a media tarde, exponiéndole éste el conflicto, y la dificultad de resolverlo en el breve espacio de tiempo que

---

(1) Carrera de San Jerónimo, donde hoy está el *Credit Lyonnais*.



mediaba desde aquella hora a la mañana siguiente en que deseaban los prometidos esposos recibir la bendición del sacerdote.

—Pues veo con dolor—dijo Cambronero,—que tanto Conchita como tú os ahogáis en poca agua. Todo se reduce a que entre los conocimientos de ella busque una señora que tenga la estatura y forma de su cuerpo, y le preste para el caso un vestido negro, una mantilla y las ropas interiores correspondientes.

—Ese ardid ya se nos ocurrió—repuso Carrasco;—pero repasando en la memoria la relación de las amigas de Concha, que no son muchas, no encuentra una cuyos vestidos puedan sacarnos del apuro.

Quedóse pensativo Cambronero, y después de unos instantes, dando un abrazo a su amigo, exclamó con alegría:

—Ya tengo resuelto el problema: los vestidos que indudablemente le servirán a Conchita como hechos para ella, son los de María Antonia Cañizares, la mujer de Pepito Olózaga.

Este Pepito Olózaga era un abogado ya notable, aunque joven todavía, pues no contaba más de treinta y tantos años, hermano del célebre orador y hombre público D. Salustiano, que tanto influyó en la política durante el reinado de Isabel II. Carrasco, si bien conocía y trataba a D. Salustiano, no tenía confianza suficiente para solicitar de su cuñada un favor semejante, y mostró algún reparo en acudir a él, por la índole especial del asunto, y por el carácter burlón y satírico del que había de hacer la recomendación.

Felizmente para los novios, Cambronero tenía amistad antigua con el llamado Pepito Olózaga y con su mujer, que era una cordobesa de trato excelente; prestóse gustoso a desempeñar la honrosa comisión de solicitar de María Antonia el vestido de boda de D.<sup>a</sup> Concepción Arenal, y despidiéndose cariñosamente de su atribulado amigo, se dirigió, sin perder tiempo, a casa de D. José Olózaga. Al principio recibieron



como broma la petición; pero convencidos luego de la verdad, celebraron el suceso, riendo de antemano las cuchufletas que se le ocurrirían a D. Salustiano cuando lo supiese.

María Antonia hizo que le trajesen una canasta al gabinete donde se hallaban, y ayudada por la doncella, acopló cuidadosamente en el cesto, vestido, mantilla, ropa interior de todo género y cuantos avíos se conceptuaron necesarios para que la novia se presentase bien equipada en tan solemne ceremonia, sin que pudiera faltar ningún requisito.

Satisfecho y gozoso entró Cambronero en casa de Conchita con el mozo que porteaba la canasta, y no son para contados ni el efecto que produjo el buen resultado de su gestión, ni los plácemes que recibió de la que después fue ilustre escritora.

Terminado el acto religioso, la canasta se reintegró en la misma forma a su amable propietaria, y D.<sup>a</sup> Concepción Arenal siguió vistiendo, durante una temporada, su traje de hombre.

Es probable que alguna vez, en la mesa del café del Iris, dedicase un recuerdo al compromiso que la ocasionó su vestido boda.

\*  
\*  
\*

En la plaza de las Cortes, frente al Congreso, lindando con el derruido palacio del duque de Medinaceli, y esquina a la calle de San Agustín, había una iglesia que llamaban de San Antonio del Prado, por estar cerca de este paseo, o de los Capuchinos, por haber formado parte del convento que en aquel paraje había existido; la entrada a la iglesia hallábase precedida de un andén o atrio algo elevado sobre la superficie del piso de la calle, y al que se subía por una escalinata que, a las horas de culto, era invadida por los mendigos, escalonados de alto a bajo, acosando con sus lamentos a los devotos que subían y bajaban del templo. Al cerrarse la verja que incomunicaba la escalinata con la calle, tenían los pordioseros que abandonar su palenque; pero quedaban siempre unos cuantos en la



vía pública arrimados a los sillares que sostenían el atrio. Entre el número reducido de los mendigos permanentes consiguió llamar la atención un niño tullido que, con débil voz, acompañándose a la guitarra, entonaba unas canciones impropias de su edad, y aun del sitio en que se encontraba, por la proximidad de una iglesia.

A la caída de una tarde de primavera o de otoño, yendo, recién casada D.<sup>a</sup> Concepción Arenal, en compañía de Carrasco, su esposo, acertaron a encontrarse con Cambronero ante el atrio de la iglesia de San Antonio de los Capuchinos, y casualmente hubieron de oír algunas de las canciones poco edificantes del niño tullido, lamentando que no hubiera quien le hiciese aprender cosa más adecuada.

—Cambronero tiene una hija—exclamó Carrasco,—que toca el piano y escribe algunos juguetes musicales; envíale unos versos para que los ponga en música, y buscaremos el medio de hacer que este pobre niño los aprenda.

Doña Concepción Arenal y Cambronero aceptaron la proposición, y a la mañana siguiente recibió Fanny, la compositora en cuestión, una poesía acompañada de la siguiente carta en décimas, que no constituyen modelo en su género, pero que se escribieron en breve espacio de tiempo, inspiradas por un laudable propósito:

«Ni el rostro nunca te vi,  
ni sé tu nombre, señora,  
ni al ver que te escribo ahora  
sé lo que dirás de mí.  
No fui yo quien prometí;  
pero que cumpla es razón,  
ofrecerte una canción,  
alguno que yo bien quiero,  
y el pago no más difiero  
que es deuda del corazón.

Mas, ¿qué tono emplearé  
para ser de ti escuchada?  
¿Triste? Ignoro si te agrada.



¿Alegre? Alegre no sé.  
El dolor te contaré  
de un desventurado sér,  
y podrás compadecer  
su mal, ¡ay!, harto terrible,  
que no has de ser insensible  
si eres artista y mujer.

De la música el encanto  
dale a esa pobre canción.  
¡Habla tanto al corazón!  
¡Puede la música tanto!  
Si le das vida a ese canto,  
él excitará piedad.  
Triste es que la humanidad  
le inspire interés mayor  
embelleciendo el dolor;  
pero, aunque triste, es verdad.

Ese lenguaje del cielo  
préstale al pobre tullido,  
y alguno, compadecido,  
le dará pan y consuelo.  
Si osa el atrevido vuelo  
en alas del genio alzar,  
y sabe inmortalizar,  
y guerras y amores canta,  
también la caridad santa  
puede al artista inspirar.»

Fanny Cambronero, que únicamente solía componer valsecitos y polkas fáciles para sus amigas, se lamentaba del compromiso en que la había puesto su padre, pues se reconocía ella misma sin las condiciones de maestro compositor que el caso requería. A duras penas compuso la canción, con la ayuda de un antiguo condiscípulo suyo, llamado Paco Barbieri, y, puesta en limpio la obra, se la llevaron a D. Ramón Carnicer, quien hizo algunas correcciones; pero la canción tenía un mal de origen: la falta de inspiración de la autora, y resultó una vulgaridad musical, a pesar de haberla corregido dos maestros. El niño tullido la aprendió, y los transeúntes que se detenían



a escucharla no supondrían que aquellas estrofas habían sido escritas por D.<sup>a</sup> Concepción Arenal.

*Don Melchor Ordóñez.*

Era un hombre de mucho carácter y aficionado a las reformas. Siendo Gobernador civil de la provincia de Madrid, ideó establecer en el *Asilo de Niños desamparados*, fundado a fines del siglo XVI, en la calle de Atocha, esquina a la Costanilla, que aún conserva el nombre de la primitiva fundación, un *Hospital de hombres incurables*, y sin contar con recursos para ello, dispuso que los niños se trasladasen al Hospicio, ofreciendo a Isabel II abrir el nuevo establecimiento el día 10 de Octubre, fecha del cumpleaños de la Reina.

El 15 de Agosto de 1852, que es el año a que se refiere este episodio, fue D. Melchor llamado a ocupar un puesto en los Consejos de la Corona como Ministro de la Gobernación, y habiéndole recordado S. M. a fines de Septiembre la idea del establecimiento del Hospital cuyo título de *Nuestra Señora del Carmen* fue indicado por la misma Reina, si no recordamos mal, el Ministro formó el propósito de cumplir su palabra venciendo todos los inconvenientes.

Estaba de director del asilo Pablito Cambronero, y don Melchor, con su autoritario carácter, sin dar oídos a observaciones ni argumentos, por razonables que fuesen, dispuso que el Hospital se inaugurase el día fijado, facultando al Director para que, por cuantos medios estuviesen a su alcance, pero sin darle un ochavo, dispusiera lo conveniente a fin de realizar aquella ceremonia con las formalidades acostumbradas en semejantes casos.

El milagro se realizó con asombro del mismo D. Melchor. Cambronero mandó fregar con toda pulcritud los pisos; improvisó, en el gran patio del edificio, un jardín con plantas y macetas prestadas por el Ayuntamiento; colocó en las enfermerías un par de docenas de camas que para el solo acto de la inauguración había cedido, de los almacenes de la Administra-



ción militar, el Capitán general del distrito, y distribuyó artísticamente por el establecimiento varias Hermanas de la Caridad, que no tenían ni silla en qué sentarse.

La Reina salió muy complacida, el Ministro recibió muchas felicitaciones y prometió a S. M. que el 19, día de Santa Isabel, se celebraría dando entrada en el Hospital a 40 pobres incurables.

Aquí comenzaron otra vez los apuros para el pobre Director. Le entregaron, sí, una cantidad que apenas bastó para la adquisición de camas y demás utensilios necesarios; así es que Cambronero fué a exponer a Ordóñez la dificultad de realizar la promesa por falta de fondos.

—Para eso le he puesto a usted ahí—replicó el Ministro;— para solventar las dificultades; y le advierto que como el día del santo de la Reina no queden admitidos y durmiendo en el Hospital los 40 pobres que le enviará a usted la Junta de Beneficencia, le dejo a usted cesante.

Y D. Melchor era muy capaz de hacerlo.

Cambronero se echó a pedir limosna como un fraile mendicante, consiguiendo el día 18 por la tarde que el Duque de Medinaceli le diera una onza de oro y otra el Duque de Riánsares, a cuya munificencia se debe el primer caldo que tomaron los pobres del *Hospital de Nuestra Señora del Carmen*.

Un dato para la historia de la Beneficencia.

### *El Duque de Sesto.*

Cuando en 1857 nombraron Alcalde-Corregidor a D. José Ossorio y Silva, Duque de Sesto, fué Cambronero a darle la enhorabuena, pues le conocía y trataba por amistad y protección que le había dispensado el Marqués de Alcañices, padre de la nueva autoridad municipal de la Corte; y la visita tenía, en honor de la verdad, un doble carácter que podríamos calificar de interesado, porque el Duque había prometido a Cambronero, empleado cesante del Ayuntamiento, darle otra vez entrada en la Casa de la Villa cuando hubiese ocasión propi-



cia, encomendándole el Negociado de Estadística y Empadronamientos, cuyo servicio era uno de los que el joven y activo Corregidor pensaba reorganizar.

Eligió Cambronero la hora del almuerzo, por ser la más segura de encontrar en casa al Duque, que habitaba un palacio de grandes comodidades en su interior, pero no de lujosa apariencia, situado en la calle de Alcalá, esquina al Prado, donde hoy se alza el suntuoso edificio del Banco de España.

Encontró Cambronero a su protector rodeado de algunos amigos aristócratas, convidados por éste al objeto de celebrar su exaltación a la Alcaldía-Corregimiento. Había pasado la hora fijada para el almuerzo, y se notó que faltaba uno de los invitados, el Duque de Tamames, quien minutos después llegó pidiendo mil perdones y disculpando su tardanza. Cuando supo que era el último en llegar, se le ocurrió contar el número de los asistentes, y acercándose sigilosamente al oído del anfitrión le dijo en el tono de voz de quien va a revelar un secreto:

—Pepe, ¡somos 13!

—¿Trece?—repitió el aludido, tomándose tiempo para reflexionar.—Creo que has sacado mal la cuenta. Rectifiquemos.

Y contaron nominalmente los convidados, que, en efecto, eran 13; pero el Duque de Sesto, con la viveza de imaginación que le caracterizaba, había encontrado ya la solución del conflicto, y exclamó sonriendo:

—Somos 14 con Cambronero, el futuro jefe del Negociado de Empadronamientos.

Cambronero no desperdició aquella oportunidad, y aprovechando sus especiales condiciones de cuentista, refirió, de sobremesa, una serie de chascarrillos de varios colores, que hicieron reír grandemente a los comensales, prometiéndole todos no dejar de la mano al Duque hasta que le diese la colocación ofrecida.

Y a los pocos meses se cumplió la promesa.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)



# LOS ARFE

---

Durante todo el siglo xvi, desde la primera década hasta la última, reina en la orfebrería religiosa de Castilla la familia de los Arfe, en tres generaciones. Los contemporáneos (1) dicen que el primero de ellos, Enrique, procedía de Alemania, y en tal cuestión, el testimonio de los españoles no es sospechoso. Por otra parte, Arphe no es un nombre español, es el nombre alemán Harf, Harfe, que quizá provenga de una casa señorial que tenía este distintivo; tal casa se enseña aún en Estrasburgo. En la Edad Media este nombre estaba muy extendido en el bajo Rhin, y aparece en los libros de los siglos xiii y xiv. También acude a la memoria la noble familia de los caballeros

---

(1) ANDRÉS GÓMEZ DE ARCE, licenciat de Derecho canónico en el colegio de Monte Olivete de Salamanca, escribió, para el libro del nieto las siguientes palabras sobre el abuelo;

Cuius avus quondam Germana sede relictus,  
Omine foelici nostras remeavit ad oras,  
Ingeniique sui Hesperii monumenta reliquit.  
Cruce Legione docet, celebris Custodia Christi  
Corporis inmensi nomen protendit in aevum.  
Ampla Toletani pariter Custodia templi,  
Cordubae et illustris testantur; caetera mitto,  
Quaque olim cedro praecellens digna reliquit,  
Dum pius ardebat totum se tradere Christo  
Qua micuit virtute dies cum duceret aevi.



de Harffe, que están enterrados en el castillo de Harff. ¿Quién no conoce al caballero de Harff, cuya peregrinación a los Santos Lugares (1496 a 1499) describió él mismo?

La historia de esta familia de artistas es tanto más atractiva e interesante por cuanto encarnan, con rasgos sencillos y típicos, el cambio de estilo en una época muy agitada. Su actividad creadora se limita casi o se dedica preferentemente a uno de los utensilios del culto de la Iglesia española: la custodia; tanto, que el relato de su vida es casi una serie continuada de encargos sobre este tema. Estrecho círculo en el que, sin embargo, demostraron otras cualidades que la habilidad del orfebre y del artista minucioso. El constructor de custodias debía tener algo del genio del arquitecto y de la inventiva del escultor. En su época se marca el cambio de los tiempos, la caída de la gótica, la invasión de las formas resucitadas de la arquitectura romana, en España. Esta crisis está simbolizada aquí en una y la misma familia. Se divide entre el padre y el hijo. Los tres nombres de Arfe están ligados a una forma de estilo típica: la gótica posterior del primer Renacimiento y del clásico cinquecento. Del abuelo Enrique dice su nieto: «Llegó hasta el punto de la manera gótica.» La primera forma del nuevo estilo en suelo español tomó su nombre de los *plateros*, plateresco, porque la ornamentación arquitectónica tal como Antonio, el segundo, la adaptó a los utensilios de iglesia, parecía más apropiada a este arte. El tercero y más célebre, Joan, es el autor de un tratado didáctico que trata de reducir a medida todas las regiones de la Naturaleza y del arte; y precisamente la belleza de las bien proporcionadas formas fue lo que, a los ojos de sus contemporáneos, le hizo eclipsar las obras de su padre y de su abuelo.

### **La custodia.**

La custodia de las iglesias españolas es una especie de tabernáculo, en forma de torre ideal, destinado a mostrar al Se-



ñor en las grandes solemnidades. No tiene nada que ver con el culto diario ni con las demás fiestas anuales, pues está destinada a la festividad del Corpus, para la cual propiamente ha sido creada. En dicho día es llevada en procesión en unas andas o en un carro adornado con relieves, y durante seis días de la Octava de la fiesta se coloca en el altar mayor.

Custodia debe ser traducido regularmente por «Ostensorium», y la lengua española lo emplea con una adición. La custodia se llama custodia de mano o portátil, y también pequeña, cuando es manuable y se puede trasladar fácilmente de un lado a otro; la custodia, en sentido estricto, se llama custodia de asiento o custodia monumental; pero, habitualmente, el «Ostensorium» se denomina con la extraña palabra de viril, que el Diccionario de la Academia considera como solecismo derivado de vidrio (*speculare, pyxis, crystalina*).

La diferencia entre la custodia y el viril está no sólo en el tamaño (1), sino también en su destino y en su forma. El viril, que también debe su origen a la fiesta del Corpus, toma la Hostia consagrada inmediatamente después de la *lunula*, destinada exclusivamente a este fin; la custodia sólo mediatamente, pues el viril, durante la festividad, es convertido en una de sus divisiones. La forma del viril es la del relicario, por lo que también se llamó así en otros tiempos (en el siglo XIV) (2); esta forma es la de una copa parecida al cáliz, con pie, tronco y baldaquino.

En la custodia, la característica del vaso queda a un lado siempre. Está, con respecto al viril en la misma relación que

---

(1) La noticia más antigua de una custodia española cuenta que Leonor, esposa de Carlos III, el noble de Navarra, mandó construir para su capilla fúnebre un relicario de cristal con columnas de jaspe, de 11 marcos de plata, para llevar el cuerpo de Dios. El maestro fue Daniel Bonte. Leonora murió en 1415.

(2) La varia conmensuración señala para la custodia por lo menos dos varas castellanas, es decir, 1,68 metros de altura, y para el viril de dos a tres cuartas de varas, esto es, 0,42 a 0,63 centímetros.



el altarciborium a la mesa de altar, y en vez de descansar en un pie, se apoya en un ancho zócalo arquitectónico, y va reduciéndose gradualmente. Tiene la forma de boceto o modelo de torre.

La parte principal y la parte media del viril, el cilindro de cristal con la luneta y la *raggiara*, está dispuesta, generalmente en forma de superficie, con columnillas y estatuítas a los dos lados, situadas en un mismo plano. Solamente la forma de baldaquino del coronamiento adopta la forma redonda de una torre o torreón. Cuando hay varias torrecillas, la de en medio, o baldaquino, no está rodeada, sino flanqueada de estas torres accesorias.

La custodia, por el contrario, es un edificio central, en forma de torre en estrecha simetría periférica, con uniformidad y ponderación por todos lados. Puede decirse que no tiene orientación ni cara principal.

La custodia recuerda más por su destino y su forma al tabernáculo, cuando por esta palabra, usada en distintos sentidos, queremos designar, no un armario para guardar y encerrar el Sacramento, sino una especie de trono expositivo movable. Al verla se recuerda las casillas del Sacramento usadas en el Norte en los siglos xv y xvi, que nacieron antes que la custodia. Consideradas desde el punto de vista artístico, tienen la mayor relación con éstas. En su adorno se parecen a los tabernáculos gigantescos, en que se ejercitó y agotó la fantasía de los tallistas góticos de los últimos tiempos y de los primeros escultores del Renacimiento. Por sus dimensiones, la custodia de plata está entre estos últimos y el viril. La custodia es portátil; no tiene ningún lugar litúrgico determinado en la Iglesia; se conserva en un armario de la sacristía, mientras que la casa del Sacramento está situada al lado del Evangelio, en la pared coral ya libremente o formando parte del muro. Además, su esencia la constituye un armario, para guardar la *reserva eucarística*; en España se llama *sagrario*. La custodia, por el contrario, no tiene espacio alguno cerrado, ni puerta, ni siquiera paredes;



está abierta por todos lados como el octógono del monasterio de Friburgo. Tampoco puede llamarse el sagrario un modelo de torre, pues sólo tiene de torre como adorno colosal la parte superior.

El secreto rodea la custodia. Todo el año permanece sustraída a las miradas, y sólo una vez sale de su oscuro retiro, el día de su fiesta, «como ante los ojos espirituales del vidente de Patmos descende la ciudad celeste de las manos del divino arquitecto».

Otras analogías más modernas guardan los costosos tabernáculos de las iglesias romanas creados en 1532; pero éstos tienen designado un puesto fijo. Obra maestra de Domenico Fontana es el que Sixto V mandó construir en 1590 para su capilla en la Basílica de S. María Maggiore, de bronce dorado en forma de un templete ochavado con cúpula.

Los principios de la custodia española, en cuanto al tiempo y al lugar, no están aún esclarecidos, ni en vías de serlo. El ejemplar más antiguo aún existente, es ya un ejemplar completamente típico en cuanto a la forma y al tamaño. Los documentos no nos dan mucha claridad, pues en un principio se usaba la misma palabra para designar el viril y la custodia. Y las grandes custodias, en su mayor parte, y especialmente en las grandes iglesias, fueron modeladas en los tiempos de mayor entusiasmo y apogeo por esta clase de trabajo. Con la creciente popularidad de la fiesta, es probable que en todas partes quisieran poseer este sagrado utensilio, «el trono de la Majestad» para exponerla a los ojos de la multitud. Como quiera que el viril tenía dimensiones y límites fijos, se prefirió la custodia, que era como su duplicación.

La forma elegida estaba en la tendencia de la gótica de aquel tiempo. También los relicarios, que hasta entonces habían tenido la modesta forma de caja, se transformaron en ricas capillas y catedrales en miniatura. Las torres caladas de los siglos XIV y XV estaban, especialmente desde el punto de vista del octógono, como destinadas a servir de modelo a las



custodias; pero, además, el cimborrio (*turris gestatoria*) le daba un sello de antigüedad.

La tendencia constructora de la fantasía y la forma calada y elevada preocupó a los orfebres. Y, en efecto, lograban dar al metal la forma concebida, de suerte tal, que el sueño se convertía en realidad.

No hay que olvidar las condiciones materiales. La fama del oro español del tiempo de los fenicios hasta el de los reyes visigodos, había sido resucitada entonces por el comercio de Cataluña.

La más antigua de las grandes custodias que conocemos es la de la catedral de Gerona: tiene 1,85 de alta, y pesa casi 30 kilos (100 marcos de oro). Francisco de Asís Artau, que ya había hecho un servicio de plata que veneraba la ciudad de la real familia de Aragón, recibió el encargo de dicha custodia en 1430. El plazo de su terminación había sido fijado en tres años; pero no la entregó hasta 1458. Su rico estilo gótico es el de los comienzos del siglo xv, y ostenta esbeltas y bien pensadas proporciones (1). En la base hay grupos de figuras de 7" de altura bajo baldaquinos, de los cuales sube la torre. La obra de Artau sobrepuja en belleza a la más conocida de la capital, Barcelona, que en la procesión era puesta sobre el trono de plata sobredorada del rey Martín I.

Puede conjeturarse que las primeras grandes custodias procedían de talleres catalanes. Barcelona era entonces el principal punto de explotación de este artículo. En el Archivo de Aragón se conservan aún tres registros del *Colegio de plateros*, juntamente con los dibujos que los aprendices presentaban a los *examinadors* (2). El Papa Calixto III, catalán, hizo

(1) En 17 de Marzo de 1877 el autor pudo contemplar esta obra maestra, gracias a la bondad de D. José Legalés, el más humano y complaciente de todos los canónigos españoles.

(2) *Llibre anomenat de la Cofradia de los argenteros*. En la obra de DARVILLIER *Recherches sur l'Orfèvrerie en Espagne*, se ha publicado una colección de estos dibujos. París, 1879. La primera parte de los registros empieza en 1480; la tercera, en 1532.



ir a Roma a dos *aurifabri cathalani*, Pedro Díez y Pérez de las Cellas (1455). Quizá fueran estos los autores del viril que regaló a la iglesia de San Martín de Valencia, y del cáliz que regaló a la de San Nicolás. Las Colegiatas de Játiba y Gandía guardan aún los ostensorios fundados por éste y por Alejandro VI. El de Játiba está coronado de un octógono gótico con torre calada y dos torrecillas a los lados.

De Cataluña parece que la demanda de este objeto del culto se extendió a Castilla y Andalucía.

Los encargos de las grandes catedrales y conventos coinciden con el arribo de los galeones americanos. La primera remesa de oro fue empleada en el gran viril de la reina Isabel, que luego, a su muerte, fue adquirida por el cardenal Cisneros para su catedral.

Sin embargo, estos encargos no se podían hacer todos los días. Valladolid era el punto principal de esta industria en Castilla; el veneciano Navagero encuentra en la aún hoy existente *Platería más argentieri* que la primera ciudad de España. Pero no conocemos ninguna gran custodia fabricada en Valladolid.

En cambio, en la primera década del nuevo siglo, en la capital del reino nordico de la Reconquista, León, el germano

#### Enrique d'Arphe,

no es el único de su nación. Diez años más tarde, encontramos en Sevilla a los alemanes MATEO y NICOLÁS ALEMÁN. Trabajaron, en 1515, la antigua custodia de plata de la catedral, que terminó, en 1528, Diego de Vozmediana. La circunstancia de que se confiaran tales obras a extranjeros en un país en que éstos no eran mirados con muy buenos ojos, arroja mucha luz sobre el estado de este arte allí (1).

Si hemos de dar crédito a lo que supone LLAGUNO, Enrique

---

(1) En 1541 se tradujo el librito de H. VOGTHERRS al español, *Libro ar-*



de Arphe pasaría a España con el séquito de Felipe el Hermoso. Felipe estuvo allí dos veces: la primera, como príncipe, en 1502; la segunda cuando, a la muerte de Isabel la Católica, ciñó la corona de Castilla como esposo de su hija Doña Juana. Entró en 28 de Abril de 1506 en la Coruña con un gran séquito de flamencos y mil lasquenetes en pie de guerra. El 15 de Julio del mismo año firmó Enrique el contrato para la custodia de la catedral de León. Si tal conjetura fuese cierta, se podría indicar Flandes o Brabante como punto de nacimiento de Enrique. Si se observa el contorno de las torres de San Romualdo en Mecheln, se encontrará en ellas cierto parentesco (en el estilo, no en las proporciones) con las custodias de Enrique, especialmente en la de Córdoba. Un español que miraba un grabado de Hollar representando esta atrevida torre, creyó reconocer en ella el contorno de una custodia.

Enrique domicilióse en León por largo tiempo, se casó con una española, Gertruda Rodríguez Carreño, que le dió un hijo, Antonio. El sepulcro del claustro de la catedral nos da el nombre de una segunda mujer, Velluda de Vez, que murió el 28 de Julio. Hizo, según su nieto, cruces procesionales (existentes aún en León y Burgos), cetros, incensarios, tablitas y lámparas. Según los versos del licenciado de Salamanca, también trabajó en cedro.

Desgraciadamente, la primera obra que le dió celebridad fue destruída en la guerra de la Independencia, así como también la que hizo para los benedictinos de Sahagún. La custodia de León tenía diez pies más de altura y constaba de cinco pisos. Cuatro ángeles arrodillados, con incensarios, rodeaban el viril; en el interior había un Cristo atado a la columna, y en la cúspide un Crucifijo.

Si bien por la causa mencionada hemos perdido el primer miembro de la serie, hay que suponer, sin embargo, que los

---

*tifcioso para todos los pintores y entalladores, plateros, empedradores, debuchadores, espaderos. DARVILLIER, l. c., pág. 89.*



rasgos fundamentales se encuentran en los posteriores. Según las custodias que se conservan en Córdoba y Toledo, el sistema de Enrique era el siguiente:

La torre piramidal de la custodia tenía de la base a la cúspide la forma de un hexágono regular. Constaba de tres partes principales: el zócalo, cubierto de relieves; la parte principal, o sea el sitio para la exposición del viril, es decir, la sala del trono del Dios eucarístico, y una alta torre que terminaba por una bóveda muy adornada.

En el año 1513, siete años después del contrato de León, empezó Enrique la custodia de Córdoba, la cual fue consagrada en 1518, el 3 de Junio, fiesta del Corpus. Tiene la misma altura que aquélla, cuatro pisos, y pesa 332 marcos de plata. El metal, pulimentado como espejo, en unión con las partes doradas y las numerosas piedras preciosas, forman un conjunto indescriptible. Produce el efecto de una obra de cristal, ligera y aérea, de modo que aparece «como en sueños y creada de un aliento». Resistió a aquellos tiempos bárbaros en que su predecesor sucumbió; pues el devastador de Córdoba, Dupont, sintió, según se cuenta, a su vista horror ante la idea de echarla en el ya preparado crisol.

El gran cilindro de cristal se eleva como una columnata sobre el escalonado zócalo, ricamente adornado; su coronamiento correspondiente al capitel sube en forma de cáliz hasta la bóveda, y forma con ésta un baldaquino. Los pilares del primer piso se insertan en esta bóveda sobre los arcos, y están unidos por dos volutas a los otros pilares que suben desde abajo. Aquí está la imagen de la Asunción. El tercer piso es una especie de campanario, de cuyo centro pende una campanilla. El último recuerda el remate de una corona de emperador, sobre el cual se eleva la estatuíta del Salvador.

Córdoba abrió al maestro el camino de la catedral del Primado de las Españas. En el año de 1515, esto es, mientras se hacían allí los trabajos, le llamó Jiménez, entonces Regente de Castilla, a Toledo. Allí vivían artistas sobresalientes de ori-



gen bajo-alemán y francés; dos de ellos, el holandés Diego Copin y el pintor Juan de Borgoña, habían recibido ya encargos, el uno en madera, el otro en pintura. Es de sospechar que Enrique se aprovechase poco de estos bosquejos. En 1517 encargó a su criado Hernán Gonzales que se procurase plata. En esto procedió con ninguna escrupulosidad. «Mi abuelo Enrique, cuenta Juan de Arphe en el Quilatador (al confesarse reo de igual delito), *deslizó infinitas cosas antiquísimas* en las custodias de León, Toledo y Córdoba.

La custodia de Toledo tiene nueve pies de altura, tres de ancho, y está adornada con unas doscientas sesenta estatuítas. Sus contornos son más claros, su articulación más sencilla, su armadura aún más delicadamente construída. Las proporciones de la sala del trono y de la torre están alteradas en favor de la primera. Estaba destinada, por cierto, a alojar dentro de ella el viril heredado de Isabel la Católica, que, en verdad, sobrepasaba en belleza y originalidad de inventiva a todo lo que Enrique imaginó. Del punto de intersección de las molduras de la bóveda pendían campanillas e incensarios; la terminación esta formada por una flor de piedras preciosas. La cruz de la cúspide, obra del joyero Láinez (1533), tiene ochenta y seis perlas y cuatro grandes esmeraldas. El veneciano Navagero la tasó en 30.000 ducados. Contiene 795 marcos de plata y 57 marcos de oro. Fue la última palabra de la gótica en el arte eclesiástico español.

El 23 de Abril de 1524, o sea a la vuelta de siete años, entregó Arphe su obra al cabildo. Sin embargo, trabajó aún largo tiempo en su ornamentación. A instigación del arzobispo Fonseca, reemplazó el zócalo de acero por otro de plata. En 1595 se resolvió dorarla toda menos el zócalo y las estatuítas. Largo tiempo se estuvo indeciso, hasta que se encontró una indicación manuscrita del maestro. Se vino por ella en conocimiento de que la custodia se componía de 5.600 piezas sujetas por 12.500 tornillos.

De la impresión que estas obras hicieron en su tiempo en



España da testimonio una obrita publicada en 1539 en Valladolid (1). El autor, el bachiller Villalón, quiere demostrar a los pedantes que el presente produce artistas de pintura, arquitectura y música con los cuales no pueden medirse los antiguos. En lo tocante a la orfebrería, se atiende a las tres custodias de nuestro Enrique, cuyo nombre, por lo demás, no conocía. «He visto tres obras de plata, de las cuales puedo afirmar que no tienen igual en el mundo, probablemente de uno, y el mismo artista el cual sobrepujó a los antiguos.»

### El Renacimiento.

Después que la vieja metrópoli de la corona de Castilla pudo exponer a la admiración de las gentes tales joyas, era de prever que en aquellos días en que el oro fluía de las Indias no quedaría Catedral, Colegiata o Abadía que no poseyese otra, según sus medios y su gusto.

Pero precisamente entonces sufrió el arte español aquella catástrofe que trajo consigo el derrocamiento de las formas que parecían insuperables y fijadas para siempre por los cánones. Se había llegado a la cúspide, y ahora había que descender y empezar otra vez.

La victoria del Renacimiento en España coincide en cierto modo con la entrada de Carlos en la gobernación del reino. A la cuarta década del siglo pertenecen el mayor número y las más bellas obras de la primera fase del aclimatado italianismo, del estilo plateresco.

¿Qué sería ahora de la «torre piramidal» de la típica y sancionada forma de la custodia? Vitrubio entraba aquí en jaque. La torre piramidal era cosa extraña y antipática a los italianos. Mientras que en el Norte la apariencia exteriormente insignificante de sus basílicas se reducía a un grupo de torres

---

(1) *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente. Hecha por el Bachiller Villalón. Valladolid, 1539.*



pictórico, habían renunciado a toda articulación de los campanarios. Por su constitución orgánica, ni aun en el tiempo de la invasión del gótico le imitaron a gusto. Sus mismos discípulos en España enseñaban que su misión era depurar el arte de los modernos; sólo estaban a gusto cuando encontraban un viejo modelo.

Sin embargo, no eran, como puede pensarse, los artistas solamente los que daban el tono. Las nuevas formas les eran impuestas por sus señores prelados, que a menudo estaban más en su casa, en Roma, que en su diócesis. Como en varios contratos para retablos, de este tiempo, se determinaba expresamente también en uno de la primera custodia del nuevo estilo, la de Jaén, que debía estar trabajada *a lo romano*, con lo que no quería significarse en modo alguno un modelo que hubiera que buscar en Roma, sino que se aludía al estilo clásico. Pero no por esto pensaban renunciar a lo que hasta entonces habían tenido por una belleza esencial en sus anteriores creaciones. Los maestros debían estudiar el modo de tratar los antiguos problemas en las nuevas formas.

Sin embargo, los artistas de aquel tiempo no eran doctrinarios impenitentes; sabían armonizar el espíritu de sistema con las dotes de adaptación. Los *plateros* de las iglesias españolas hacían con sus torres piramidales lo que el arquitecto francés de San Eustaquio en París y de la catedral de Granada. También para ellos la novedad del tema sólo era un acicate para su espíritu de inventiva.

La metamorfosis fue tan rápida como feliz. La mariposa que salió del capullo gótico no tenía con éste, en apariencia, la menor semejanza, y, sin embargo, no parecía haberse perdido en el cambio. La forma piramidal y calada subsistían. Pero cuando bajo las manos de Enrique, la torre gótica de varios pisos se convirtió en un ciprés o en un cedro, se vió pronto un conjunto de partes claras y singularmente acusadas. Un cuerpo de edificio, en forma de terraza, de correctos polígonos o templetas, cuya unidad estaba fundada en el cálcu-



lo de las proporciones de dichas partes. En lugar de la fantasía mística, que hacía olvidar la materia y sus peculiares condiciones, aparecía ahora la musa de la geometría y la ciencia de las proporciones.

### Antonio d'Arphe.

Esta crisis se consumó, como ya hemos dicho, en el seno de una misma familia. Antonio, hijo de Enrique, del cual escribía el nieto: «Si bien la arquitectura clásica en los edificios y templos de España estaba ya bastante introducida, en las obras de plata no se había seguido fundamentalmente hasta que Antonio d'Arphe, mi padre, la empezó a emplear en la custodia de Santiago, por cierto con balaustradas y columnas monstruosas y según *preceptos*.» Por consiguiente, Antonio emplea el nuevo estilo en su primitiva forma, en la que la riqueza ornamental está menos fuertemente acentuada que la proporción, y por cierto con libre empleo de motivos figurados y grotescos. Este primer período se extiende en la arquitectura de 1530 a 1560, poco más o menos. Corresponde a lo que en Italia se ha llamado, con frase no muy feliz, primer Renacimiento. La expresión renacimiento sólo conviene a un principio de época; pues como en sentido natural sólo puede haber *un* nacimiento, en sentido figurado y espiritual, sólo puede haber *un* renacimiento.

Las custodias de este estilo son poco numerosas y aún menos conocidas. Despraciadamente, la de Cuenca, «en la cual se distinguieron todos los hombres entendidos en este arte que España poseía a la sazón», pereció en el espantoso pillaje de Cuenca por Caulincourt (1808). Se tenía entonces a estos maestros en grande reverencia. Cuando el andaluz Ruiz emprendió la custodia de Jaén (de su taller lleva hoy una calle el nombre de *Calle de la Custodia*), el cabildo desistió de fijar de antemano el precio, para dejar libre campo al genio del maestro.



El año 1540, en que empezó Antonio d'Arphe la custodia de Santiago de Compostela, puede fijarse como el comienzo del período plateresco. Invirtió en su trabajo catorce años. Consistía en cuatro «templetes» en la forma sexagonal empleada por su padre, flanqueados de seis pequeños templetes, como transformación de torrecillas góticas, encerrando en tres pisos estatuillas de ángeles, profetas y padres de la Iglesia. En el templo principal se ve rodeado de los apóstoles un ángel que sostiene el Sumo Bien; más arriba la estatuíta del santo de Compostela, y finalmente, el Buen Pastor. Un Santiago de plata, más grande, que había de recibir, durante siglos, los votos de los peregrinos, bailó entonces en el horno del artífice.

Las proporciones del templo son aquí mayores, en anchura y altura, que lo que corresponde a una torre.

Por otra parte, conócese de Antonio no más que la custodia de la iglesia de Santa María, de Medina de Ríoseco, no lejos de Valladolid. Tiene seis pies y medio de alta, descansa en un zócalo de doce lados, y consiste en cuatro templos en forma de arcada de cuatro lados. El piso más bajo encierra una obra de talla: la conducción del arca de la alianza en hombros de cuatro levitas con el rey David danzando delante. El recinto principal (para el viril) descansa en cuatro cariátides. Encima la Asunción.

La catedral de León poseía antes de éste, del mismo autor, dos grandes *andas* de plata (diez pies de altura y cinco de ancho), destinadas a llevar la custodia de su padre en la procesión. Hoy nos quedan del antiguo tesoro dos grandes *urnas* de plata del santo obispo Froilán, en su estilo, y, en opinión del que esto escribe, también de su mano. AMBROSIO MORALES, que las vió a ambos lados de la custodia sobre el altar mayor, las llama incomparables (1).

Además de Antonio salió también de la escuela de Enrique,

---

(1) *La más hermosa representación es y de más grandeza y majestad que en España se ve*, dice AMBROSIO MORALES. *Anales*, XV, 7.



Juan Ruiz de Córdoba, llamado *el Vandolino* (el andaluz): Fue el primero que enseñó a trabajar la plata *al torno*. La custodia de Jaén (1533) se eleva en seis pisos. Juan D'Arphe dice que el buen andaluz enseñaba la buena técnica (*labrar bien*). Al lado de los Arphe, aparece en este tiempo la familia de los Berril, Alonso, su hermano Francisco y su hijo Christóbal. En casa de Alonso se empezó la custodia de Cuenca. Fue comenzada en 1528, es decir, doce años antes de los principios de Antonio Arphe, y apareció por vez primera en la procesión de 1546, pero no fue terminada hasta la época del cardenal Quiroga. Estas fechas autorizan para preguntar si el empleo de las nuevas formas no empezó en varios puntos a la vez. Su dibujo se relaciona según la descripción de Ponz, así como las más pequeñas, pero artísticamente quizá aún más finas de Alarcón, (igualmente perdidas), más que las ya conocidas con el tipo del campanario gótico; un piso inferior cuadrangular con un superpuesto ochavado y *cascarón* en forma de cúpula. Costó 16.725 y medio ducados, y contenía 616 marcos de plata.

En el primer templo se veía bajo un baldaquino la última cena del Señor; la base de esta escultura contenía figuras de sibilas, y profetas en los ángulos y en el centro la Pasión. El segundo templete estaba encerrado en un cimborrio sobre cuatro columnas con balaustres para contener el ostensorio de oro esmaltado, sostenido por cuatro figuras y reverenciado por cuatro ángeles. Este cimborrio estaba rodeado de cuatro capillitas con estatuítas del Bautista, de Santa Isabel, de David y Pablo representando los cuatro pilares del templete. En el tercer piso había una *aedicula* de ocho columnas con el sepulcro del Señor, los guardias y tres mujeres, a los cuales el ángel anunciaba la Pascua; encima, en una especie de aro, se elevaba el resucitado con manto de oro.

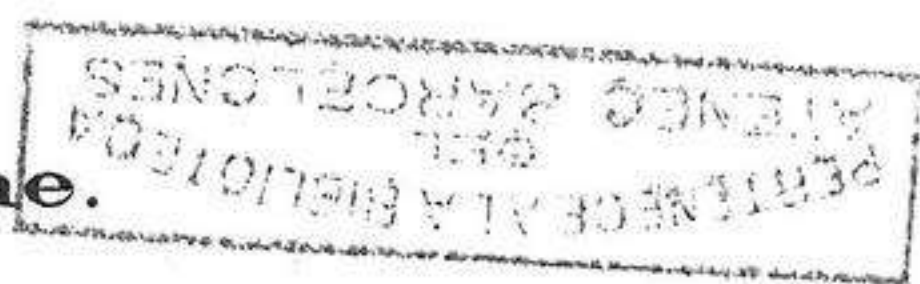
La ornamentación estaba tomada de la más suntuosa obra de aquel tiempo, cuyo estilo, algo exagerado, va unido a los nombres de Diego de Siloe, Riaño y Berruguete. Columnas, cariátides y ermes (*termini*); ricas pilastras; candelabros, me-



dallones con bustos, máscaras; no faltaban tampoco sirenas, dragones y sátiros, pues el elemento grotesco estaba en cierto modo, sancionado por las figuras fantásticas indispensables en las procesiones españolas. La arquitectura aparece como marco de grupos plásticos; la riqueza tradicional gótica de estatuillas encontraba su asilo en los arcos y cornisas y entre las columnas, en las tan preferidas volutas. El relieve estaba destinado al zócalo.

En consecuencia, fueron excluidos aquellos supuestos adornos incorrectos; pero llevada a sistema la ornamentación plástica, lo natural se apoyaba en la tradición y tomaba muchos motivos de las procesiones ricas en imágenes. Tal sistema le describía el erudito canónigo Francisco Pacheco, versado en la métrica latina, en Sevilla, cuando el tercer Arphe continuaba allí la gran custodia.

**Juan D'Arphe.**



Este nieto de Enrique, nacido en 1535 en León, se firmaba Arphe y Villafañe, probablemente el nombre de su madre. Vivió en Valladolid, pero dedicó varios años de su vida a viajar, a consecuencia de los llamamientos que recibía. Fue el mejor dotado y el más ilustrado de la familia. El conocimiento de los metales nobles y de las joyas y su labrado era la parte más pequeña de su saber, pues se esforzó por reunir toda la ilustración artística de su tiempo en cuanto se relacionaba con el arte eclesiástico. Ante todo, era matemático por ciencia y temperamento.

Su pensamiento dominante fue el encontrar medidas y proporciones universales e invariables en el arte y en la naturaleza. Conoció los escritos de Alberti y de Durero (1), y menciona como portaestandarte a Bramante y Peruzzi, los ar-

(1) En el capítulo sobre los *escorzos* cita como haciendo época el *milagro ingenuo de Durero*.



quitectos de San Pedro. Estudió las proporciones según el maestro de Nüremberg, y en su comercio, rico en enseñanzas, con los grandes escultores italianos; pero principalmente con los españoles desde Vigarni hasta Berruguete y Becerra. Se jactaba de haber dedicado una gran parte de su vida a la osteología y anatomía con el salmantino Cosme de Medina, pero no pudo vencer el horror que le inspiraban. Por esto contentóse con el libro de JUAN DE VALVERDES, el Vesalius español, cuyos dibujos eran obra de Becerra (Roma, 1554). También hizo planchas en plomo para la imprenta, con las que ilustró magníficamente su obra; entre ellas está su retrato de perfil con lentes. Felipe II le nombró ensayador de monedas de Segovia, encargándole 64 bustos reliquias, en bronce, para el tesoro de El Escorial. Aun en el año de 1602, y por encargo del Duque de Lerma, ejecutó para la iglesia de San Pablo de Valladolid cuatro estatuas orantes, de bronce, representando a la pareja ducal, y los arzobispos de Toledo y Sevilla de la misma familia, los dos primeros fundidos según modelos de Pompeo Leoni. Las numerosas estatuas y los relieves de sus custodias dan una idea de su estilo y de sus facultades escultóricas. El autor de un libro sobre los Leoni ha atisbado en el nieto del maestro alemán nuestro pecado original de «pesadez» (1); pero antes bien podía encontrarse en la multilateralidad de sus estudios que no se contentaban con un virtuosismo técnico, un patrimonio germano.

Apenas contaba con veinticinco años cuando el cabildo de Avila le encomendó la ejecución de la custodia en que trabajó de 1564 a 1571. Tiene seis pies de altura, y se compone de seis partes, en las cuales alternan el exágono y la forma circular. Por la abundancia y variedad de los motivos, nobleza de las formas y armonías, es su invención más afortunada. Pero su

---

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO, que no perdonaba a Juan la imprevisión en la elección de abuelo, se esfuerza en tratarle con burlón menosprecio, a causa del poco poético lenguaje de sus octavas, etc., en su *Historia de las ideas estéticas en España*. Tomo II, 2, 567. Madrid, 1884.



principal obra fue la custodia de Sevilla, que mide doce pies de altura y pesa hoy 2.174 marcos de plata. Logró este encargo después de triunfar en importante concurso. La describe él mismo en un pequeño escrito, del cual sólo se ha conservado un ejemplar (1). Esta descripción es muy valiosa, especialmente para la inteligencia de la parte escultórica, que fue variada en el siglo xvii por adiciones de menos valor.

Desde esta época ya no reposa el maestro; siguen las custodias de Burgos (destruída en 1588), Valladolid (1590), Osma y San Martín en Madrid. Le ayudaba Lesmes Fernández del Moral, esposo de su hija D.<sup>a</sup> Germana de Arfe.

Juan dejó dos libros: uno que trata del conocimiento del grado de pureza de los metales y piedras nobles, titulado *Quilata-dor de la plata, oro y piedras* (Valladolid, 1572); el otro, una especie de fundamentos del arte: *De varia commensuración* para la escultura y arquitectura, esto es, sobre las diferentes proporciones en estas dos artes. El resumen de su doctrina está reunido en octavas de las que se hacen explicaciones más detalladas en prosa. Apareció en Sevilla en 1585, y está dedicada a D. Pedro Girón, primer Duque de Osuna; fue reimpresso después en el siglo xviii, y aún más modernamente; hoy es muy raro.

En cuatro libros trata las *piezas de iglesia*, y la más importante de ellas la custodia.

Custodia es templo rico, fabricado,  
Para triunfo de Cristo verdadero,  
Donde se muestra en pan transustanciado,  
En que está Dios, y Hombre todo entero:  
Del gran sancta sanctorum fabricado,  
Que Beseleed, artifice tan vero,  
Escogido por Dios para este efecto  
Fabricó, dándole él el intelecto.

Se debía seguir de abajo arriba el jónico y el corintio y el

---

(1) EN CEAN BERMÚDEZ (*Diccionario*), artículo «Arphe», completo primeramente en *Cruzada Villaamil*. «El Arte en España», tomo III, 174-196. Madrid, 1865.



compuesto, siempre siguiendo las huellas de los antiguos; el dórico se dejó a un lado, porque, a causa de su falta de adornos, no era apropiado para los trabajos en plata. Para los diferentes cuerpos o capillas se debería emplear el rectángulo y el exágono y el círculo, o alternar el círculo con el exágono, y quizá también con el cuadrado y el octógono. En la capilla inferior se podía poner grupos bíblicos, alusiones al Sacramento, jero-glíficos; en la segunda, el «relicario»; en la tercera, la advocación de la Iglesia; en la cuarta, el patrón del lugar.

La custodia del Renacimiento dió a este maestro buena ocasión de armonizar clásicamente las proporciones y la forma. Un todo del cual cada parte, tan acabada era, que pudiera pasar por obra aislada, sólo podía construirse según la doctrina de las proporciones. La belleza de la custodia de Arphe se basa en el cálculo de las proporciones. En la de Sevilla se ve una superposición en forma de torre de cuatro templetes; queriendo armonizar las ideas tradicionales de la torre piramidal con las proporciones de la arquitectura griega, encontró, como forma la más adecuada, la progresiva reducción de los templetes:  $\frac{2}{5}$ ; es decir, que cada templete es  $\frac{3}{5}$  en altura y anchura del inferior.

Los adornos fantásticos, minuciosos y en parte profanos del estilo plateresco, están excluidos según los principios del clásico (o convencional) purismo del cinquecento; pero el defecto de muchas obras de este doctrinario tiempo—la frialdad—está, sin embargo, felizmente, salvado. A pesar de la monotonía de las proporciones, la variedad está en los cuatro templos observada tan fina como originalmente. Tampoco faltan las figuras. Así, por ejemplo, los fustes de las columnas del primer templo están rodeados de sarmientos en los cuales se columpian niños.

En la custodia de Avila el nuevo sistema estaba sembrado de reminiscencias de obras anteriores. Los rincones de cuatro columnas de las capillas del primer piso, con sus obeliscos, recuerdan aún los pináculos góticos. En cambio, los templetes aislados son sencillas hileras de columnas y arcadas; el templete



principal es un puro monóptero de doce columnas, y ésta era la forma propia, pues la custodia nunca será bastante abierta y transparente. En Sevilla la fila de columnas es doble; una central de grupos de arcadas, en parte al estilo de las ventanas venecianas, rodeada de una columnada semejante a la de un peristilo. Esta columnada está aún encerrada en una tercera fila de figuras.

En el primer templo aparece una figura de la Fe, con cáliz y lábaro, la cual, en el año de 1668, fue puesta en la cúspide; el segundo estaba destinado para el viril, y rodeado de cuatro evangelistas; en el tercero se veía el cordero de la revelación, sobre el trono, o la Iglesia triunfante; en el cuarto, sobre un arco iris, la Trinidad.

Su último trabajo parece haber sido aquella estatua de bronce del cardenal arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, la cual, según las actas reproducidas por el conde de la Viñaza en sus *Adiciones*, modeló en cera, en la colegiata de Lerma. Esta importante estatua, al lado de la pérdida, de su hermano el arzobispo Cristóbal de Sevilla, y de las de los duques de Lerma, ahora la obra principal del Museo de Valladolid, pertenecía a un monumento de familia de los Sandoval, proyectado, encargado primeramente a Pompeo Leoni, en San Pablo de Valladolid, compuesto, según el modelo, del monumento real en El Escorial.

La *varia conmesuración* contiene también las opiniones de Arphe sobre las variaciones del arte arquitectural y sus formas de estilo. Relata primeramente los grandiosos monumentos de los romanos que había visto en pie, y prosigue: «Los bárbaros llegaron, lo destruyeron todo y pusieron su estilo en aquellos lugares.» Bajo la denominación de *obra bárbara* (1) comprende, naturalmente, el estilo gótico, si bien también conocía esta denominación; le llama, en general, *obra moderna* y más determinadamente *mazonería* o *crestería*, de *cresta*; con lo que

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO, l. c., hace observar que llamaba obras bárbaras a las custodias de su abuelo.



se quiere indicar las partes coronantes, bordeantes y encuadrantes de la ornamentación, formadas según motivos geométricos.

Al estilo de transición sigue el estilo severo, cuyos más famosos maestros que han superado a todo lo que hicieron griegos y romanos, son Juan Bautista de Toledo, el arquitecto de el Escorial, y su sucesor Herrera.

Este bosquejo de historia del arte, de boca de uno de los maestros del Renacimiento español, es característico. En primer lugar, su juicio sobre el estilo medioeval está inspirado en el de los italianos del siglo XVI. Pero visto con más detenimiento, se encuentra al lado de este juicio sugerido otro del sentimiento artístico, si bien también algo humilde. La escuela, que solo concedía el nombre de arte a ciertas formas de insuperable belleza, tomadas sólo a algunos de los antiguos y a las proporciones caprichosamente abstractas o sacadas de los antiguos teóricos, tenía forzosamente que llamar bárbaro al arte medioeval. Pero cuando Arphe concede a esas obras de la Edad Media larga duración (lo que equivalía a sólida y bien dirigida construcción), aspecto imponente (lo que las constituye en obras de arte elevado), así como graciosa y sutil ornamentación (el punto sobre la *i*), ¿qué más hace falta para declararlas obras maestras? Vitupera a los maestros del estilo plateresco, cuyas obras habían nacido ante sus ojos, porque no conseguían olvidar por completo el estilo moderno. Pero al adaptar las formas importadas de Italia al gusto nacional, sin renunciar al gusto y al pensamiento propios, se mostraban ya como verdaderos artistas.

Una generación literata, escéptica, imitadora, mira aquí por encima del hombro a una época indocta, pero creadora, cuyas osadías se podían sostener en pie por sí solas, para seguir valientemente la senda de los inventores, le parece como un salto en las tinieblas de la Edad Media ignorante, que ellos pretenden iluminar con la oscuridad de su luz artística.

CARLOS JUSTI



# EL CLONDIC

## Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

---

### X

#### ¡Fuego!

El 26 de Abril de 1899, a las ocho de la noche, salí de mi cabaña y fui a la población. Volví a mi vivienda después de haber comido temprano en un restaurant, y me dirigí a mi almacén. Al pasar por delante del *Monte-Carlo*, el mayor establecimiento de Dawson, observé que salía humo del segundo piso por la parte de la calle. A los pocos instantes, oí gritar: «¡Fuego!» Una llama roja salía de una de las ventanas de arriba, como la lengua de una serpiente. El grito resonó lúgubremente en el aire helado de aquella noche de invierno. El fuego es más terrible para los mineros del Clondic que la tempestad o los arrecifes para los marinos. En un momento se llenó de gente la calle. El *Monte-Carlo* es el centro del principal macizo de casas de Dawson, en el mismo corazón de la ciudad. Al lado había otros establecimientos del mismo género, cuyas puertas vomitaron de golpe todos los vagos y jugadores, hombres y mujeres, que había allí amontonados.

—¿Dónde están las bombas?—gritó una voz.

—Cerca del río.

—Pues bajad y desplegad el tubo.



En la escarpada orilla, y sobre el río helado, agitábanse cientos de hombres, deseosos de prestar servicio, de hacer algo útil.

En el mes de Octubre último, poco tiempo antes de la llegada de los hielos, habíanse adquirido por suscripción pública, con destino a Dawson, dos bombas de incendio. Una era muy pequeña; pero contábamos mucho con la otra, una bomba del último modelo, muy completa y absolutamente perfecta, de la que esperábamos los mejores resultados. Las dos bombas estaban sobre el hielo del río, amparadas por dobles tiendas. Al lado, se había abierto un agujero de unos diez pies de profundidad, para llegar al agua que corría bajo la superficie helada. Cuando el frío tapaba el agujero, cosa que ocurría cada seis o siete días, se llevaban las bombas un poco más lejos, y se abría otro al lado. Un hombre estaba encargado de permanecer siempre allí, y tener las calderas constantemente en presión. Pero, ¡ay!, el consejo local no había podido pagar los cuatro o cinco hombres contratados como bomberos. Así fue que, cuando la cabeza de la multitud llegó adonde estaban las bombas, no encontró ni bomberos ni bombas en estado de funcionar. Felizmente, los habitantes del Clondic eran hombres de recursos. Algunos se volvieron corriendo a la población, y, abriéndose paso hasta las tiendas, trajeron rápidamente latas de petróleo; mientras que otros aportaban leña seca y virutas, con lo que se obtuvo pronto un buen fuego. No había una libra de carbón seco en el país, salvo la reducida provisión del único herrero. Desdoblóse el tubo, del que se llevó uno de los extremos, lanzando hurras, por encima de la orilla, hasta la calle. Ya no había más que esperar el agua; pero el fuego era el que no había esperado.

En estas latitudes, los edificios son por extremo inflamables. El intenso calor que desprenden las inmensas estufas que no se apagan en todo el invierno, deseca los troncos de árboles de que están formadas las paredes, así como todos los postes y vigas que sostienen la construcción. El techo se reviste de



una capa de musgo de un pie de espesor, que, cuando está bien seca, es muy buena para preservar del frío. Pero el musgo es muy inflamable, y como rodea la chimenea que atraviesa el techo, constituye un gran peligro, porque antes que vuelva la primavera se encuentra completamente gastada esa chimenea de primitiva construcción.

Las llamas aumentaron rápidamente en intensidad. El humo obscurecía el cielo claro; los marcos de las ventanas estallaban, y los licores se escapaban de los barriles rotos para derramarse por el suelo, en donde se helaban inmediatamente; el termómetro señalaba cuarenta y cinco grados bajo cero. Envolvía toda la calle una humareda tan espesa y tan densa, que apenas se veían las llamaradas que subían hacia el cielo. Hice la observación de que el calor y las llamas subían: el aire estaba tan seco y la temperatura era tan baja, que el calor se disipaba inmediatamente. Aquella noche, ni los hombres que se hallaban tan cerca de las llamas que se prendían sus abrigo de pieles, no sintieron el calor de una manera apreciable. El fuego se propagaba cada vez más, y toda la manzana de casas estaba evidentemente condenada. Hombres y mujeres corrían en todas direcciones, llevando en sus manos o al hombro objetos que iban a depositar en un espacio desierto y helado. Yo me dirigía sin apresurarme a mi almacén, que se alzaba aparte como un castillo aislado; sabía perfectamente que no tenía nada que temer por él. Felicitábame entonces para mis adentros de mi previsión, y no lamentaba el dinero que había gastado: aquella noche venía a darme la razón.

Por fin, gracias a los esfuerzos sobrehumanos de los hombres que trabajaban en la bomba, el agua comenzó a hinchar el tubo, y una exclamación de triunfo resonó en medio de la bruma y del humo, cuando se vió asomar un hilillo de agua en la extremidad del tubo. Pero éste estaba extendido sobre el hielo del río en una longitud de tres pies. La bomba no tenía bastante fuerza; el hilillo disminuyó gradualmente, y de pronto cesó de salir.



—¡Por vida...! El agua se hiela en el tubo—gritó alguien. Era verdad; el agua se había convertido en hielo sólido de un extremo al otro del tubo, el cual se había abierto bajo la influencia de la dilatación del agua. Los hombres se miraban, consternados, a través de los velos de hielo que colgaban de sus cejas y pestañas.—¿Qué hacemos?—preguntó Tom Chislon al capitán Starnes, que mandaba la policía.

Este contestó sin vacilar:

—Hay que volar los edificios cercanos al fuego.

—Pero ¿en dónde encontraremos pólvora o dinamita?

—Yo lo sé—dijo Schoff, el farmacéutico.—La *Alaska Commercial Company* tiene una caja de cincuenta libras en el depósito A.

—Tome un tiro de perros y vaya a buscarla—ordenó el capitán Starnes, volviéndose hacia el sargento Tucker.

El sargento Tucker era, sin duda, el suboficial más ágil y mejor mozo de todo el destacamento de la policía montada del Noroeste que se encontraba en el Yukon. Todos le conocían, le querían y le respetaban. Las cuestiones de amistad o de interés desaparecían en él ante el cumplimiento del deber. El cuerpo de oficiales habrá de honrarse con admitir a un hombre que procede de la clase de tropa tal como Tucker, y creo que no tardará mucho tiempo en ascender. El jefe del ejército de los Estados Unidos, el general Young, es un hombre salido de filas, y nosotros no nos avergonzamos ni de él ni de su carrera.

—Muy bien—contestó Tucker.

Oyóse un chasquido de látigo, y el tiro especial de la patrulla, compuesto de tres perros, se lanzó como una flecha entre los fuegos bermejos que proyectaban ahora vivos colores por todos lados, mientras que Tucker y Brainart se apelotonaban juntos en el trineo. Los perros se detuvieron bruscamente, a una voz dada por Tucker, frente al depósito A, a doscientas yardas de distancia. En dos palabras, pusieron al corriente al guarda alarmado, que esperaba con impaciencia. Conocía la caja, la trajo; pusiéronla con precaución en el trineo, y a los



diez minutos, el sargento Tucker saludaba al capitán Starnes, y decía:

—Aquí está la caja de dinamita.

—¿Hay algún minero aquí que sepa manejarla?

—Sí, sí, yo—gritaron veinte individuos; porque entre la multitud había mineros de California y del Africa del Sur, para quienes prender la dinamita era una operación tan familiar como encender su pipa.

Starnes designó a Mac-Mahon, Thilwall, Armstrong y Olsen.

—Tomad esa caja—dijo rápidamente—y haced volar la *Aurora*, la casa de Alejo Mac-Donald y el *Temenos*.

Designaba con estas palabras tres vastas cabañas, de dos pisos cada una, que se encontraban precisamente en dirección de las llamas. Mientras tanto, cientos de hombres se afanaban en poner a salvo las mercancías de que estaban llenas aquellas cabañas; pero todavía quedaban por miles de dólares de valor. Ofrecíanse diez dólares por hora a los hombres, y cien por un tiro de dos caballos con su conductor para salvar lo que quedaba. Pero, ni con tales precios hubo manera de procurarse suficientes brazos. Todos trabajaban, sin embargo. No había perezosos en aquella noche fatal, pero las construcciones estaban llamadas a desaparecer.

A los pocos minutos oyéronse unas explosiones, y hasta el río fueron volando los restos. Los mineros habían realizado bien su tarea, y el fuego murió, faltó ya de nada que devorar por aquel lado.

Mientras tanto, yo estaba a la puerta de mi almacén. Hice preparar rápidamente mis caballos. Poseía tres tiros dobles, con los que fácilmente hubiera podido ganar quinientos dólares por el trabajo de aquella noche. Pero preferí ofrecérselos a mis amigos. Mi almacén se llenaba de mercancías que traían en trineos, en camiones, a lomo de caballo, a lomo de perros, a hombro. Abrieron vivamente la puerta, arrojaron todo al interior y la cerraron sin tardar.



Yo estaba en medio de los grupos que se habían formado alrededor de la lumbre, ocupado en contemplarla, cuando mi portero se me acercó, y me dijo al oído:

—¿Se acuerda usted de las veinte cajas de gasoleno?

Me acordaba muy bien. En aquel momento, unos hombres que se habían subido al edificio que ardía echaban cubos de agua por el tejado en pendiente. Habían encontrado el agua bajo el hielo que cubría las numerosas charcas del pantano que habían roto. Cerca del fondo había siempre agua. Miles de chispas volaban hacia nosotros y se metían por la puerta del almacén, cuando ésta se abría.

Estaba a mi lado un mocetón irlandés que me ayudaba y al que conocí un tiempo en el Cornstock, en Nevada. Le había prometido darle trabajo cuando dirigiese una mina. En aquel momento, con una fuerza hercúlea, manejaba los cubos de agua y de hielo. Le llamé quedamente.

—Dionisio.

Se me acercó. Yo estaba junto a la puerta que él abrió; le empujé adentro conmigo y volví a cerrar. Le llevé hasta la pila de gasoleno y, encendiendo un fósforo, le dije aprisa.

—Dionisio, aquí hay veinte cajas de gasoleno. Si se quedan aquí, vamos a volar; y si alguien se entera, va a producirse el pánico.

—¿Qué desea usted que haga?

—Llévatelo con calma. Vete a cincuenta yardas, detrás del almacén, y tira las cajas a la nieve. Si el gasoleno estalla, no herirá a nadie y no hará ningún destrozo.

El cargó con dos cajas, una bajo cada brazo—pesaban doscientas noventa libras cada una,—me siguió a oscuras hasta la puerta que abrí, y salió. A los pocos segundos estaba de vuelta, sofocado, con un compañero vigoroso; y, al cabo de diez minutos, el peligroso líquido se hallaba dentro de cinco pies de nieve, en un lugar apartado en el que le hallé al día siguiente en buen estado.

Mientras tanto, el fuego gruñía y parecía llegar hasta nos-



otros por encima de los pies de hielo y de nieve que había entre él y mi refugio. Afortunadamente la distancia era suficiente, y, poco a poco, el fuego murió de inanición, no dejando sino algunos restos esparcidos en el lugar, ahora vacío y desolado, en el que se alzaban horas antes las casas llenas de ruido y movimiento. Abrí mi almacén y di whisky a cuantos lo querían, que eran muchos, mientras que yo me sentía feliz de haberme salvado.

A mi alrededor, miles de hombres y mujeres parecían luchar con los objetos salvados del fuego. Los unos procuraban formar algo donde guarecerse, y otros se sentaban abatidos, desolados, en las cajas libradas de la destrucción. La población entera parecía haberse marchado, y, sin embargo, era sorprendente la cantidad de mercancías salvadas. Una gran extensión de terreno estaba sembrada de herramientas, de víveres, de trajes, de pieles, de todo lo que sirve para el equipo de un minero del Clondic. Llegaba uno a asombrarse de que se hubiera perdido algo; y, no obstante, el importe de lo perdido se elevaba, según se decía, a dos millones de dólares.

Al día siguiente, no quedaba nada de todo el barrio quemado, salvo un buen número de pilas hechas de bloques de hielo cuadrado. En las semanas anteriores habían tallado en el lecho del río aquellos bloques de hielo, y los habían llevado allí en previsión del verano. Todo había desaparecido, pero el hielo estaba allí; sólo él había afrontado el fuego impunemente. Por extraordinario que esto pueda parecer, los bloques de hielo servían algunas veces de líneas de demarcación para los propietarios.

El mismo día, por la tarde, antes de que las cenizas se hubiesen enfriado por completo, algunos hombres empezaron a traer madera para la reconstrucción. El precio de esta madera duplicó en el día.

Los antiguos hacían comparaciones con el incendio de 1897. Parecía que Dawson había de tener todos los años un gran incendio, sin perjuicio de los pequeños.



—¡Bah!—exclamó Jim Mac Namec, cuando le dijeron que la madera de construcción había subido de cien a doscientos dólares el millar.—¡Bah! Eso no es nada. Recuerdo que después del incendio de Diciembre de 1897, los clavos costaban veinticinco cientos pieza. Registrábase las cenizas, rompíanse las tablas viejas, se desmantelaban las puertas y las ventanas para quitar los clavos. No había más que un corto número de barriles, y los vendían a doscientos cincuenta dólares cada uno. Un hombre con un cubo lleno de agua valía lo que otro que llevase una cazuela llena de oro. ¡Habláis de madera de construcción a doscientos dólares! Entonces no habiéráis podido obtenerla. La fábrica había ardido en el incendio, y la más próxima se encontraba en Circla City, a trescientas millas de distancia. Teníamos que comprar la madera por pedacitos, después de haber cortado todos los árboles de los alrededores.

Y Mac Namec señalaba un punto completamente desnudo.

—No era divertido, os lo aseguro. La madera estaba llena de nudos, y a menudo se rompía al introducir un clavito. Las judías y el tocino costaban un dólar la libra; la harina, cuarenta dólares el saco. ¡Habláis de madera de construcción a doscientos dólares! ¡Ah, amigos míos! Me hacéis reír. No sabéis lo que son tiempos difíciles.

Y Jim se alejó, demostrando su soberano desprecio con un gruñido. Siempre sucede lo mismo. Lo pasado o lo futuro siempre parecen peores que lo presente.

Una de las barracas destruídas por el incendio poseía un sótano de acero que contenía varias cajas de caudales. El edificio de troncos de árboles quedó rápidamente destruído, y el sótano se encontró al descubierto en medio de las llamas. Pero como éstas aumentaban en intensidad, la dilatación del aire caliente hizo que estallasen pronto las paredes del sótano, proyectando a veinte pies de distancia un río de soberanos de oro, como las pompas de jabón de un niño. Relojes, polvo de oro, joyas, que llenaban el sótano, se fundían y no formaban más que una masa. Durante varios días y varias noches, unos



guardas, venidos de los cuarteles, ocuparon el sitio, mientras que se limpiaba y arañaba el suelo como en una mina. Logróse de este modo sacar las joyas y los metales preciosos que se habían incrustado profundamente. Las tres cajas de caudales, aunque enterradas en el suelo deshelado a una profundidad de una pulgada por lo menos, parecían intactas, y cuando se abrieron, se vió que habían preservado hasta los billetes de Banco, de los que ninguno había ardido, y cuyo valor total se cifraba en cientos de miles de dólares. Además, estas cajas contenían oro en barras y en polvo por cerca de dos millones de dólares, y pesaban unas dos toneladas cada una. Me preguntaron si quería encargarme de transportarlas a lugar seguro.

Esperé a la noche para dar tiempo a que se dispersara la multitud que se obstinaba en permanecer allí. Después, con ayuda de mis caballos, de mis trineos y de algunos hombres, las llevé a la sólida construcción de troncos de árboles de la *Alaska Commercial Company*, que por fortuna había sido respetada por el fuego. La tarea era difícil, y los trineos se rompieron más de una vez o se hundieron en el suelo bajo el peso de la excesiva carga. El fuego había deshelado el suelo bastante profundamente; bajo la acción del frío intenso del día, la superficie se había helado de nuevo; pero debajo, el terreno no había tenido tiempo de endurecerse, de suerte que los trineos se hundían fácilmente. Los trabajos que tuvimos que hacer para cargar las cajas de caudales, por carecer de los útiles necesarios, nos ocuparon toda la noche. Por fin, nuestros esfuerzos se vieron trinfantes, y logramos ponerlas en seguridad en la *Alaska Commercial Company*, y a las ocho pude acostarme, habiendo ganado bien el descanso después de un trabajo de cuarenta y ocho horas y una ansiedad de todos los instantes.

## XI

### La mina.

De vuelta de mi viaje a las minas, me puse formalmente en busca de alguna ocupación seria. La harina y los otros gé-



neros que había comprado los tenía casi todos vendidos. La concurrencia iba haciéndose muy activa; los precios bajaban. Además, cada día nos acercaba a la primavera y a la época en que numerosos vapores volverían a seguir el curso del río. Mi harina la compraban en gran cantidad, por lotes de diez sacos, los panaderos, cuyo gremio era muy importante en Dawson. Si el minero podía cocinar por sí mismo su sopa y su carne, le era difícil hacer en su estufilla, ni aun con levadura, pan tan blanco y tan tierno como el de los panaderos. Y como éstos ponían precios relativamente moderados, eran muy solicitados y consumían grandes cantidades de harina.

Un día que el frío era vivísimo, un muchachillo enviado por un panadero llegó a mi almacén, con un trineo tirado por cinco perros, para llevarse un pedido de diez sacos de harina. Mientras que mi portero cargaba los sacos en el trineo, dije al muchacho:

—Yo he estado en tu país, ¿sabes?

—¿Qué quiere usted decir?—replicó él.

—He estado en tu país—repetí.—He estado en Yokohama, en Tokio, en Nagasaki. ¿De qué parte del Japón eres?

—¡Cómo! ¿por quién me toma usted?—exclamó él bruscamente.

—Pues por un japonés—contesté.

—Yo no soy japonés. Soy un indio de pura sangre, y no un japonés—repitió él irguiéndose con cólera.

—¿En dónde demontre—dije yo asombrado—has aprendido a hablar tan bien el inglés?

—En la escuela de los misioneros de Holy-Cross, en el Yukón inferior—contestó.

Y, con un movimiento de orgullo cómico, reunió a sus perros, que se habían tumbado en la nieve, y los hizo arrancar de un latigazo con aire de mal humor, repitiendo varias veces: «¡Mush, mush, mush!»

Llamo sobre este hecho la atención de los etnólogos. Aquel niño se parecía a más no poder a un verdadero japonés de Yo-



kohama, vigoroso, rechoncho, bajo, ancho de pecho, estrechos los ojos, piel amarillenta... Sin embargo, era un indio sin mezcla de razas.

Sabido es que el Estrecho de Bering no tiene mucho más de treinta millas de anchura, y que todos los inviernos está completamente helado. Fácil es encontrar aquí la explicación de lo que al pronto parece extraordinario. ¿De qué raza descienden los aborígenes de la América del Norte? Lo ignoro; pero lo que parece cierto es que los indios de Alaska son descendientes directos de los japoneses, de los que, por otra parte, no están muy lejos. Aquel muchachillo hubiera podido pasearse por las calles de Tokio sin llamar nada la atención. Todos los transeúntes, estoy convencido de ello, le hubieran tomado por un coolie japonés. Y no era de esos esquimales que viven en la costa; procedía de una tribu vecina del río, y el lugar en que le habían enseñado el inglés, Holy-Cross-Mission, está situado a más de quinientas millas del mar de Bering. Los perros que guiaba aquel día eran malamuts de pura sangre, es decir, perros del país, nacidos a orillas del Yukón.

Los perros que vienen de fuera pertenecen a razas muy diversas. Son traídos por los viajeros de todas las partes del mundo. Encontrábanse en el Clondic variedades infinitas de mastines escoceses, perros de presa ingleses, de San Bernardo, daneses y terranovas. Cada minero tenía un par, y las grandes minas una docena por lo menos. Todas las tiendas de Dawson poseían un tiro de dos perros que permanecían siempre enganchados a un trineo, y atados a la puerta, dispuestos a ir a llevar los géneros vendidos por toda la ciudad. Tres perros, enganchados a un trineo ligero, podían fácilmente arrastrar quinientas libras por caminos llanos, y hasta subir cuestas relativamente pendientes por poco que les ayudase el conductor. Y con esta carga podían trotar sobre una pista de nieve plana durante todo un día, recorriendo así de cuarenta a sesenta millas.

Los perros procedentes de fuera se aclimataban muy rápi-



damente. La Naturaleza los proveía a todos, incluso a los daneses, de un abrigo de pelos muy espeso que los cubría por entero. Sin embargo, nunca llegan a valer lo que un malamut de precio medio. Un malamut ordinario produce ciento cincuenta dólares, mientras que un perro extranjero excelente no produce más que ciento. No obstante, en los tiros se pone siempre a la cabeza un perro extranjero, generalmente un mastín escocés. Esta raza es particularmente inteligente, y posee en un grado notable la facultad preciosa de olfatear la pista, hasta cuando se halla cubierta de varios pies de nieve fresca. Pero el perro de cabeza debe también tirar con todas sus fuerzas y unir sus esfuerzos a los perros que precede. Su deber es seguir la pista sin dejar de tirar.

Obedece las órdenes que se le dan con más prontitud y disciplina que un caballo. Es realmente, por su posición y por la inteligencia de que debe dar pruebas, el jefe del tiro. En cuanto oye este débil grito: *whoa*, que le indica que su amo se ha caído en la nieve, pára tan bruscamente, que a veces se le vienen encima los otros perros y el trineo, formando una masa confusa, de la que salen gruñidos y ladridos. Nunca vuelve a ponerse en marcha por sí mismo, sino que se apelotona silenciosamente sobre la pista, y espera a que el conductor llegue y le dé la señal de partida. Los perros nos prestaron grandes servicios, y sin ellos el invierno hubiera sido penoso. Eran tanto más inapreciables, cuanto que los caballos faltaban, y además difícilmente se encontraba para éstos alimento, que era muy caro y de mala calidad.

Al invierno siguiente, en cambio, tuvimos mucho heno cortado en los valles y en los flancos de las colinas que bordean el Bonanza y los otros riachuelos del Clondic. Este invierno precisamente supimos que los caballos soportaban las más bajas temperaturas. El mayor Steell me contó que a principios del invierno habían echado en Manitoba los caballos pertenecientes a la policía montada del Noroeste, y que en la primavera los encontraron todos en buen estado, aunque el ter-



mómetro hubiese bajado a cincuenta grados durante la estación.

En el mes de Noviembre de 1898 dejaron morir a los caballos en las pistas, y hasta en Dawson. No se sabía en qué emplearlos, y no había nada que darlos de comer. Me ofrecieron algunos para que los guardase, pero los rechacé. Vagaban por las colinas, allí en donde la nieve alcanzaba cinco pies de profundidad. Escarbaban en ella, y conseguían poner al descubierto pajas, zarzamoras y frambuesas. Así es también como se alimentan los osos en invierno. Los setos que brotan bajo la nieve y las altas hierbas de punta roja que alcanzan una altura de cuatro pies, les proporcionaban un alimento bastante nutritivo, y que, además, les gustaba mucho. En los cuarteles, el termómetro marcaba cincuenta grados bajo cero. Sin embargo, en la primavera, cuando los caballos fueron reclamados por sus dueños, parecían mucho mejor que cuando los abandonaron a principios de invierno para dejarlos morir. Era una revelación y una lección.

Durante el verano de 1899 se importaron muchos caballos al Clondic, y al invierno siguiente empleáronse mil doscientos en transportar hombres o mercancías de las minas a Dawson y de Dawson a las minas. Abandonáronse casi por completo los tiros de perros, y el valor de éstos llegó a ser puramente nominal. Hallóse en esto una gran ventaja: un buen caballo podía tirar de una carga de una tonelada en pistas de hielo bien lisas, mientras que se hubieran necesitado, por lo menos, tres trineos y veinte perros para obtener el mismo resultado. No se pueden comparar sus valores respectivos. El caballo está hecho para la fuerza; el perro para la actividad.

Sin perjuicio de permanecer en Dawson y ocuparme de negocios, examinaba con cuidado todas las proposiciones que me hacían para la compra de una mina. A fin de conocer y comprender bien la topografía de toda la superficie minera del Clondic, había hecho un viaje de once días en Enero de 1899, visitando todos los ríos auríferos. Esta visita, un poco apresu-



rada, me había dado nociones, todavía imperfectas, cierto es, pero, sin embargo, útiles, sobre los diferentes métodos empleados durante el invierno para la explotación de las minas y sobre el valor minero de los diferentes distritos. Completé mis conocimientos con viajes rápidos a las propiedades individuales cuando salían a la venta. Si pensaba que semejante visita pudiera tener algún interés práctico para mí, no me preocupaba ni lo largo del trayecto ni la intensidad del frío; contrataba un conductor, y me ponía en camino con un trineo de perros. Nunca he sabido guiarlos yo, y menos todavía alimentarlos. Sin embargo, llegué a hallar encantos en aquellas carreras de una media milla detrás del trineo; y, cuando ya no podía más, me parecía muy agradable echarme en el vehículo en marcha, que nunca se paraba, y allí gustaba un reposo delicioso durante cinco minutos, nunca más.

Por mucho que se envuelva uno en todas las pieles del mundo, no se puede tener calor cuando se permanece inactivo y expuesto al aire libre, con una temperatura de cincuenta grados bajo cero. Aunque el cuerpo está todo sudoroso después de la rápida carrera, las orejas, la nariz y los dedos se hielan tan pronto, que sería peligroso permanecer tumbado, sin movimiento, en el trineo. En aquella atmósfera, sin embargo, no se cansa uno nunca, y siempre se tiene hambre—dos condiciones indispensables para gozar de buena salud.—Tal vez, un día se enviará a todos los enfermos a pasar el invierno en las regiones árticas, como hoy se les prescribe Egipto. Solamente la atmósfera del desierto es comparable como salubridad a la atmósfera de aquellas regiones durante el invierno. Difícilmente se hallarán en ninguna otra parte del globo la sequedad del uno y la pureza de la otra.

Gracias a esos viajes repetidos, que duraban raramente más de dos días, adquirí conocimientos bastante precisos sobre el estado del país, y pronto supe dónde se encontraban los mejores lugares. Me inicié, además, en los procedimientos de explotación empleados durante el invierno, y pronto comencé a entre-



ver mejoras posibles. En realidad, me sentía muy bien preparado. Sabía que muy pocos habían viajado tanto como yo para adquirir conocimientos prácticos y técnicos sobre las minas, y que yo era uno de los raros buscadores de oro que hubiesen hecho semejantes investigaciones.

En Febrero de 1899, dejé de nuevo Dawson, a fin de examinar una propiedad minera. Recorrí a pie en tres horas la distancia, que era de treinta millas. La pista de nieve y de hielo duro era espléndida, y pasaba o cruzaba sin cesar en mi camino una porción de hombres, de perros y caballos que iban y venían en un sentido o en otro. El sol estaba alto y daba una luz franca, y, aunque hiciese un frío extremado, las hojas, que parecen durar eternamente y sobrevivir a todas las estaciones, brillaban en las malezas con sus pendientes de hielo. Todo minero que encontraba poseía uno o dos perros. No se veía ya, como en otro tiempo, hombres que caminasen abrumados con un peso de cien libras de provisiones y de útiles. Los que se dirigían a la ciudad no llevaban, naturalmente, carga. El tintineo alegre de las campanillas de los trineos que se oía mucho antes de verse los perros, ocultos detrás de algún recodo, resonaba en el aire ligero. Y, advertido así de la llegada rápida y fogosa de un tiro, tenía, sin perder un segundo, que saltar fuera de la estrecha pista a la nieve blanda, que parecía formar a cada lado una serie de blancos lechos. Los perros no van contenidos; se les deja las riendas sueltas, y cuando, enganchados a un trineo vacío, van a Dawson, en donde saben que les espera una comida bien caliente y la compañía de otros perros, corren como alma que lleva el diablo. He visto tiros de perros recorrer en hora y cuarto las quince millas que separan las grandes Horcas de Dawson.

Llegué por la tarde a la base de la colina *Cheechaka*, que se eleva sobre el Bonanza. Trepé por la nieve hasta una cabañita situada a unos dos tercios de la pendiente, que era el fin de mi viaje. No recuerdo haber pasado en mi vida media hora más fatigosa. La nieve no tenía más que cuatro o cinco pies de



profundidad; pero las plantas trepadoras y los pies de los árboles cortados, que me detenían como otros tantos lazos, hacían mi marcha extremadamente penosa. Además, el sol y la tibieza relativa de un mes de Febrero habían empezado a fundir en parte la superficie del suelo, que se había endurecido en seguida, y que no era ya sino una capa de hielo delgada y vidriosa. Me faltó el pie, resbalé y me convertí en una enorme bola que bajó rodando varias yardas. No me libré de este modo de locomoción poco agradable, hasta que logré, después de desesperados esfuerzos, agarrarme nerviosamente a algo que se encontró al fin bajo mi mano.

Fuí un pobre y lastimoso viajero que llamó a la puerta cerrada de una cabaña, de un edificio de seis pies por ocho, y que pidió entrar con voz quejumbrosa. Cuando unas manos hospitalarias hubieron abierto la puerta, me dejé caer en un rincón sombrío, sobre un jergón, bajo, estrecho y sucio. Lo tuve, sin embargo, por un colchón excelente de las más finas plumas. En pocos minutos, me repuse por completo. No se tiene tiempo de ser perezoso en el Clondic. Los dos hombres que había en el interior de la cabaña estaban empleados por el propietario a razón de diez dólares al día. Cuando me hube repuesto, me llevaron a la mina. Consistía ésta sencillamente en un subterráneo de ochenta pies de largo por siete de ancho y siete de alto. La entrada del túnel estaba helada, así como las paredes, cuyo revestimiento era tan duro, que resistía a la acción del pico puntiagudo de acero templado con que la golpeaban. Los repetidos golpes del pico no obtuvieron sino chispas. Por fin, con grandes trabajos, logré desprender con el pico la tierra suficiente para llenar dos cacharros, que yo mismo llevé a la cabaña en dos viajes. Pensé que debía también operar por mí mismo. No se trataba de buscar en aquella tierra sal o azúcar, sino el maravilloso polvo que la Naturaleza podía haber puesto en ella.

Encontré en la cabaña una vasija llena de agua caliente, agua que procedía de una cazuela de hierro puesta sobre la es-



tufa, y que se llenaba de hielo y nieve. Esto me proporcionó el saber que el hielo da, al fundirse, cinco veces tanta agua como el mismo volumen de nieve.

Metí mis dos cacharros con su contenido en la vasija y los dejé durante media hora. Al cabo de este tiempo, el agua caliente había deshelado la tierra, de suerte que se desagregaba fácilmente, y se podía con las manos separar las piedras del barro. Lavé con mucho cuidado el contenido de mis dos cacharros y hallé algunas parcelas de oro en el fondo de cada uno de ellos. El oro, que es el más pesado de todos los metales, se mueve poco cuando se le agita, al contrario de las otras materias con las que se encuentra mezcladas. Pesé con extrema atención los granos obtenidos, en las balancitas para el oro que hay en toda cabaña. Luego, volvimos a salir los tres, y examiné con el mayor cuidado el subterráneo y los lotes vecinos. Después de elegir dos lugares que me parecían igualmente interesantes, dije a los dos hombres que me acompañaban que tomaran sus picos. Con mucho trabajo lograron desprender algunos pedazos del suelo helado. Pusieron trozos de leños en el sitio en que el suelo estaba aún al descubierto, echaron lodo encima y, después de haber apelmazado bien todo, prendieron fuego. Sabíamos que la leña ardería durante toda la noche, y no teníamos ya sino esperar al día siguiente por la mañana. A la mañana, pues, uno de los dos hombres, el mocetón John Zwiggs, apartó las cenizas y los trozos de leña que aún ardían. Tomé entonces un pico, y vi que el calor había deshelado tan bien la tierra, que se desprendía fácilmente, y que podía sin esfuerzo hundir mi pico hasta una profundidad de seis o siete pulgadas. Al llenar los cacharros, observamos que el barro estaba todavía caliente, y, sin embargo, hacía un frío tan intenso que, habiéndome quitado uno de los guantes para tener más libres las manos y poder llenar los cacharros, y habiéndome olvidado volvérmelo a poner antes de agarrar el pico, sentí, al cabo de uno o dos minutos, que mis dedos se adherían a la manga de la herramienta. Cuando, por fin, pude



libertar mi mano dolorida, tenía todos los dedos quemados por el frío, y la piel del pulgar completamente arrancada. El frío intenso tiene exactamente los mismos efectos que un calor demasiado vivo. Una botella de petróleo a cincuenta grados bajo cero, quema la mano con tanta agudez como una botella de agua hirviendo.

De nuevo llevé los cacharros a la cabaña sucia, sombría y triste, toda cubierta de hielo y de nieve. No aparté un momento los ojos de la tierra que contenían, hasta que la metí otra vez en la vasija de agua caliente; la lavé entonces, y volví a encontrar algunos granos de polvo de oro. En uno de los cacharros había veinticinco cientos de oro y en el otro veintiocho. Era un resultado satisfactorio. Pero no me conformé; quería hacer nuevos ensayos. Necesitaba una certeza, y temía mucho ser engañado o engañarme yo mismo. Un error de mi parte hubiera entrañado no solamente una pérdida de dinero, sino una inapreciable pérdida de tiempo; en efecto, cuando se explota una propiedad pobre, se necesita mucho tiempo antes de convencerse de su carencia de valor; y las buenas minas tenían que aumentar de precio cada año, a medida que mejor se las conociese. Además, no se iba al Clondic para buscar lo que se puede encontrar en otras partes. El hombre que se destierra del resto del mundo, que se resuelve a vivir de tocino y de judías, que se separa por un muro de nieve y de hielo de seiscientas millas de espesor del punto más próximo al que llegan noticias de lo que ocurre en el mundo, y que acepta el llevar semejante existencia durante años, este hombre tiene derecho, me parece, a esperar más, como premio de sus sacrificios, que el que en latitudes más bajas oye diariamente el canto de los pájaros, ve alzarse el sol todas las mañanas y puede ir de un sitio a otro sin exponerse a quedarse helado en el camino o a morir de hambre. Permanecí, pues, algún tiempo todavía en la cabaña infecta, que parecía no haberse lavado nunca, desde su construcción. Los dos camastros, que colgaban uno encima del otro eran muy estrechos; no había allí más que una estufa



minúscula, y la única ventana era pequeñísima. Estaba hecha ésta de botellas de cerveza vacías—ya he tenido ocasión de describir otras parecidas—puestas en círculo, con los cuellos vueltos hacia el interior, y formando en la pared de troncos de árboles, un orificio redondo, con un ojo de buey de algo más de un pie de diámetro, y por cuyos intersticios entraba todavía una buena cantidad de luz, por raro que esto pueda parecer. Cuando pregunté por qué no tenían una ventanilla con su marco, el bueno de Jhon me contestó que, si se encontrara en Dawson un marco de seis pies por ocho, costaría, cuando menos, diez dólares. Ante esta explicación, no insistí.

Tuvimos tocino y judías para almorzar, cerdo y judías para comer. Seríame difícil decir cuál de estas dos comidas me agradó más, e indicar mis preferencias por una o por otra. El pan estaba hecho allí mismo; era una especie de galleta que había que comer caliente, porque cuando se enfriaba se ponía duro como la piedra. Pero no se le dejaba tiempo. Este pan fue acompañado de té, café, carne en conserva y conservas de guisantes, tomates y patatas.—Debo confesar que nunca pude digerir estas últimas. El viajero de aquellas soledades árticas tenía a su disposición, para llevarse con él en sus peregrinaciones, varias clases de carnes y legumbres en conserva; teníamos, por ejemplo, nabos cocidos, *pemican*, hecho de carne de gamo o de búfalo seca. Todos estos alimentos contenían evidentemente elementos nutritivos suficientes y eran muy adecuados para el uso que hacíamos de ellos; pero no tenían ningún gusto, ningún sabor. Sin embargo, durante el invierno prestaban grandes servicios a los mineros y constituían para ellos un artículo esencial, porque tales conservas no costaban relativamente muy caro y permitían llevar víveres para varios días bajo un volumen bastante reducido.

La madera de abeto helada se partía bastante fácilmente con el hacha y daba un buen fuego, que esparcía mucho calor. Después que hubimos cenado, la cabaña sórdida nos pareció confortable y alegre, y nos pusimos a charlar con animación. Ha-



blamos de los trabajos que nos habían ocupado durante el día, de lo que sabíamos de las intenciones de nuestros vecinos. El hecho puede parecer raro; cuando echo una mirada hacia atrás y recuerdo la semana que pasé en aquel nido de águila solitario, perdido en una elevación helada, no me acuerdo de que nuestra conversación haya versado un solo instante, como pudiera creerse, sobre recuerdos del hogar lejano y de los países que habíamos dejado; todos nuestros pensamientos se referían únicamente a la cuestión de si podríamos encontrar oro en las minas, y a los medios más rápidos y más económicos de extraerlo.

El robusto Dan había recorrido el distrito en todos sentidos, estudiándolo todo detalladamente, y yo había hecho lo mismo; pudimos, pues, comparar nuestras observaciones, comprobarlas y completarlas mutuamente, mientras que John escuchaba y sacaba provecho de lo que decíamos. El deseo y la voluntad de ganar dinero habían barrido de nuestro espíritu todo otro pensamiento. Parecía que todo nuestro pasado no era más que un sueño; no tuvimos una palabra de añoranza por nuestra vida antigua y para quejarnos de nuestra suerte actual. Sabíamos que el mundo duraría hasta nuestra vuelta y que la acogida que nos hicieran estaría en relación con nuestro resultado. Lo habíamos olvidado todo: la casa, los amigos, la vida, el sol que nos faltaba y todos los seres queridos quedados lejos de nosotros. No pensábamos para nada en el frío terrible, menos todavía en lo grosero de nuestros alimentos y en la inhospitalaria morada que nos ofrecía el país del oro. ¡El oro! El oro era lo que nos había llevado a aquellas soledades heladas, y el deseo de alcanzarle aniquilaba en nosotros todo otro deseo. Ni siquiera pensábamos en contar alguna historia, en divertirnos con alguna anécdota; no nos permitíamos ninguna vuelta a nosotros mismos, ningún recuerdo de lo pasado, sino que discutíamos cuál sería el lugar en que pudiéramos al día siguiente hacer fuego y ahondar. Por fin, nos acostamos.

A fines de semana, me volví a Dawson, decidido a comprar



la mina, si me la daban a un precio razonable. Su propietario, que la había alquilado exactamente un año antes por quince dólares, me la cedió prontamente por una bonita suma y dejó en seguida el país. Hacía algo más de un año que estaba allí, y marchó alegremente a Nueva Inglaterra, en donde le esperaban su mujer y sus hijos. Era un hombre feliz; había triunfado. Envié a un encargado con instrucciones para que empezase a emplear media docena de mineros. Mientras tanto, terminé mis asuntos en Dawson. Cobré mis cuentas y liquidé mis géneros. Había visto fracasar tantas explotaciones mineras, por falta de vigilancia personal de los propietarios, que estaba bien decidido a ocuparme activamente de la mía. Si la empresa no salía bien, sería tal vez por culpa de la mina, pero no por la mía, seguramente.

El 1.º de Mayo transporté mis efectos a la colina Cheecka, vendí mi almacén de Dawson, y empecé a vivir la vida de un minero. Al principio, la cosa me pareció muy agradable. Eramos para trabajar una docena de hombres. Construimos al pie de la colina, a orillas del río helado, un comedor tibio y confortable, al que añadimos un cuartito para el cocinero y su mujer; otra reducida habitación había de servir de despacho; pusimos en ella dos literas, de las que sirven en los trasatlánticos para los pasajeros de segunda clase, y con las que me contenté perfectamente. Los hombres durmieron en una antigua cabaña que me fue vendida con la mina.

Un día, empleé entre mis mineros a un *pasta agria*, es decir, un antiguo, un veterano. Decíase que los primeros exploradores llegados al Clondic no se desnudaban nunca durante el invierno. No sé si la cosa sería cierta por lo que se refiere al citado. Pero el caso fue que cuando el *pasta agria* hubo estado una semana en la mina, y dormido siete veces en la cabaña, algunos de mis mineros fueron a ver al contramaestre, y le pidieron que despidiese inmediatamente al antiguo o a ellos, pretendiendo que les era imposible seguir durmiendo con él en la cabaña. Aunque comprendiese muy bien lo que



motivaba la queja de los mineros, el contraamaestre no la juzgó de su incumbencia, y creyó de su deber hablar al propietario. Me pareció que los mineros se mostraban un poco exigentes y difíciles, porque en suma, el antiguo no hacía más que seguir los usos y costumbres del país, que eran universales antes de la llegada de los *cheechakas* (los nuevos). Sin embargo, las circunstancias hacían que tuviera que acceder a lo que solicitaban. Despidióse, pues, al *pasta agría*, que se marchó gruñendo, poco satisfecho de la acogida de los *cheechakas*. Los camastros y las paredes de madera de la cabaña se desinfectaron cuidadosamente; pero en cuanto lo permitió el tiempo, todos los mineros abandonaron su dormitorio para vivir en tiendas que plantaron en el flanco de la colina y en el valle.

Acercábase el estío y el sol brillaba radiosamente en el Oeste, poniéndose cada vez más tarde. Aparecieron flores, que brotaron de pronto, y crecieron con la rapidez de las setas. No tardaron los flancos de la colina en revestirse por completo de una alfombra de púrpura y carmín; andábase por un jardín natural. Extendíase por todas partes un césped fino, sembrado de florecillas; las madreselvas se enlazaban con las violetas y los geranios. Aquel césped constituía un forraje excelente para los caballos. Harina, pan, tocino, hierba fresca, todo esto se convertía en manjares finos y delicados para mi caballo Jacobo, que compré a Moural Salisbury. Durante este verano, Jacobo se mostró de una habilidad asombrosa para barrer y limpiar el suelo. Lo recogía todo. No creo que haya en Constantinopla perros o cuervos que se hayan mostrado nunca más solícitos. No desdeñaba nada, y comía cuanto encontraba, fuera lo que fuese. Por las tardes, después de su siesta, se iba detrás de la cabaña, y allí se entablaban terribles combates entre él y los perros, por la posesión de cajas de conservas medio abiertas y mal vacías, en donde hallaba restos de tomates, de legumbres, de carnes o pescados de todas clases, que el cocinero tiraba cuidadosamente fuera de su cocina. Jacobo, después de haber echado victoriosamente a los pe-



rros, metía con precaución su lenguaza por la abertura hecha en cada caja con una hachita china, y lamía aquellos trozos succulentos, como un fino goloso, con evidente satisfacción. Cuando lo había limpiado todo y no quedaba ya en la caja ni el olor de su contenido, Jacobo se alejaba disgustado e iba en busca de la rica hierba que alfombraba la colina. Los frutos robados eran para él los más gustosos. Lo mismo que los extranjeros que venían a vivir a aquel país, los animales adquirirían rápidamente la costumbre de no mostrarse difíciles, de apetecer todo y comer cualquiera cosa. Nada mejor que un tiempo bien frío, y jornadas enteras en un trabajo sin reposo, para abrir el apetito. La región es maravillosa para los enfermos del pecho y los neurasténicos, sin hablar de los indolentes. Los primeros hallan la salud; los segundos, el vigor y la energía.

Empezamos a abrir en el flanco de la colina dos galerías de mina paralelas, a igual distancia apróximadamente de la antigua. En ésta, cesamos los trabajos por hallar que estaba mal situada y mal determinadas sus dimensiones. Las galerías, aunque el terreno fuese relativamente seco, tenían que ser revestidas desde el principio. Llevábamos a ellas el vapor en tubos de una o dos pulgadas de diámetro. Pero en esto, como en todo, nuestro material era insuficiente, y carecíamos de lo necesario. En cuanto se conoció la superioridad del vapor sobre las hogueras para deshelar el suelo, los pedidos de tubos fueron tantos, que la ciudad no podía atenderlos, y no tardó en ser imposible adquirirlos. Nuestro tubo se componía de varios pedazos de dos pulgadas, de una pulgada y tres cuartos, de pulgada y media, de una y de media; los habíamos cortado y reunido, sujetándolos como pudimos. Hicimos también un conducto para el vapor con una manga de riego que encontramos abandonada. No desdeñábamos nada y utilizábamos todo; necesitábamos tanto ingenio como actividad. Al final de la galería que había que prolongar, horadábamos la colina con puntas de acero de cinco pies de longitud. Estas puntas eran hue-



cas, y en el extremo un orificio estrecho dejaba pasar el vapor, mientras que golpeaban la tierra o el granito. El resultado obtenido era maravilloso. En media hora lográbase un agujero de cuatro pies de profundidad y de una pulgada de ancho. Con el antiguo procedimiento, que consistía en emplear perforadores de mano que se metían con pesados martillos de hierro, se necesitaban siete horas para lograr el mismo resultado. Este método perfeccionado se empleó por primera vez en mi mina; sin embargo, no saqué privilegio. Todos los mineros tenían el derecho de hacer lo que yo, y así lo hicieron en cuanto se conoció la superioridad de los nuevos procedimientos sobre los de los *pastas agrias*. Cuando se había obtenido un agujero suficiente, poníanse en él prolongaciones del tubo de vapor. El vapor salía de los extremos puntiagudos y afilados, se infiltraba a través del suelo helado, que deshela y abre rápidamente. Podía dejarse el aparato así colocado durante diez horas; una vez transcurridas, se le sacaba, y el minero, poniéndose inmediatamente a la obra, arrancaba cuatro pies de tierra así desprendida. Se iba dos veces más de prisa que con el método de la hoguera, que hasta entonces se había empleado exclusivamente para trabajar en aquel suelo helado.

Encima de mi galería subterránea había un terreno pantanoso que fatigaba a los caballos y me desesperaba. Las malezas y las ramas se hundían bajo el peso de las vagonetas. Los caballos se metían hasta el vientre; teníamos que desengancharlos y ayudarlos a salir de allí. Sin embargo, nos era forzoso pasar por allí para ir en busca de leña; si nos faltaba ésta, tendría que cesar la explotación de la mina, cosa que no me hubiese divertido. ¡Todo menos esto! No teníamos más que dos vagonetas y un trineo de perros; éste no nos prestaba grandes servicios, y lo empleábamos poco. Un día, mi mejor conductor se presentó en la puerta de mi despacho. Me alarmó; su presencia me hacía presagiar una desgracia.

—¿Qué hay, Jim?—pregunté.

—Se ha roto la rueda delantera—contestó.



Sabía lo que esto significaba, y había previsto el enojoso contratiempo.

—¿Está completamente rota?—interrogué.

—Casi todos los rayos están rotos y la llanta también. Además, el aro está completamente torcido.

Subí corriendo la colina hasta la cabaña del herrero. Llamé al herrero Mac Kenzie y al contramaestre John, que había sido carpintero en la región del Missouri. Les expliqué la situación, que ya conocían. Mac dijo:

—No hay nada que hacer. Para enderezar el aro necesitaría, por de pronto, buen carbón de forja, y apenas hay una libra aquí. He avisado esta mañana a las forjas, al herrero sueco Neilson, para pedírselo. Pero no lo tiene, o, lo que es lo mismo, no quiere darlo, si es que lo tiene.

—Y no tenemos llanta—añadió John.—Tal vez haya en Dawson.

Ir a Dawson y volver, era asunto de un día. Mientras tanto, se agotaría nuestra reducida provisión de leña, y habría que suspender el trabajo. Ahora bien; la mina me costaba seiscientos dólares al día, y la mayor parte de los gastos eran tales, que no podía contenerlos ni reducirlos.

—Pues bien—dije al fin, después de haber largamente discutido y examinado la cuestión a fondo,—es muy sencillo: no tenemos ni aro, ni rayos, ni llanta; no podemos ni comprarlos ni robarlos. No nos queda más que un remedio: fabricarlos nosotros.

—¿Pero cómo?—exclamaron ambos.—Si mandamos a Dawson por todo lo que nos hace falta, nos llevará un día, y además pudiéramos no encontrarlo. Sin embargo, no hay que pararnos.

Asintieron ellos.

—Pues bien—continué,—¿no podemos fabricar una rueda sólida con este núcleo sin llanta y sin radios, por medio de herraduras?

Mac Kenzie contestó:



—Creo que podría hacer un aro con herraduras, pero sería más estrecho que la rueda.

—No importa—dijo el carpintero.—Buscaré madera seca y haré una rueda sólida en tres horas, si me dan un hombre que me ayude.

Así fue hecho. Terminado el trabajo, fuimos a la colina para sacar la vagoneta del lugar en que se había quedado; pusimos después la nueva rueda, y cuando el vehículo estuvo cargado empezó a rodar tras los caballos sin grandes tropiezos. Debo decir que la rueda no formaba una circunferencia de geométrica exactitud, y no estaba en absoluta armonía con las otras, pero bastaba para lo que deseábamos; la vagoneta se pudo utilizar y continuó suministrando leña a los hornos.

Fabricamos otra rueda de la misma manera para servirnos de ella en caso de necesidad; y cuando se rompió la primera, la reemplazó satisfactoriamente hasta fines de Junio, época en la que los barcos aportaron por el río vagonetas y piezas de recambio, abundantemente. Tuvimos también que vencer numerosas dificultades a propósito de nuestra vía férrea, que seguía la pendiente de la colina con una inclinación de cuarenta y cinco grados, y que, arrancando de la entrada de una de mis dos galerías, llegaba hasta la orilla del riachuelo, en donde poníamos la tierra extraída. Las dos vagonetas estaban atadas por una cuerda, que no tenía más de una pulgada de diámetro, y cada una de aquéllas transportaba una tonelada cuando estaba cargada. La vagoneta llena que descendía hacía contrapeso para subir la vagoneta vacía, y ambas pasaban por una aguja a medio camino. El conductor de esta vía férrea me costaba una onza de oro al día, además de la pensión. No teníamos ni raíles de hierro o de acero, ni cables de hierro de ningún género que hubieran podido servirnos para que corrieran las ruedas de las vagonetas. Estas se habían hecho de madera y herraduras, como la que fabricamos para la vagoneta destinada al transporte de la leña. Felizmente, las herraduras no faltaban, y podíamos comprar en Dawson cuantas quisiéramos.



Era muy difícil hacer ruedas de madera de un pie de diámetro, lo bastante fuertes para soportar el peso de una vagoneta cargada, y que bajaba una pendiente muy rápida, sobre rai-les de madera también, que no tenían estabilidad ni podían ofrecer suficiente resistencia. Pero construíamos nuestros rai-les por docenas, de suerte que, si uno se rompía, podíamos reemplazarlo en menos de cinco minutos.

Todas estas dificultades que teníamos que vencer nos fati-gaban enormemente; pero no vencerlas, hubiera sido vernos obligados a paralizar los trabajos y la explotación de la mina. No había otra alternativa, porque las piezas necesarias no lle-garían a Dawson hasta el mes de Julio, y la estación de vera-no no duraba más que cinco meses.

Por aquella época, los exploradores del Clondic tenían que luchar contra muchas dificultades, tan imprevistas como no sospechadas.

Yo empleaba en la mina unos cincuenta hombres, y nin-guno ganaba menos de cinco dólares diarios. Los contramaes-tres percibían diez dólares. Yo era el director de mí mismo.

Durante el verano de 1899, las fondas y las *road houses* lle-vaban tres dólares al día. Yo podía procurarme en gran cantidad carne fresca de exportación, y alimentaba muy bien a mis hom-bres, estimando que un obrero trabaja tanto mejor cuanto me-jor se nutre. Muchos propietarios de minas pagaban a sus obre-ros ocho dólares al día, sin la comida, y les hacían cocinar en sus cabañas. Pero a mí me parecía que era una fatiga y una molestia para un obrero el verse obligado a calentar su sopa de maíz y su café en la estufita de su cabaña, por la mañana temprano, y preparar igualmente su comida de las doce, com-puesta de tocino y judías, después de haber trabajado durante cinco horas en una galería subterránea, de la que saldría mo-jado y lleno de barro. Por la noche, después de siete horas de trabajo, tenía que correr a su cabaña o a su tienda y preparar la única comida verdaderamente confortante de la jornada; pero estaba entonces cansado, de mal humor y poco dispuesto



a variar sus platos para aguzar su apetito. He observado que los hombres que más se quejan de la variedad o la calidad del alimento que se les da, son precisamente los que se alimentan peor cuando se tienen que hacer ellos la comida, y sus comidas son las menos delicadas y menos variadas. No lo hacen por economía, sino porque están cansados y tienen prisa de buscar un poco de reposo. Con lo que me proporcionaban los mercados, huevos, sobre todo, conseguía alimentar bien a mis hombres sin gastar más de un dólar y medio en cada uno de ellos. Los huevos llegaban de Indiana en cajones que contenían treinta docenas, y me salían, llevados a la mina, a unos veinte dólares. Cuando empezamos a recibirlos, mis mineros no se veían hartos y consumían diariamente una docena de huevos por individuo. Los pobres diablos no habían visto huevos sino en sueños desde que se heló el río en el otoño del año anterior. Los comían de varias maneras, pero por lo general al plato.

Pensaba que mis mineros, que hallaban su comida dispuesta a la hora, caliente, apetitosa y abundante, realizaban más trabajo que los hombres de mis vecinos, que tenían que cuidarse ellos de sus comidas. Un día, para comprobarlo, hice el ensayo siguiente: medí galerías de las mismas dimensiones y que ocupaban el mismo número de mineros, en mi mina y en las vecinas; hallé que nosotros avanzábamos mucho más de prisa y que mis galerías tenían un quinto de más longitud que las otras; más adelante pude convencerme de que la proporción era mucho mayor todavía.

No había duda de que mis hombres estaban bien pagados, bien alimentados, y, si eran aptos, tenían una posición segura que solamente de ellos dependía conservar el mayor tiempo posible, seguridad que difícilmente encontraban sus compañeros empleados en las minas inmediatas. Además, que se trabaje por la propia cuenta o por cuenta de los otros, la situación es muy diferente, según que se haya de ocupar uno únicamente de su trabajo o que tenga también que cuidarse de guisar, lo



que constituye otro trabajo más y que no forma parte de la vida al aire libre.

Yo había tomado como cocineros a un francés y su mujer. Eran unos alsacianos que hablaban corrientemente el francés y el alemán. El había sido teniente del ejército alemán, y, en verdad, debía de hacer buena figura con sus ojos negros, su aire marcial y su porte militar. La mujer era muy inteligente, bien educada, y hablaba el inglés con tanta facilidad como el francés y el alemán. Bonita y lista, era la bella del campamento, en donde las mujeres eran más raras que el oro. Ellos cocinaban, fregaban, servían a la mesa y cuidaban de los mineros con tanto agrado y alegría como si no hubieran hecho otra cosa en su vida. Por lo demás, preciso era que cada cual se adaptase a aquel medio sin quejarse ni hacer melindres. No había sitio para los difíciles ni para los perezosos.

Cerca de la reducida construcción de madera en que estaba mi despacho y dormitorio había una cabaña, hecha como todas las del país, es decir, una sola habitación con una sola puerta y una sola ventana. Estaba habitada por un matrimonio y dos hombres. Estos últimos estaban a sueldo del matrimonio, que tenía un yacimiento.

Tener un yacimiento consiste en explotar una mina mediante acuerdo con su verdadero propietario, al que se paga un tanto por ciento convenido sobre la extracción bruta. La mujer, joven, del Oregón, era agradable y sana; por añadidura, buena trabajadora y nada sentimental.

Alrededor de un campamento minero del Clondic, basta con uno o dos días para conocer a todo el mundo. La vida es un poco ruda, y se olvidan a menudo los refinamientos de la civilización. Una tarde, en una hermosa puesta del sol, vino ella a mi casa para pedirme azúcar. Yo le dije sin más:

—¿No te molesta vivir con tu marido en la misma habitación que esos dos hombres?

—¡Oh, Dios mío, no!—contestó ella.—Ya me he acostumbrado. Además, he puesto una cortina en nuestra cama. Y



luego, el uno es un viejo al que he conocido en el Oregón; en cuanto al otro, es un joven del que me cuido poco. Pero—añadió ingenuamente—el invierno último, la cosa, ya ve usted, era un poco desagradable.

—Sí—exclamé.—¡Seis hombres y una sola mujer en la misma cabaña!

—Sí—replicó ella,—cinco hombres y mi marido. Y habíamos la misma cabaña que hoy. Mi marido los hacía trabajar a todos en la cocina. Yo hacía la comida y lavaba—cuando había algo que lavar,—añadió con un guiño picaresco.

—¿Y vivían ustedes todos en esa cabaña?

—Todos. Los hombres eran buena gente, y al cabo de algún tiempo, ni me daba cuenta de que estaban allí. No creo que me gustará volver a esos tiempos... Sin embargo, si nos viéramos obligados...

Sabía yo que, a pesar de todos sus sacrificios, la mina no había dado lo que esperaban, y que la extracción había sido mala; no habían podido pagar a los hombres el total de sus sueldos, y varios de ellos trabajaban ahora en mi casa. Deplore interiormente que tanta abnegación y constancia en sus deberes de esposa, no hubiera sido provechoso a la joven, y que no se viese mejor recompensada.

El verano avanzaba rápidamente, y todos se mostraban muy afanosos en mi mina. Fue un soberbio verano, poco lluvioso. Los cielos eran claros, la atmósfera de un temple delicioso. Las colinas estaban llenas de flores, y miles de pájaros cantaban en los árboles. No había enfermos, y todo el mundo parecía feliz y satisfecho. Habíanse olvidado el frío y los sufrimientos del invierno. En los valles, en las colinas, no había más que hombres animosos, fuertes y activos, que buscaban, compraban, trabajaban, y los días, los más largos del año, parecían demasiado cortos.

*¡Mirabile dictu!*—Uno de los últimos días de Julio, un vagón rodó en mi propiedad, un verdadero vagón moderno, cargado de todo el mecanismo necesario para el funcionamiento



de las bombas. Le mirábamos con los ojos muy abiertos, como si hubiera sido un mastodonte o un globo. Pero era un verdadero vagón de transportes que estaba allí, enganchado a cuatro caballos que parecían cansados y asustados. Pero no bastaba contener el camión; tratábase ahora de construir un camino. Había que cortar árboles, cuidar las «cabezas de negro» y llenar el pantano. Necesitáronse siete bombas y cuatro caballos para conducir el vagón a su destino, al núm. 2, encima de la Descubierta. Se llegó, no obstante. Era un nuevo paso hacia la civilización. El camino se hizo poco a poco; aparecieron otros vagones de una manera tan inesperada como la primera, y las tarifas de transporte de Dawson bajaron de seiscientos a doscientos por libra. En vez de verse cargados de paquetes y bultos, los caballos tiraban de los camiones, y, por lo menos en el Bonanza, no se encontraron ya hombres transportando auestas fardos de todas formas y todas dimensiones.

Cinco mil hombres trabajan en un radio de dos millas. Los perros, a los que se juzgaba únicamente útiles en invierno, empleábanse ahora en transportar provisiones para los lugares escarpados. Los animales, como los hombres, no perdieron el tiempo este verano en el Clondic. Yo iba pocas veces a Dawson. Mi puesto estaba en la mina, porque yo mismo dirigía los trabajos y tenía mucho que hacer. Había comprado camiones y caballos, que enviaba dos veces por semana a Dawson con pedidos, y que traían todos los artículos que necesitábamos.

Sin embargo, una tarde salí de la mina a caballo para ir a Dawson. Había puesto en mis bolsas treinta y cinco libras de polvo de oro. Tomé un atajo que acortaba mucho el camino, y bajé un escarpado desfiladero, haciendo saltar a mi caballo dos fosos profundos. Al subir al otro lado del desfiladero, noté que mis bolsas habían desaparecido. Eran viejas, y, sin duda, los lazos que las sujetaban a mi silla se habían roto. Dejé mi caballo en libertad y volví sobre mis pasos con muchísima ansiedad. Sabía que no me había cruzado con nadie y que nadie me había pasado; pero alguien podía venir detrás de mí. Por



fortuna, mientras que corría para subir la colina, vi a la débil luz de la luna las bolsas que estaban en el suelo. La cuerda se había roto, y sin duda se cayeron al dar un salto mi caballo. Las recogí, volví a montar y continué mi camino.

En Magnet, en el núm. 18, debajo de la Descubierta, el riachuelo estaba muy fangoso y mi caballo perdió el vado. Cargado como estaba el animal, hacía vanos esfuerzos para remontar la pendiente de la orilla; hundíase hasta el vientre en el limo o en el agua. Me puse de pie en la silla como un volatinero; desaté las bolsas, que tiré a la orilla, adonde las seguí de un salto. Me costó mucho trabajo sacar del fango a Jacobo, que sin mí hubiera podido ahogarse.

En el Clondic encontré felizmente una barca de paso, a dos millas de Dawson. El Clondic es un hermoso río, claro y límpido, de corriente rápida.

En el lugar de su confluencia con el Yukon había muchas cabañas abandonadas. Los que en un cierto momento se refugiaron allí, se habían vuelto a marchar o se habían esparcido por el país. En el lugar del paso de la barca, habían abierto un camino en línea recta que desde el Clondic conducía a Dawson. A media noche hice mi entrada en Fron Street y me apeé en el hotel, después de una ausencia de dos meses, con la satisfacción de no haber perdido el tiempo y de haber trabajado bien desde mi salida de la ciudad, y lleno de confianza en los resultados futuros.

JEREMÍAS LYNCH

*(Continuará.)*



# PADRE E HIJO

## ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

---

### CAPITULO VII

En la historia de una infancia tan claustrada y tan uniforme como la mía no puede callarse una verdadera aventura como la de mi rapto en público con éxito completo. En nuestro pueblo había varios inocentes, maníacos inofensivos, que habían pasado más o menos los límites que separan las gentes insensatas de las sensatas. La opinión pública no los rechazaba; tomaba bajo su protección a algunos de ellos, de los que mi padre sospechaba que exageraban su torpeza intelectual a fin de evitar todo trabajo, como esos perros que, como sabemos todos, podrían hablar también como nosotros si no temieran tener que ganarse la vida. Miss Mary Flaw era uno de esos espíritus pobres; aunque había gozado de cierta inteligencia y de viveza de ingenio, su razón se había quebrantado y estaba completamente perturbada. Hija de un pastor retirado, vivía con unos parientes en una casita solitaria, en las alturas de Barton Cross. María Gracia y yo llegábamos algunas veces hasta allí cuando teníamos que cumplir nuestros deberes pastorales. Más adelante, cuando leí estos versos célebres, en los que el filósofo dice:



«Cuando en la vertiente de la vida me sienta declinar,—ojalá tenga la suerte—de procurarme un sillón cómodo—y una cama que domine el mar inmenso»,

pensaba instintivamente, y pienso todavía, en la elevada morada de Mary Flaw. Un pórtico cubierto de jazmines servía de abrigo a la vez contra la lluvia y el sol; pero una especie de pabellón, desde donde se veían las aguas de la bahía, daba un encanto particular a aquel lugar, que estaba amueblado con unas cuantas sillas y una mesa incrustada de conchas. A la entrada había un cómodo sillón, destinado, supongo yo, para que descansase M. Flaw o para recordar su memoria, porque no puedo recordar si había muerto o vivía.

Las visitas a Mary Flaw hacían mis delicias. Ricíbíame siempre con efusión; corría a nuestro encuentro y nos conducía, llevándonos de la mano, con un movimiento de baile, que me parecía infinitamente gracioso, hasta el pabellón de conchas, en donde nos obsequiaba con leche del Devanshire y unas galletas duras como piedras. Me gustaban mucho las charlas de Mary Flaw; me divertían sus rarezas y el tono caprichoso de su conversación, que era como una melodía que pasara constantemente de una clave a otra. Gracia decía con razón: «Nunca se sabe lo que la buena de Mary Flaw va a decir.» Y el hecho de que ella misma no lo sabía era un nuevo encanto.

El espíritu de la pobre muchacha se había perturbado a consecuencia de un desengaño amoroso; pero, naturalmente, yo no sabía nada de esto e ignoraba por completo su dolencia. Me parecía ingeniosa, original, y la quería mucho. Modestia aparte, los acontecimientos que van a seguir parecen probar que ella experimentaba la misma predilección.

Mis Flaw fue desde el principio una adepta apasionada de mi padre, y nadie la impidió nunca que viniera a nuestras reuniones, cosa que prueba la indulgencia singular de las aldeanas. Los domingos por la tarde, la mayoría del auditorio es-



taba sentada en unos bancos con respaldos, dispuestos en el centro de la sala, y que dejaban un paso alrededor; otros bancos había apoyados en las paredes. Mi padre predicaba desde un púlpito que daba frente a los oyentes. Si anochecía durante el servicio, Ricardo Moschay, cuyas blancas vestiduras lucían en la sombra, daba lentamente la vuelta a la sala, con una caja de cerillas en la mano, para encender las velas de sebo. Mary Flaw se adjudicaba el puesto de honor en el extremo del banco de la izquierda, justamente enfrente de mi padre. Miss Marks y María Gracia, entre las que yo estaba, ocupaban el lado derecho del mismo banco. Mientras que el piadoso albañil desempeñaba sus funciones, Mary Flaw tenía la costumbre de dirigirle desde su sitio, indicándole con el dedo las velas que debía encender, pero Moschay no la hacía ningún caso. Ella hacía esto de la misma manera que el clown indica en el circo a los criados cómo se ha de arreglar la escena, y Moschay se comportaba con ella como los criados se comportan con el clown.

Mary Flaw tenía otra particularidad: seguía de un extremo a otro, sin pronunciar palabra, un servicio exactamente semejante al nuestro, pero mucho más corto. He aquí cuál era el orden del servicio: Mi padre rezaba y todo el auditorio estaba arrodillado; en seguida indicaba un cántico, que casi todos cantaban de pie. Aquí colocaba la predicación, que duraba cosa de una hora, y que nosotros escuchábamos sentados; luego venía otro cántico, seguido de una oración y de la bendición.

Mary Flaw seguía este ritual, pero en menor escala. Nosotros nos arrodillábamos todos juntos; pero, cuando nos levantábamos, ella estaba ya de pie y hacía como que cantaba sin proferir un sonido; en medio de nuestro cántico, se sentaba, abría su Biblia, buscaba un texto y escuchaba una predicación imaginaria que nuestro sermón no tardaba en coger, y con el que coincidía durante casi tres cuartos de hora. De repente, mientras que mi padre continuaba tranquilamente hablando, Mary Flaw se levantaba y cantaba en silencio, si así puede decirse. Una vez terminado su canto imaginario, se arrodillaba



y rezaba, volvía luego a levantarse, recogía todos sus bártulos y salía de la capilla con majestuosa ligereza, en tanto que mi padre seguía redondeando sus períodos desde el púlpito. Nunca nadie pensó en impedir que hiciera lo que quisiese, ni en contrariar a la pobre criatura en sus inocentes caprichos hasta el día del gran acontecimiento.

Todo fue culpa mía. Mary Flaw, aquella tarde, concluyó su servicio imaginario más pronto que de costumbre. Estuvo de pie con un libro de Cánticos en la mano, y luego se arrodilló sola en actitud de recogimiento. Se levantó, se sentó un instante para ponerse los guantes, coger la Biblia y su libro de Cánticos y meter el pañuelo en el bolso. Dispuesta a marchar, miró en torno de ella con expresión amable, mientras que mi padre, siempre tranquilo, hacía vibrar su voz sobre nuestras cabezas. Yo no sé por qué los manejos de Mary Flaw llamarían particularmente mi atención aquella tarde; me incliné y encontré la mirada de la demente; ésta meneó la cabeza, contesté yo, y no sé cómo sucedió una cosa extraordinaria. Mary Flaw, con una prontitud increíble, se adelantó y, rápida como el relámpago, me cogió por el cuello de mi blusa, me arrebató a mis protectoras, paralizadas de estupor, salió corriendo de la capilla y se perdió con migo en la obscuridad.

Mi padre vió con estupefacción desde lo alto del púlpito desarrollarse esta escena, y se paralizó en seco en sus labios la oleada de sus exhortaciones. No se movió ni uno de sus oyentes; nadie más que él se había dado cuenta de lo que pasaba. Los Santos le miraban fijamente paralizados.—«¿Pero no los detiene ninguno de vosotros?»—exclamó él con voz tonante cuando franqueábamos la puerta.

Nos precipitamos entre las tinieblas húmedas, a través del pueblo no iluminado por ningún farol, hasta el lugar en que, a los pocos minutos, los miembros más ágiles de la Congregación, con mi padre a la cabeza, nos encontraron sentados en el umbral de la carnicería. La autora de mi rapto estaba ya completamente tranquila, y no se opuso a que la dejase



«sin un solo beso, si un adiós siquiera», como dijo el poeta.

Aunque por el momento no había sido grande mi susto, mis nervios quedaron sin duda quebrantados por la escapatoria, y tal vez a causa de esto debí la vuelta de las penosas visiones que sufrí en mi primera infancia. Volvieron con una fuerza y hasta con una violencia debidas a mi creciente madurez. En cuanto ponía la cabeza en la almohada, parecíame tomar parte en una desenfrenada carrera a través del espacio. Una fuerza misteriosa, que me tenía tan apretado que me sentía como un átomo entre sus lazos, me llevaba con rapidez por un puente estrecho, infinito, bajo el que un torrente rumoroso se precipitaba a ambos lados a una profundidad vertiginosa. Al principio, nuestra carrera a rienda suelta (porque yo tenía los pies y los puños ligados como Mazeppa) iba en línea recta; después empezaba a hacer curvas, y nos poníamos a correr con una velocidad y un estrépito espantosos, en un vórtice monstruoso, deslumbrador de luces, lleno de ruidos ensordecedores; enormes círculos concéntricos nos abismaban, girando por encima y por debajo de nosotros. Parecía que aquella fuerza misteriosa y yo nos precipitábamos febrilmente hacia un fin al que tendían todas nuestras energías concentradas; la desesperación que desgarraba mi corazón me mostraba la imposibilidad de alcanzar aquel fin que sólo él podía salvarnos del aniquilamiento. Allá a lo lejos, en medio de los grandes torbellinos luminosos, percibía el fin de color rubí, que crecía y disminuía alternativamente y, en el que estaban escritas, o más exactamente, que formaban las letras de la palabra CARMÍN.

Esta visión turbadora se repetía todas las noches, y me llenaba de un sentimiento de indecible angustia. Los detalles cambiaban muy poco, y yo sabía lo que me esperaba cada vez que me metía en la cama; estaba seguro de que durante unos minutos lucharía con mis sábanas heladas, y trataría de mantenerme despierto, pero que caería casi inmediatamente en aquel terrible reino de tempestad y violencia, en el que me encontraría atado de pies y manos, y sería lanzado al galope a



través del infinito. Me despertaba a menudo para ver con indecible alivio, a los lados de mi cama, a Miss Marks y a mi padre, atraídos por mis gritos. Me libraban de mi pesadilla, porque ésta rara vez se repetía en la misma noche, pero les apenaba mucho no saber cómo concluir con ella definitivamente. Mi padre, en su ternura, se imaginaba que iba a exorcisar al demonio con la oración. Entraba en mi cuarto cuando yo iba a acostarme, y se arrodillaba a mi cabecera. La luz de una vela puesta en la chimenea iluminaba su oscuro pelo, y, con la cara metida entre las mantas, de donde salía su fuerte voz ahogada, mi padre rogaba a Dios que me preservase de los espíritus malignos que vagan por las tinieblas e impidiera que me tragase el abismo.

Esta breve ceremonia distraía mis pensamientos, y en este sentido, tal vez hubiera podido ser útil, pero fue causa de un incidente desgraciado. Mi padre acabó por aficionarse á sus oraciones junto a mi cabecera y a prolongarlas. Quizás eran demasiado largas, pero yo lograba algunas veces, mediante un poderoso esfuerzo, mantenerme despierto hasta el final. Sin embargo, una noche, una desdichada noche, le ofendí mucho más gravemente que si me hubiera dormido; mi padre rezaba en alta voz, en la actitud que acabo de describir, y yo estaba medio sentado, medio echado, con la ropa subida hasta la barbilla. De repente, un insecto bastante grande y achatado, de color oscuro, y con más patas de las que debería tener un insecto que se respete, apareció en mi cubrepiés y avanzó lentamente. Creo que no tenía nada de espantoso y que era sencillamente un coleóptero. Pasó sin tropiezos la cabeza de mi padre, que formaba una redondez negra y lisa y trepó derechamente hacia mí, cada vez más cerca, hasta que me pareció un hormiguero luciente de cuernos y de patas. Lo soporté en silencio como fascinado, hasta que llegó casi a hacerme cosquillas en la barbilla; entonces grité: «¡Papá, papá!» Mi padre se levantó furioso, quitó el insecto (¿qué era un insecto para él?) y me zarandeó de lo lindo.



No olvidaré fácilmente la desesperación que este incidente me produjo. La vida se hace abrumadora con exceso cuando a las visiones de dentro y a los coleópteros de fuera se une el sentimiento de que se ha ofendido gravemente a Dios con una falta de respeto. Es difícil explicarme la violencia del enfado de mi padre por mi grito, sino pensando que cedió a un sentimiento de vanidad bien humana. No puedo menos de creer que gustaba él de oírse hablar a Dios ante un auditorio admirativo. Rezaba con fervor y animación, en un puro inglés johnsoniano, y creo que no soy irrespetuoso añadiendo que parecía complacerse en el sonido de sus propias devociones. Mi grito de angustia, pensaba él, había interrumpido inútilmente la santa y digna ceremonia.—¡Tu, hijo de un naturalista!—observó él con tono terrible y solemne.—¿Pretendes que te dé miedo un insecto? Eso no puede ser—añadió,—sino para evitar testimoniar tu fe en la oración. Si tu corazón hubiera hecho su elección, si suspirara por el Señor, se necesitaría algo más que los movimientos de un coleóptero para turbar las oraciones fervorosas al pie de su trono. Ten cuidado, porque Dios es un Dios celoso, y consume en su cólera al que ladra como un perro.

Mi padre se complacía en repetir en toda circunstancia: «Nuestro Dios es un Dios celoso.» Gustaba de esta expresión, que tomaba, supongo, en un sentido anticuado. Acostumbraba a decir a los Santos de nuestra Sala, con tono amable y sonriendo: «Estoy celoso de vosotros, mis muy queridos hermanos y hermanas; estoy lleno de santos celos.» Algunos de los Santos (lo sé, porque se lo oí decir a Gracia al hablar con Miss Marks) lo interpretaban así: creían que a mi padre le molestaba que algunos de ellos fuesen a la capilla Wesleyana, los jueves por la tarde. Pero mi padre era absolutamente incapaz de tener sentimientos tan mezquinos; llamaba «celos», una solicitud elevada, una vigilancia atenta, una preocupación de la dignidad espiritual de sus hermanos. Cuando me decía que no olvidase que Dios es un Dios celoso, entendía con esto, sin



duda, que mis pecados y mis faltas no eran indiferentes al Sér divino. Pero al pensar ahora en esto, hallo extraordinario que un hombre tan instruído y tan inteligente, insistiese aún sobre la cólera supuesta del Señor más bien que sobre su piedad y su amor. Nada hace mejor resaltar la falsedad de esta singular doctrina del puritanismo extremado que esta idea de un Jehovah omnipotente seriamente ofendido y pronto a vengarse por que un niño nervioso, de nueve años, haya perturbado una oración por miedo a un insecto.

El hecho de que la palabra *carmin* fuera el fin de mis anhelos visionarios, no es tan inexplicable como puede parecer al pronto. Mi padre pintaba en aquella época numerosas acuarelas que representaban los ejemplares menores y hasta los más microscópicos de la vida; los ejecutaba a la manera de los miniaturistas, con asombrosa exactitud de formas y un brillo de colorido que cincuenta años no han podido empalidecer. El más costoso de sus colores era el carmesí vivo, que se fabrica con esencia de cochinilla. Desde hacía algún tiempo, me había hecho yo un ferviente admirador de sus obras de arte y me autorizaba a servirme de todos sus colores, excepto de uno. Me tenía expresamente prohibido tocar, ni con la punta del pincel, la única masa informe de carmín que poseía. Estábamos persuadidos, pero no sé si la cosa era posible, que el carmín de aquella calidad superior se vendía a una guinea el trozo. El carmín se convirtió para mí en el sumo del lujo, en el símbolo de todo lo que el gusto, el arte y la riqueza combinados pueden producir. Me imaginaba, por ejemplo, que en el festín de Baltasar, el más alto copete de oro rodeado de flores y de joyas llevaba el más precioso tesoro del monarca: un pedazo de carmín. No conocía en el mundo objeto de lujo más apetecible que éste, y semejante obsesión, en las horas en que estaba despierto, explica suficientemente, me parece, que la palabra *carmin* fuese el tormento de mis sueños.

El incidente del coleóptero muestra la disposición de mi padre en aquella época bajo su aspecto más enojoso. Su seve-



ridad no hacía, tal vez, honor a su buen sentido, pero podría parecer más irrazonable de lo que era, si no diese yo ninguna explicación. Mi padre hubiera quizá censurado menos severamente los actos indignos de mi elevada vocación, y mi espíritu hubiera estado al mismo tiempo menos acorazado contra sus dardos si hubiese habido entre nosotros las relaciones naturales de una familia piadosa. Hubiera sido más indulgente y hubiera, sin embargo, enajenado más fácilmente mis pensamientos si me hubiese tratado como a un niño corriente fuera todavía del cristianismo consciente. Pero se había formado de mí una idea que cultivaba con cuidado: yo era para él un alma de selección, un sér al que los misterios de la salvación se habían divinamente revelado y los había aceptado. En su imaginación, demasiado prevenida, yo era un niño en quien el Espíritu Santo había ya realizado un trabajo real y permanente. Me hallaba en el cercado mismo, había alcanzado esa posición privilegiada en que las ovejas están, como teníamos la costumbre de decir, separadas de los chivos. Otro niño podía portarse muy bien, pero si no se había conscientemente «apoderado de Cristo», sus buenas acciones eran entonces absolutamente inútiles; mientras que yo podía ser un malísimo muchacho y merecer ser a menudo castigado por Dios y por los hombres, sin que nada, según mi padre, pudiera invalidar mi elección y me impidiese ser más o menos pronto, quizá incluso después de muchos reveses, vuelto al estado de gracia.

La paradoja entre esta indiscutible santificación por la fe y mi malignidad, no menos indiscutible, preocupaba mucho a mi padre en aquel momento. Hacía de ello un frecuente tema de intercesión en los rezos de familia, y no temía revelar a nuestras criadas mis ofensas, que exponía, con melancólica sanción, ante el Señor. Estaba íntimamente convencido de que todas mis dolencias, todos mis males, todos mis dolores, me eran enviados para corregir mis defectos. Si me quemaba un dedo con un fósforo o me cogía la punta de la nariz en una puerta (para no mencionar sino dos tropiezos que acuden a mi



memoria), mi padre exclamaba solemnemente: «¡Oh! ¡que estas aficciones puedan ser santificadas para él!», antes de ofrecer un remedio a mi dolor; así es que cuando sufría cruelmente, casi hubiera deseado ser un niño impío, que no hubiese oído nunca hablar de los privilegios de la gracia redentora; decíame que tal niño no estaría sujeto a ninguna de las calamidades de que parecía estar sembrado mi camino.

No tenía, sin embargo, ninguna idea de lo que podían ser los sentimientos y la conducta de otro niño, porque, por raro que esto pueda parecer, hasta eso de los diez años, no conocí a criatura alguna de ese género. Los *santos* tenían niños, pero nunca se me había llevado a cultivar su compañía, y yo no tenía de ello el menor deseo. En los primeros meses de 1859, se me permitió, en fin, tratar a un niño de mi edad. Este permiso, por lo que me acuerdo, no me produjo el menor contento; lo acepté con filosofía, sin el apresuramiento y la satisfacción que se hubiera podido esperar que demostrase. Mi primer compañero fue un niño casi de la misma edad que yo, que se llamaba Benny (evidentemente abreviatura de Benjamín), Benny Jeffries; su madre (creo que no tenía padre) era una persona grave y seria, que poseía cierta holgura. Vivía en una casa más antigua y mucho mayor que la nuestra. Ir a jugar a casa de Benny, significaba un paseo que se me permitía ahora hacer solo, lo que me inspiró un grandísimo respeto para mí mismo.

Todo en mis recuerdos parece estar en contradicción con lo verosímil; evidentemente yo hubiera debido estar sumamente satisfecho y orgulloso de estas primeras relaciones con un muchacho de mi edad. Sin embargo, en verdad, no puedo decir que fue así. La madre de Benny poseía lo que me parecía una vasta finca con prados que rodeaban tupidos bosquecillos y un huerto en el que había antiguos árboles frutales. Lo grato de este lugar, lleno de césped y de sombra, complacía a mis sentidos, que chocaban con la fría desnudez de nuestro terreno. Había entre el jardín y la huerta una pared de ladrillos, a la que podíamos subir y desde la que teníamos una vista panorá-



mica que me embelesaba en extremo. Pero no tenía la menor idea de cómo se jugaba, por no haber oído hablar nunca de ningún juego. Creo que Benny carecía de iniciativa casi tanto como yo. Vagábamos por el jardín, sacudiendo las malezas, escalando la pared; no recuerdo que hiciéramos nunca otra cosa. Desgraciadamente, no podría repetir ninguna frase salida de los labios de Benny; no me acuerdo de ninguno de sus actos, de ninguno de sus gestos, si bien me acuerdo perfectamente del aspecto de ciertas personas mayores y hasta de las palabras que han pronunciado.

Recuerdo, por ejemplo, muy bien a Miss Wilkes, porque la estudiaba con mucha atención y un recelo impropio de mi edad. Con Miss Wilkes, se impone a nuestra observación un género de mujer que hasta entonces nos había sido completamente extraño. En nuestro Edén sin Eva, la mujer había sido siempre, si no *hírenta et hórrida*, por lo menos «de cierta edad». Pero Miss Wilkes era relativamente joven, y en su manera de presentarse veíase que tenía conciencia de sus encantos. Todo en ella era femenino e impulsivo; cada gesto hablaba de inocencia juvenil y de una vida en su primavera. Imagino que en realidad no era ya de una extrema juventud, porque era la directora responsable y considerada de un gran colegio de niñas; pero en su corazón cantaba la alegría de vivir. Miss Wilkes tenía una carita redonda con ojos húmedos, y, cuando alzaba la cabeza, sus rizos parecían balancearse y vibrar como las campanillas de una pagoda. Tenía una manera encantadora de juntar las manos y apretarlas contra su pecho diciendo: «¡Oh! ¿de veras?», con seducción infinita. Era muy seria y suspicaz, y exclamaba a veces, suplicante: «¡Oh! ¿me dice usted eso para embromarme?», con un tono que hubiera llevado a un tigre a frotarse contra sus faldas.

Al cabo de un año, pasado en el retiro más absoluto, nuestro círculo de conocimientos empezaba, a lo que parece, a extenderse, a pesar de la repugnancia que tenía mi padre a entrar en relaciones con sus vecinos. Era una ciudadela que



había que tomar a la fuerza; pero su presencia en el país excitaba tal curiosidad, que se concluyó poco a poco por intentar el asalto, a veces con cierto buen éxito. Carlos Kingsley, por su parte, no había vacilado en venir a vernos en cuanto llegamos. Veíase obligado a ir a menudo a la casa más cercana de la nuestra, y, cada vez que lo hacía, entraba a saludarnos. Demostró una persistencia extraordinaria, porque mi padre debía de ser un amigo de prueba. Recuerdo muy bien que una mañana de la semana en que mi padre examinaba, en nuestra sala, apenas amueblada, a las personas que aspiraban a tomar parte en la comunión, vinieron a anunciarle la visita del señor Kingsley; mi padre replicó con voz estentórea:

—Diga al Sr. Kingsley que estoy ocupado en examinar la Escritura con algunos de los hijos del Señor.

Minutos después, al arrodillarme junto a la ventana, mientras que mi padre rezaba una oración antes de despedir a los candidatos, observé al autor de *Hypatia*, que se paseaba nerviosamente por el jardín, muy agitado e impaciente, prefiriendo sufrir aquel feo antes que renunciar al trato de mi padre. Kingsberg, espíritu atrevido, nos llevaba a veces en lancha a Torbay; y, aunque su nariz de pico de loro y su voz de carraca me asustasen un poco, su presencia animada aportaba alguna alegría a nuestro interior tan serio.

¡Pero cómo nos molestaban los otros visitantes que imitaron a Kingsberg sin tener las mismas excusas que él! Generalmente nos encontrábamos, mi padre con su microscopio, yo delante de un libro o de un mapa, en la sala del piso bajo, que llamábamos cuarto de estudio. El silencio era tan grande alrededor nuestro, que se hubiera oído suspirar a una anémona de mar. De repente sonaba una campanilla, y mi padre, con el ceño fruncido, murmuraba en voz baja: «¿Quién será?» Luego, al oír pasos que se acercaban, huía por el terrado hasta un cobertizo del jardín, en donde se refugiaba. Si el que llegaba era solamente el cartero o el recaudador de contribuciones, iba yo en busca de mi asustado padre para volverle a casa. Pero si



realmente era una visita, y sobre todo una visitante, tenía yo el privilegio de usar del equívoco, y decía, con aire inocente: «Papá ha salido.»

En un paraíso tan bien guardado, no sé cómo logró deslizarse «aquella serpiente de Miss Wilkes», pero el hecho es que penetró en él. *Rompía el pan* con los hermanos del vecino pueblo, desde donde dirigió movimientos estratégicos que, hasta cierto punto, fueron coronados de éxito. Declaró que la ciencia del microscopio la interesaba vivamente, y deseaba que algunas de sus jóvenes alumnas pudieran también estudiarla. Llegaba en compañía de una madre insignificante y de niñas a las que yo tenía a veces que enseñar, sin ganas, nuestros ejemplares de Historia Natural. Invadían el cuarto y turbaban nuestra tranquilidad con el rumor de su charla. Todas me eran insoportables, y me sentí singularmente atraído hacia Miss Marks cuando descubrí que experimentaba respecto de ellas igual antipatía.

Cualesquiera que fuesen los ascendientes que pusiera en práctica, no se puede negar que Miss Wilkes poseía cierto ascendiente. Ahora, cuando sonaba la campanilla, estaba yo encargado de ir a ver si era ella, antes de que mi padre se refugiase en el cobertizo. Miss Wilkes era una oyente a la que nada desalentaba, y mi padre tenía el genio de la enseñanza. Ella no se cansaba de repetir que desde que nos había conocido, se habían revelado a sus ojos las maravillas de Dios en la naturaleza. Permanecía obstinadamente contemplando formas horribles en el microscopio, hasta que el anillo de plata que formaba la gota de agua estallase como un relámpago y se disipara en vapor.

—¡Ah!—exclamaba a menudo Miss Wilkes,—no puedo decir más que una cosa: ¡Qué maravillosas son Tus obras!

Esta exclamación era siempre muy bien recibida. Aprendió los nombres latinos de varias especies de anémonas, y, al pensar en ello, me parece muy raro que se turbara la pobre mu-



chacha. Estaba como pendiente de los labios de mi padre, y citaré un ejemplo que aclarará muchas cosas.

Mi padre tenía una manera extraordinaria de decir cuanto se le ocurría; declaró un día (supongo que se hablaba de modas) que para él, el blanco era el único color admisible para las medias de una dama. Las medias de Miss Wilkes habían sido hasta entonces de color violeta oscuro, pero en adelante llevaba siempre medias blancas cuando venía a visitarnos. Miss Marks se lo hizo observar a su confidente en términos que creía ser velados, y yo comprobé la observación en los tobillos de Miss Wilkes. Miss Marks añadió con aire misterioso:

—Entre nosotras, mi querida Gracia, esa Miss Wilkes es una *minx*.

Yo tenía siempre mucha curiosidad por conocer el significado de las palabras, y *minx* era completamente nueva para mí. Busqué en nuestro diccionario inglés, y encontré esta definición: *Minx* (1), hembra del minnock; una insolente cortesana.

La cosa no aclaró mis ideas.

Que Miss Wilkes fuese una *minx*, o sencillamente una maestra bien intencionada, deseosa de distraer una existencia monótona, hizonos a menudo salir de nuestras casillas. ¿Conocía mi padre el peligro que corría? Según Miss Marks y Gracia no lo veía, y en el cuarto de costura, habitación que les servía de oratorio particular en verano, se elevaron numerosas plegarias para pedir que los ojos de mi padre «se abriesen antes de que fuera demasiado tarde». Pero estoy inclinado a creer que estaban siempre abiertos, o por lo menos, entreabiertos, y que se deslizaba bajo sus párpados bastante luz para iluminar el fondo práctico de las cosas. Más adelante, cuando le recordaron a Miss Wilkes, dijo con cierta complacencia: «¡Ah, sí! Me procuró muchas distracciones durante mi viudez.» Iba él a veces al colegio, cuyo jardín, que fue un tiempo el teatro de un crimen, se hallaba pintorescamente situado sobre el borde de

---

(1) Nutria; en sentido figurado, mujer casquivana.



un acantilado. Llevábame siempre y no me soltaba en estas visitas, a pesar de la solicitud de Miss Wilkes, que temía que el cansancio y la excitación fuesen demasiado grandes para las fuerzas «del querido pequeño», y quería hacer que descansara un poco en el sofá del salón.

Por esta época empezó a discutirse la cuestión de mi educación. Y no era prematuro el asunto; Mis Marks se mostraba desde hacía ya mucho tiempo completamente insuficiente en este concepto, puesto que sus escasos conocimientos se evaporaban, supongo, como la gota de agua bajo el microscopio, a medida que se extendía el campo de sus deberes ordinarios. Los asuntos que me gustaban y sobre los que poseía libros, me los enseñaba yo mismo asiduamente; en cuanto a los otros asuntos, mucho más numerosos, no los aprendía nada. Como Aurora Leigh,

Rocé con la punta del volante  
el círculo del Universo,

particularmente la zoología, la botánica y la astronomía. No toqué la geología, ciencia que mi padre consideraba como tendenciosa para fomentar la incredulidad. Copié una gran cantidad de mapas, leí todos los libros de viajes que pude encontrar; pero no aprendí ni las matemáticas, ni las lenguas extranjeras, ni la Historia, a riesgo de quedarme groseramente ignorante en estas importantes materias.

Costaba esto a mi padre un sacrificio de tiempo; pero comprendió que debía hacer algo para llenar estas lagunas. Empezamos el latín en un librito de lecturas del siglo XVIII, que había servido a mi abuelo. Consistía en una lista de palabras y de feos cuadros de conjugaciones y declinaciones, presentados de la manera menos atractiva posible. Me instalaban en el cuarto de estudio para que me aprendiese una larga página de esta compilación, bajo el cuidado de mi padre, que escribía o pintaba. En verano, la ventana estaba abierta, y mi silla al lado. Afuera, una abeja sacudía un macizo de clemátidas, o una mariposa roja abría y cerraba sus alas en la caldeada ba-



randa del terrado, o bien un mirlo atravesaba, corriendo, el césped. Era casi más de lo que la Naturaleza humana puede soportar, el permanecer inclinado sobre aquel tedioso librito latino con sus tapas de piel de cordero, que oían a cola.

Pero me vi recompensado de este heroísmo con un placer delicioso y completamente inesperado. A fuerza de oírme repetir las letanías de nombres y verbos, mi padre sintió revivir en él el recuerdo de sus clásicos. Durante los años solitarios que pasó antaño a orillas de las cataratas, en la parte del Canadá que confina con los territorios pantanosos de las Indias del Oeste, su Virgilio fue para él un inestimable consuelo. Para las gentes de una piedad exagerada, hay algo reprehensible en la mayor parte de los escritores de la antigüedad: Horacio, Lucrecio, Terencio, Cátulo, Juvenal. En cada uno hay un lado que rechaza el lector decidido a no saber más que Cristo y Cristo crucificado. Sin embargo, se ha reconocido desde tiempo inmemorial, en la Iglesia cristiana, que esta objeción no se aplica a Virgilio. Es el más evangélico de los poetas antiguos, el que se puede disfrutar sin tener mucho que suprimir o que excusar. Una tarde, mi padre tomó el *Virgilio* de lo alto de su biblioteca, y sus pensamientos erraron muy lejos de las cosas que le rodeaban. Viajaba de nuevo en el pasado. Aquel libro (edición *ad usum Delphini*, fechado en 1798) le había seguido en todos sus viajes. La cubierta, de piel de cordero, tenía un arañazo hecho por una espina en un bosque de Alabama. Y en el crepúsculo, al cerrar el volumen, olvidado de mi presencia, empezó a murmurar y a recitar de memoria estos versos adorables:

Tityre, tu patulo recubans sub tegmine fagi (1).

Dejé mi juego y escuché, como si fuera el canto del ruiseñor, hasta este pasaje:

---

(1) Tityre, sentado al abrigo de esta amplia haya.



Tu Tityre, lentus in umbra.  
Formosam resonare doces Amaryllida silvas (1).

—¡Oh, papá! ¿Qué es eso?—no pude menos de preguntar. Tradujo los versos, me explicó su sentido, pero esto no excitó en mí sino un mediano interés. ¿Qué me importaba la hermosa Amaryllis? Ella y su enamorado Tityre no despertaban ninguna imagen en mi espíritu.

Pero se me había revelado un milagro: la incalculable, la maravillosa belleza que existe en el sonido de los versos. Mi instinto prosódico se había despertado repentinamente aquella tarde, mientras que mi padre y yo estábamos solos, sentados en el comedor, después del té, sin pensar en exhortar o en aprender. La armonía de los versos «esa brisa que juega en medio de las flores», como dice Coleridge, descendía de las rosas, como lo hubiera hecho una mariposa, y mi corazón se sintió desde aquel momento presa para siempre de su encanto mágico. Hice que mi padre, un poco asombrado de mi insistencia, repitiera los versos varias veces. Al fin, mi cerebro pudo retenerlos, y cuando andaba por el jardín de Benny, o me inclinaba a los estanques que deja la marea a orillas del mar, oía en todo mi sér resonar este verso:

«Formosam resonare doces Amaryllida silvas.»

## CAPITULO VIII

En el capítulo anterior me he detenido en recordar algunas circunstancias más bien fútiles de nuestra vida de entonces. Necesito ahora considerarla bajo un aspecto menos frívolo. Mientras que avanzaba mi décimo año, mi carácter se desarrollaba de una manera que podía inspirar a mi padre, si no alguna inquietud, por lo menos serias reflexiones. Mi inteligencia

(1) Tu Tityre, muellemente tumbado a la sombra.—Enseñar a los bosques a repetir el nombre de la bella Amaryllis.



tomaba manifiestamente cierto vuelo, y nuestros visitantes se lo hacían observar a mi padre. Crecía yo rápidamente. Hasta entonces no había sido más que un niño. En adelante, no debía ya parecer de menos años que los que tenía. A juzgar de las cosas retrospectivamente, no creo que se produjese también un súbito desarrollo de mi inteligencia. La transformación me parece haber sido más bien de orden social. Reservado, tímido y taciturno hasta entonces, gustaba de alejarme de los demás. Ahora bien; el décimo año de mi vida me trajo, como el despliegue de mi individualidad, hasta el punto de hacerme sociable y locuaz. Y de que ahora decía yo en voz alta lo que antes había pensado quedo, dedujeron probablemente los que me rodeaban, sorprendidos del cambio, que yo crecía en inteligencia. Porque, de que yo cambiase entonces, no hay duda. Pero creo que la modificación fue mucho más física que intelectual. Mi extrema fragilidad se atenuó, fragilidad por lo demás aparente, porque mi delgadez no impedía mi robustez. Dormía mejor, y, por lo tanto, mi nerviosidad era menor; comía más, lo que me dió mayor corpulencia. Sin duda, continué pareciendo todavía lo bastante grácil para que me fuese habitual oír decir delante de mí: «Este querido niño no ha de estar mucho tiempo en la tierra»; pero esta delizadeza de aspecto no era sino la continuidad de un hábito grato a mi organismo, era una diafaneidad que dejaba transparentar, no lo que el porvenir me reservaba, sino más bien lo que el pasado me había obligado a sufrir.

El crecimiento de la actividad de mi sistema cerebral se afirmaba por la imitación directa, lo que creo que es una feliz manifestación de la salud del espíritu. La savia de lo que se llama «originalidad» se lleva en nuestros días a tal exceso, que no se augura bien del porvenir de un niño que no se ensaya en cosas absurdas e insólitas. Desde sus primeros pasos, repítese a la ambiciosa personilla, que las únicas recetas con las que se llega al genio, son abrirse un camino cuya aventura no haya intentado nadie todavía, realizar con facilidad lo que los



otros se hallan en la imposibilidad de hacer: crear nuevas formas de pensamiento y de expresión; de suerte que al tratar de librarse de todo parecido con sus predecesores, el individuo cae en seguida en la excentricidad y la fatuidad. Y he aquí lo que se continúa llamando originalidad. Aunque ésta sea la opinión corriente, tengo por cierto que la actividad normal de un espíritu infantil no es el esfuerzo hacia prodigios inauditos, sino la imitación fiel y atenta de lo que se dice y lo que se hace a su alrededor. El hijo de un gran escultor jugará en el taller paterno, y armado de un clavo, intentará esculpir una cabeza en un fragmento de mármol, de lo que no habrá que deducir que el niño será también escultor. Un político verá a su hijo celebrar sesión con una fila de sillas vacías, y pronunciar discursos a un senado imaginario. En cuanto a mí, hijo de un hombre que miraba por un microscopio y que reproducía en seguida pintando lo que veía, no deseaba otra cosa que observar por mí mismo y pintar después mis observaciones. Esto, ¡ay!, no quería decir que estuviese dotado para llegar a ser nunca un miniaturista o un sabio, sino sencillamente que mi inteligencia de niño manifestaba su actividad tratando de moldearse sobre la energía más próxima a la suya.

En el dominio profano, esta voluntad de imitación se afirmaba con la elaboración de pequeñas monografías sobre los representantes de la fauna marina. Ordenaba mi trabajo, lo dividía, lo disponía, siguiendo en esto, en cuanto me era posible, los modelos que me proporcionaban las noticias compuestas por mi padre para su *Actinología Britannica*. Copiaba en seguida lo que había escrito, en hojas de papel de un tamaño igual al del libro que contenía la obra paterna; después ilustraba mi obra con acuarelas, en las que creía rivalizar con las precisas y exquisitas ilustraciones de las que era autor mi padre. Existen todavía uno o dos de estos groseros manchones, y cuando me pongo hoy a considerarlos, no es la mayor o menor habilidad del joven artista lo que me choca, sino más bien la perseverancia y la paciencia que revelan, la evidente



tenacidad de un trabajo minucioso. Mi padre era completamente ajeno a la elección de mis manchas, porque, a decir verdad, no me aprobaba nada. También él se había contaminado con la herejía de la «originalidad». Así es que me animaba, no a imitarle, sino a salir al jardín o llegarme hasta la orilla, para descubrir el nuevo objeto de una nueva descripción. Esto me era absolutamente imposible: yo no poseía ninguna iniciativa. Hoy comprendo muy bien por qué mi padre, a pesar de demostrarme indulgencia y bondad, me desviaba de tales trabajos. Exigían un gasto de tiempo considerable, y ciertamente, tenía razón mi padre para creer que era un gasto estéril. Además, eran la parodia más bien que la imitación de su obra, porque imaginaba yo nuevas especies ornadas de manchas de zafiro con tentáculos carmesíes y anillos de ámbar, bastante parecidos, a pesar de todo, a especies reales para ser desconcertantes. Acababa él de ordenar concienzudamente los rebaños del Océano, y cuando caía sobre mis fantásticas variedades, no me choca que se quedara perplejo. A no haber sido por mi inocencia y la seriedad de mi carácter, hubiera podido creer que me burlaba de él.

Estos laboriosos ejercicios que, sin razón ciertamente, se calificarían de excursiones al dominio de la ciencia, me ocupaban una gran parte del tiempo. Detrás de la casa había un cuartito en donde se amontonaban baúles vacíos y objetos que no se usaban. Había allí una mesa. Llevé un taburete, y de aquel triste lugar hice mi gabinete de trabajo. Solo, y sin el menor ruido, pasaba yo allí diariamente tantas horas, que la curiosidad, si no la desconfianza de mi padre, le impulsaba a veces a entrar a ver lo que hacía. Siempre me encontraba inclinado sobre la mesa, con mi pluma en la mano, a menos de no estar ocupado con mi caja de pintura y un vaso lleno de agua turbia—absorto en mi trabajo como un estudiante chino encerrado en su celda de examen.

Hubiera podido creerse que se trataba de alguna apuesta, si alguno de los miembros de nuestra piadosa casita hubiese



podido imaginar nunca tan culpable acción. Procedía a mi trabajo con lentitud y esfuerzo. A fin de contener los caprichos de mi letra, me veía obligado, no solamente a regletear mis páginas, sino también a imaginarlas. El asunto no se prestaba a los desarrollos, por lo que me veía constantemente precisado a tomar literalmente frases de las publicaciones de mi padre. Hoy, me parece singular, que desalentado por todos los que me rodeaban, intimidado por el laborioso esfuerzo necesario para llevar a bien el proyecto que había concebido, perseverara, no obstante, en una tarea tan rara como fastidiosa, que hasta se convirtió en pasión tan absorbente, que llegué a descuidar todo otro estudio y todo otro recreo.

La primavera se encaminaba hacia el verano, y mi padre subía ahora frecuentemente a mi retiro para echarme a tomar el sol. Pero no tardaba yo en volver subrepticamente a mi idea fija. Mi padre estaba muy contrariado, y Miss Marks, que no veía en todo esto sino pura pereza, me reñía con vehemencia. Hasta hubiera tenido ella una verdadera satisfacción en hacer pedacitos escritos y pinturas para dedicarme a alguna tarea útil. Con su vigorosa confianza en la naturaleza individual, mi padre no podía compartir aquella manera de ver. Mi rara manía le interesaba, y no podía resolverse a condenarla en absoluto. Parecíale lastimosa, sin embargo. Así, pues, juzgo hoy evidente que esto fue la causa de la revolución que trastornó nuestra política doméstica, puesto que condujo a mi padre a animarme a que buscara compañeros, cosa que hasta entonces había desaprobado. Comprendió que yo no podía pasar-me todo el tiempo en un cuartucho mal aireado, ocupado en redactar solemnes y ridículas comunicaciones, imitadas de aquellas cuya lectura había oído la «Linnoan Society». Después, la torpeza de mis pinturas le contristaba. No mostraba yo, en efecto, ninguna disposición nativa. Mi padre quiso entonces enseñarme los principios de su arte de la miniatura aplicada a la Historia natural. Vime obligado, con profunda humillación, a dejar mis grotescas monografías para trabajar



a la vista de mi padre, y pintar, con arreglo a una de sus obras, un suntuoso pájaro de los trópicos en pleno vuelo. Secundado por mi hábito de imitación, concluí, a la larga, por hacer un trabajo que se hubiera podido mirar como promesa de algo, si no fuese obra, pincelada por pincelada, tinte por tinte, de la voluntad de un maestro obrero.

Todo esto comporta cierto absurdo, y, sin embargo, creo poder desprender su valor. Es un error ciertamente el buscar, en un porvenir inmediato, los resultados de tal o cual educación. Lo que se trata de hacer que penetre en el espíritu en la época de la primera infancia, es a menudo la parte de educación que más débilmente concurre a la formación del carácter, y cuya importancia es, por lo tanto, la menos duradera. Mis trabajos no lograron transformarme en zoólogo, y la multitud de mis dibujos y descripciones no me ha impedido ignorar lamentablemente la anatomía de una anémona de mar. Sin embargo, no podría considerar como inútil la disciplina mental. A ella le debo haber aprendido a concentrar mi atención, a precisar las diferencias, a definir, a ver exactamente y a dar a las cosas sus nombres precisos. Además, adquirí la costumbre de terminar todo trabajo empezado, cualquiera que fuese, sin moderar mi impulso, al mismo tiempo que decreciese el interés o lo pintoresco de mi tarea, yendo, por el contrario, desde el principio hacia un fin definido, claramente percibido. Creo que cualesquiera que sean los dominios que se hayan abierto, en lo sucesivo, a la actividad de mi inteligencia, me ha sido precioso haber disciplinado así mi espíritu. Lo que no me impide reconocer que el método que empleaba a los diez años para obtener este resultado era más bien raro.

Mi estado espiritual era entonces, para mi padre, motivo de vivas preocupaciones. Encerrado en su conciencia, de la que habían condenado la mayor parte de las entradas, a fin de vedar el acceso al mundo, a los placeres y a sus energías, continuaba sus investigaciones científicas sin tener que habérselas con el pecado. Jamás la tarea a la que se había consagrado al



coleccionar las muestras de la fauna marina que recogía en los charcos de agua dejados por el mar en la marea baja, y al escribir luego sobre ellas monografías que comunicaba en seguida al gran público científico, jamás esta tarea le pareció incompatible con su vocación religiosa. Esto era una suerte, porque su conciencia era tan delicada, y de una delicadeza tan morbosa, que si se le hubiera ocurrido alguna vez semejante idea, seguramente habría abandonado sus investigaciones, y se hubiera quedado sin empleo en actividad. Pero, por fortuna, legitimaba sus trabajos, viendo en ellos la glorificación de la obra divina. En la introducción de su *Actinologia Britannica*, que escribió por esa época de mi vida, la frase con la que confiaba al mundo el resultado de su labor, no tiene, a lo que creo, igual en ningún tratado de biología, de erudición tan especial y de información tan precisa. Si publica su libro, es—declara él—«como un nuevo homenaje humildemente consagrado a la gloria de Dios, Uno y Trino, maravilloso en sus designos y admirable al realizarlos». La investigación científica, conducida con toda sinceridad desde este punto de vista particular, se convertía en un esfuerzo cotidiano para hallar e interpretar las afirmaciones del *Credo* dominical.

Mis facultades, de las que he dicho su vuelo, se habían lanzado, no solamente hacia los objetos profanos, sino también hacia los religiosos. Aquí también, cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que era impulsado por el espíritu de imitación. Me abría al ardiente fervor paternal de tal suerte, que mi padre se mostraba satisfecho. No se le había escapado mi esfuerzo para tomar más ampliamente posesión de la vida. Observaba cómo las diversas actividades de mi sér se dispersaban en todas direcciones, y su principal preocupación fue mantenerme en estado de gracia. En mis primeros años, mi carácter se había defendido de sus ideas, en ciertos puntos, con una resistencia pasiva. Lo que no había yo cuidado de acoger, lo dejaba resbalar sobre mi espíritu con ese curioso procedimiento de que usan todos los niños cuando no quieren recibir una impresión,



para lo que aumentan, por decirlo así, el espesor y la densidad de su espíritu, y de este modo alcanzan con su estupidez la victoria que no les hubiera podido dar la insuficiencia de su argumentación. Creo que esta táctica fue a menudo la mía, y que mi padre tropezó frecuentemente con el muro de mi obstinación, aunque, en otros asuntos, mi naturaleza estuviese abierta y fuese dócil a su influencia; pero, en el transcurso de mi décimo año, triunfaba la facultad de imitación, y nada me parecía tan atractivo como el camino en el que cada uno de los que me rodeaban esperaba encontrarme. Luego, si alguna duda subsistía, no podía ser respecto a mi consagración, sino más bien la posibilidad de mirar como natural el alto grado de receptividad y de aptitud de que yo estaba dotado, a pesar de mi extrema juventud.

Ante esta coyuntura, mi padre creyó que debía intentar un formidable esfuerzo. Quería asegurarse de mí completamente, definitivamente, antes del alba de la pubertad, antes de que mi alma se hubiera dejado enlazar por el amor de los bienes carnales. Creía que si lograba colocarme en el mismo plano que los «Santos», e identificarme, por decirlo así, con ellos, me aseguraría una existencia vívida, de conformidad con la de ellos también. Equipado así por adelantado con todas las armas de una vida santificada, podría desafiar con toda seguridad el asalto de las fuerzas paganas de la adolescencia. En suma, quería que la comunidad de los Hermanos me recibiera en su seno en calidad de adulto. Muchos obstáculos se alzaban en el camino, y los Antiguos de nuestra capilla se lo hicieron observar con mayor o menor audacia. No se dejó detener por nada. Lo que eran esas dificultades, lo que fueron los argumentos a que él apeló para vencerlas, he aquí lo que necesito decir, pues en torno de lo que suceda ahora se organizarán para lo futuro nuestras mutuas relaciones de padre y de hijo.

En sus conversaciones con los campesinos de la vecindad, entre los que hacía una activa propaganda, mi padre insistía siempre sobre la necesidad de la conversión. Necesitábase un



nacimiento nuevo, la formación de un nuevo sér, una nueva creación de Dios. Quería él que esta crisis se manifestase por la elevación súbita y definitiva del sér interior. Una piedad activa y prolongada, una contrición profunda y verdadera formaban, sin duda, como el prólogo natural y conveniente de la conversión, pero no eran la Conversión. Muchos se detenían en el umbral de la regeneración, a menudo durante muchísimo tiempo. Mi padre los apremiaba ardorosamente para que dieran el paso definitivo; los Antiguos los gratificaban con explicaciones, exhortaciones y oraciones. Tales almas estaban en estado gracioso, pero no en estado de gracia. Si la muerte los hería súbitamente, forzoso les sería marchar en estado de no conversión, y todo lo que se podía decir en su favor reducíase a expresar la vaga esperanza de que se beneficiarían de gracias que Dios no había estipulado cuando promulgó su alianza con su pueblo.

Pero, en cierto día, en una hora, en un minuto particulares, si les estuviera concedido vivir, podía serles revelado el camino de la salvación tan manifiestamente accesible, que esas almas se sentían en condiciones de entrar por él instantáneamente. Sólo que era un privilegio que había que tomar conscientemente, así como se toma un dón de la mano que os lo ofrece. Este acto constituía el acto mismo de la conversión, y por haber así acogido la divina gracia, era en adelante un hijo de Dios el que, un minuto antes, veíase todavía el hijo de la cólera divina. Lo que había que reemplazar era el fundamento mismo sobre el que descansa la naturaleza humana, y esta situación se operaba repentinamente de una manera visible y manifiesta en la mayoría de los casos.

Aquí, en efecto, mi padre admitía que hubiese posibles excepciones. La letra de la ley era: «Si un hombre no tiene el espíritu de Cristo, no es de sus discípulos.» Ahora bien; por regla general, nadie podía poseer ese espíritu de Cristo sin hacer consciente y entero abandono de su alma, y, por grande que hubiera sido el cuidado con que se hubiere preparado, cuales-



quiera que hubiesen sido las lágrimas y los remordimientos por que hubiera pasado, tal abandono no se había efectuado, no podía efectuarse sino en un momento dado. En un sentido esotérico y casi simbólico, la fe era una necesidad de orden interior, un estado del corazón, y nunca podía ser la consecuencia del razonamiento. Mi padre, en esto, no se separaba en ningún punto de la estricta doctrina ortodoxa de las iglesias protestantes, y mantenía las exigencias de éstas a su manera, con particular severidad. Este estado de corazón, esta aceptación voluntaria suponían evidentemente una conciencia entera y una inteligencia precisa de los valores, según los que se jerarquizan las contingencias de la vida. Una persona de humilde cultura podía, sin duda, llegar fácilmente a esta clara visión; pero todavía era indispensable que estuviese verdaderamente en posesión de un pensamiento independiente; en otros términos, que fuese más o menos un adulto. ¿No es preciso que el hombre y la mujer que desean beneficiarse de los privilegios de la conversión sean capaces de comprender y percibir el fin al que tiende su educación religiosa?

Difícilmente se imaginaria el trabajo que se tomaba a menudo mi padre para llegar a decidir si podía admitir a la comunión candidatos inhábiles para expresarse. Un inofensivo y humilde proletario acababa de rogarle que le permitiese «romper el pan»; únicamente haciéndole preguntas que sugerían con fuerza las respuestas esperadas, era posible llevarle a que confesase su fe en Cristo. Recuerdo que un día, mi padre, al final de una larga conversación, a puerta cerrada, con un obrero agrícola, ya de edad, salió al fin de su gabinete con aspecto de extremo cansancio, y como le interrogáramos, contestó encogiéndose de hombros: «He tenido que meterle, por decirlo así, en la boca el nombre, la sangre, la obra de Jesucristo. Preciso es reconocer que por fin me ha dado su asentimiento y muy cordialmente... Pero confieso que me desalentó cruelmente su pobre inteligencia.»

Había o podía haber convertidos de otra especie. Eran los



creyentes a los que un impulso precoz, el aislamiento del mundo y la solicitud de los padres piadosos, habían familiarizado tan pronto con la idea de aceptar el dón de Cristo, que su conversión se había realizado en una edad extraordinariamente precoz, cuando nadie podía advertirlo y nada tampoco lo había indicado. Hubiera sido vano, en caso semejante, esperar la repetición del fenómeno. El fuego celeste no baja dos veces. El carbón ardiente toca una vez los labios y una vez solamente. Desde este punto, si los espíritus elegidos tan temprano debieran ser excluidos de la comunión, porque los signos del nuevo nacimiento no se manifiestan con ellos a la edad de la razón, forzoso les sería continuar su camino en el frío de fuera. Así, pues, cuando no es posible dudar de que están en posesión de la salvación, hacerles esperar es inútil y peor todavía. Aunque no se haya registrado y la memoria no lo recuerde, el hecho de la conversión debe aceptarse como probado hasta la evidencia por la confesión de fe. En seguida, pues, de que la inteligencia esté manifiestamente desarrollada, el convertido no solamente puede, sino que debe ser admitido a comulgar, aunque su organismo físico no haya alcanzado todo su desarrollo, hasta cuando por sus años fuera todavía un niño. Tal era mi caso, por lo menos así lo creía mi padre, y en esta categoría de seres excepcionales, se le había puesto en la cabeza asegurarme un puesto.

EDMUNDO GOSSE

*(Continuará.)*





# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO: LITERATURA: La moral de Homero.—COSTUMBRES: Los clubs excéntricos de Londres.—MÚSICA: Dos campañas de Berlioz.—TANATOLOGÍA: Muerte y resurrección.—BELLAS ARTES: Educación musical de las jóvenes.—IMPRESIONES Y NOTAS: Derechos de autor.—La regencia de la emperatriz Eugenia.—Lamartiniana.—La vida de Guillermo II.

## LITERATURA

LA MORAL DE HOMERO.—Al acabar de leer a Homero, Emilio Faguet ha sentido, naturalmente, deseo de tratar imparcialmente la cuestión de la moral que se desprende de la *Iliada* y la *Odisea*. Desde Horacio ha sido tenido Homero por el mayor moralista del mundo, y todavía San Basilio estimaba que la poesía en Homero es un perpetuo elogio de la virtud. Para los críticos del siglo xvii los poemas homéricos son poemas de tesis: la *Iliada*, para probar que no hay que dividirse ante el enemigo, y la *Odisea* para demostrar que hay que amar a su país.

Lo que hay de interesante en Homero, aparte de su genio de poeta, es que pinta un mundo en que la moral no existe, o, por lo menos, un mundo que está en el minimum de la moral; en los poemas homéricos hay algunos átomos de moral, átomos en germen; pero la impresión general es la de hallarnos en presencia de un pintor muy exacto, muy preciso, de pueblos que



no tienen moral ninguna. Es indudable que la lectura de la *Iliada* deja en el espíritu del lector la idea de que no hay que dividirse ante el enemigo, y la lectura de la *Odisea* la de que *hay personas* que quieren bien a su patria, prefiriéndola a todo, y que sufren mil penalidades por encontrarla; he ahí las dos impresiones generales, y los críticos del siglo xvii no andaban descaminados. En lo que se equivocaban es en creer que los dos poemas estuvieran escritos con ese propósito.

Y en eso se detiene la moral homérica. ¿Qué más puntos de moral universal hallamos en la *Iliada* y la *Odisea*? Sobre la propiedad filial, muy poca cosa: Príamo, suplicando a Aquiles, le conmueve recordándole a su padre; Telémaco se duele de la suerte que puede correr su padre ausente, y siguiendo los consejos de Minerva, sale en su busca, y eso es todo.

Sobre el asesinato hay, naturalmente, muchos informes en los poemas homéricos. En las costumbres homéricas, el asesinato se paga con una multa, y el asesino se pasea tranquilamente, mientras la familia de la víctima reprime su cólera cuando ha sido bien pagada (*Il.* IX). A veces, en el ágora se disputa sobre el rescate de una muerte (XVIII); otras, el asesino huye perseguido por la execración pública, sin que por eso sea mal acogido en otra parte; así Patroclo, jugando con el hijo de Anfidamas, lo mató; Menetías lo condujo a Yolcos, a casa de Peleo, que lo educó con su hijo; Teochimenes se presenta a Telémaco, rogándole se digne acogerle en su navío por haber muerto a un ciudadano, y Telémaco lo acoge sin dificultad; como se ve, las costumbres homéricas no pueden ser más suaves para el asesino, aunque la *vendetta* es glorificada hasta por los dioses, pues la misma Minerva habla a Telémaco de la gloria adquirida por Orestes al vengar el asesinato de su padre.

El robo no parece execrado; lo maldicen las víctimas, como es natural, pero no es censurado como cosa vergonzosa. «Todos los hombres poderosos que gobiernan las islas de Duliquios, de Samos, de Zacinto, y los que dominan en la áspera Itaca—dice Telémaco a Palas,—son pretendientes de mi madre



y arruinan mi casa, devorando y consumiendo mis bienes.» A lo que Palas se limita a responder: «¡Cómo Ulises haría sentir su brazo a esos pretendientes temerarios si apareciera en este instante!»

El adulterio entre los hombres y entre los dioses se paga con dinero. Cuando Efaistos convoca a los dioses para que vayan a ver a Ares y Afrodita bajo la red con que los ha envuelto, los dioses (las diosas se habían quedado en su casa por pudor) se ríen a carcajadas del divertido espectáculo, pero no se olvidan de decir que Efaistos recibirá la multa que le corresponde por el adulterio de su mujer.

El falso juramento es cosa grave. Así el Atrida invoca a los dioses de este modo: «Poderoso Zeus, gloriosísimo Sol..., Ríos, Tierra, y vosotras, las que en el fondo de los infiernos castigáis después de su muerte a los hombres capaces de falsos juramentos» (*Il.* III). «Tomo por testigo a Zeus, al Sol, y a las Ciencias que bajo la tierra hacen expiar a los hombres los falsos juramentos.» Asimismo, los embusteros son agriamente vituperados. «Aborrezco—dice Aquiles—tanto como las puertas del infierno al que oculta su pensamiento en su alma y habla de modo distinto que piensa.»

La hospitalidad es muy recomendada, como se sabe, y la inhospitalidad es un gran desafuero; los dioses mismos dan ejemplo de virtudes hospitalarias. Cuando Ulises acaba de librarse de las olas del mar, se encuentra en la desembocadura de un gran río, y lo invoca así: «Río, el hombre errante es respetado por los inmortales, y un hombre errante es el que entra en tus ondas... Y el dios súbitamente suspende su curso, apacigua sus aguas, da al héroe un agua pacífica y lo deposita sobre la arena» (*Od.* V.) Nausicaa acoge graciosamente a Ulises: «Tú no carecerás de nada de lo que conviene a un suplicante desgraciado.» (*Od.* VI.) Eumeo dice a Ulises, a quien no reconoce: «Los huéspedes y los mendigos nos son enviados por Zeus.» Y es que el vagabundo puede ser un dios, y hay que honrarlo: «Es vergonzoso golpear a un desgraciado vagabun-



do. ¡Insensato! Acaso sea uno de los habitantes del cielo; los dioses bajo mil aspectos diversos recorren las ciudades de los hombres» (*Od.* XVII). El derecho de gentes se reduce a la fidelidad a los juramentos. Menelao y Paris van a luchar en combate singular; Agamemnon dice bajo juramento, invocando a los dioses: «Si Paris mata a Menelao, que se quede con Elena; si Menelao mata a Paris, que los troyanos devuelvan a Elena; pero si, habiendo matado Menelao a Paris, los troyanos no devuelven a Elena, me quedaré aquí hasta que haya alcanzado el fin de la guerra.» Para el traidor y hasta para sus hijos, no hay perdón, ni siquiera se puede tratar con ellos; así, cuando Lisandro e Hipoloquio, a merced de Agamemnon, le suplican que acepte un inmenso rescate, el jefe griego les contesta: «Puesto que sois los hijos de Antímaco, que en otro tiempo, en la asamblea de los troyanos, a la que Menelao y el divino Ulises habían ido como parlamentarios, aconsejó matarlos, vais a expiar el crimen de vuestro padre.»

Los deberes para con la mujer son muy vagos: «El hombre bueno y prudente ama a su mujer y se cuida de ella», dice Aquiles a Ulises (*Il.* IX). Pero la poligamia existe evidentemente; los reyes llevan las cautivas de guerra a su casa, y declaran en plena asamblea que las harán compartir su lecho. Es curiosa la escena en que el mismo Ulises tan *uxorius*, hace perecer a las criadas que han tratado con los pretendientes de Penélope: «Mientras el héroe, meditando en su alma la muerte de los pretendientes, está acostado sin sueño, las mujeres que desde hace tiempo se abandonan al amor de aquellos jóvenes audaces, salen del palacio excitándose entre sí a las risas y a la alegría. El alma de Ulises está vivamente emocionada; no sabe si matarlas lanzándose sobre ellas, o si dejarlas por última vez unirse con sus amantes; su corazón murmura en el fondo de su pecho sublevado ante aquellos intolerables ultrajes; en fin, se golpea el pecho y reprende a su corazón con estas palabras:—¡Ten paciencia todavía, oh corazón mío! ¿No has soportado males más crueles el día en que el Cíclope devoró a mis generosos



compañeros? Y se revuelve en todos sentidos como si estuviese sobre un ardiente brasero. Y al día siguiente Telémaco hace colgar como tordos a las doce culpables, cada una con el cuello cogido en un lazo de un gran cable tendido entre una columna y el torreón. Es evidente, como dice Faguet, que estas cautivas se debían a Ulises, eran su propiedad como mujeres de harem, y usare o no de ellas, estuviera presente o ausente, faltaban a su deber viviendo como mujeres libres.

Los deberes para con los esclavos son también vagos. Parece que la *costumbre* consistía en exigirles mucho durante su vida activa y tratarlos bien en su vejez cuando se estaba satisfecho de ellos. Así, el viejo Eumeo dice a Ulises: «Los dioses impiden la vuelta del que me amaba; él me hubiera dado dinero, una casa, una parte en sus campos y una mujer atractiva, como hace un amo benéfico cuando su servidor ha sufrido duras fatigas.»

Y he ahí completa, según Faguet, la moral de Homero; en el fondo se reduce al amor a la patria, la fidelidad al juramento, alguna compasión por los desgraciados y el deber de la hospitalidad juntamente con el temor de los dioses. Es una moral rudimentaria de clase salvaje; su sanción es el Ades, la pradera de Asfodelos. Ahora bien; en el Ades, sólo un hombre, el divino Tiresias, es recompensado. «Es el único a quien Proserpina, aunque muerto, haya conservado el saber y el pensamiento; los demás son sombras que revolotean. En el Ades hay un infierno con algunos castigados juzgados por Minos, como Sitio con dos buitres que le roen las entrañas, Tántalo muriendo de sed y Sísifo en lucha eterna con su roca; todos ellos han ultrajado a los dioses.

Y ¿qué es lo que mandan los dioses? y ¿cómo se les desagrada? Problema difícil de resolver. Los dioses quieren, en general, que los hombres sean virtuosos, pero ellos son una colección de colgajos de horca; son egoístas sin conciencia ni escrúpulos. Zeus, con amable complacencia, hace la corte a su mujer de un modo singular: «Jamás, le dice, diosa ni in-



mortal ninguna me inspiró tantos deseos como tú, ni la esposa de Ixción, que parió a Piritous; ni Danae, madre de Perseo; ni la hija del glorioso Fénix, que dió a luz a Minos y a Radamanto; ni Alcmena, madre de Hércules; ni Semele, madre de Dionisio; no, ni la rubia Ceres, ni Latona, ni tú misma, me habéis inspirado nunca el amor que siento hoy por ti.»

El asesinato no parece serles odioso. Dan a los hombres consejos dudosos, como el de Ttelis recomendando a su hijo Aquiles que no consuma su alma sin acordarse de la mesa y de la cama. Les gusta mucho que se les honre, se les suplique y, sobre todo, se les ofrezcan sacrificios. Son, sobre todo, extremadamente vengativos, y, en resumen, son unos bandidos de pasiones desencadenadas y llenos de sentimientos crueles. Los griegos representan a los dioses como a padres y madres para con sus hijos; los padres y madres son violentos, apasionados, viciosos, pero quieren que sus hijos sean buenos y los respeten.

Ahora bien; ¿qué quiere decir esto? Que los hombres han vivido largo tiempo en absoluta inmoralidad y en los tiempos de Homero empiezan a sentir los primeros toques de la moral. El tiempo pintado por la *Iliada* y la *Odisea* es el de la humanidad adolescente, el de la moral naciente.

### COSTUMBRES

LOS CLUBS EXCÉNTRICOS DE LONDRES.—En el siglo XVIII, dice Margarita Coleman en *La Revue*, no existían en Londres menos de 2.000 cafés o tabernas, cada una con su clientela especial. Así, los abogados se reunían en el Grecian, los teólogos frecuentaban Childs o el capítulo en el antiguo cementerio de San Pablo; Saint James y Smirna estaban reservados a los políticos, y los franceses se reunían en Saint Gilles, mientras que los actores se congregaban en la famosa taberna de La Harpe, cerca del teatro Droury Lane. De estas reuniones salieron los clubs.

El club más antiguo fue el de la Mermaid o Círculo de la Sirena, fundado por Raleigh; allí se reunían los hombres más



eminentes de la época, Shakespeare, Chapman, Fletcher y Ben Johnson. Este último fundó después el Apolo, cuyas reuniones, muy movidas, se verificaban en la taberna del Diablo junto al Templo. Había también la Casa de las Costilletas, famosa en tiempo de la reina Ana, y el Club del Gallo, admirado por su hall de madera esculpida e inmortalizado por Tennyson en uno de sus poemas. Otro club muy notable, y del que se tienen más amplias noticias, era el *Old Chêster Cheese*, frecuentado también por Shakespeare, Goldsmith y el doctor Johnson, fundador de nuestros círculos.

El primer Coffee House, es decir, el primer establecimiento en que se vendió café públicamente en Inglaterra fue el «Pasqua Rosés Ynn»; más tarde, el «George and Vulture», cuya casa subsiste todavía en la calle Lombard, fue el punto de cita de Addison, Steele, Daniel de Fœe y Swift. El segundo café fue el «Arco Iris», y el «Garraway's House» fue el primero en que se vendió el té, de 16 a 50 chelines la libra.

Los más curiosos clubs de Londres son citados por Addison en su *Spectator*; tales son el Club de los Silenciosos, que se reunían exclusivamente para comer y beber; el Club de los feos, que eligió a Mirabeau por unanimidad, y del que formaba parte Pope; el de las bellas figuras, que se dibujaban un hoyito en las mejillas, y cuya divisa era «La corbata es el hombre»; el de los hombres gordos por oposición al de los hombres flacos; el de los enanos, fundado el 31 de Diciembre a media noche, es decir, en la última hora del día más corto del año; el *Falf's Head*, o Círculo de la Cabeza de Ternera, al que pertenecían los partidarios de la revolución, que llevaban un hacha en el ojal y un pequeño tajo de dije; el 31 de Diciembre se reunían en un banquete monstruo, en el que el champagne corría a oleadas, y en el que nunca faltaba la tradicional cabeza de ternera, que uno de los asistentes levantaba del plato, recordando el gesto macabro del verdugo después de cortar la cabeza a Carlos I.

El club de los Bold Buchs, o de los Maestros Atrevidos,



tenía por divisa «El amor es ciego»; un día vieron a una vieja que pasaba tranquilamente por la calle, se arrojaron sobre ella y la metieron en un tonel que echaron a rodar a lo largo de Ludgate Hill; fue su última hazaña, pues una Real orden de 1872 la suprimió. Otro club que también asustaba a los ciudadanos pacíficos, era el de los «Fuegos del Infierno», que se divertía en ridiculizar las cosas religiosas. El club de los mentirosos practicaba el embuste en todas sus formas, y sus miembros llevaban una pulsera que decía: «La mentira lleva a todo.» Los *Humbugs* o charlatanes no valían más.

Lo selecto de la sociedad frecuentaba el aristocrático club «Yo no sé qué», que celebraba sus sesiones en el bar de La Estrella y de La Liga, y al que pertenecían el príncipe de Gales y los duques de York, de Bedford y de Orleáns. En la «Reina de las Alcachofas» se reunía el grupo de «Sin dinero no hay licor». La ceremonia de entrada en este círculo consistía en pagar un chelín y llevar durante toda la noche un sombrero negro en forma de copa, y beber en seguida a la salud de sus colegas en un cubilete de plata, improvisando una canción sobre el tema de «Sin dinero no hay licor».

En el club del Toisón de Oro, cada miembro tenía que adoptar un mote más o menos sugestivo; así se hallaban entre los socios Sir Jacques Veturbio, Sir Timoteo Cabezahendida, Sir Rombus Buenpico, Sir Gregorio Gruñón y su primo Sir Rimmy Pagapoco.

El «Rey de los Clubs» fue fundado en 1601 por Boto Smith. El club del Papel Mojado comprendía un número de individuos tan deseosos de conocer las noticias del día, que se apoderaban del periódico todavía húmedo, y metidos en un rincón saboreaban su prosa. El más curioso de todos los clubs excéntricos fue la «Sublime Sociedad del Real Bistek», compuesta al principio de 24 miembros y ampliada después; el uniforme de los socios consistía en un vestido azul, adornado con botones de cobre con la divisa social «Carne y libertad»; el derecho de entrada era de 26 libras y 5 chelines.



La ceremonia de iniciación vale la pena de ser relatada: después de comer se rogaba al aspirante que se retirase a una pieza contigua, donde le servían bebidas variadas; luego, después de haberle puesto una venda en los ojos, lo llevaban de nuevo al comedor; el obispo, con su mitra en la cabeza, llevando el libro de oro de los estatutos de la Sociedad, se colocaba a su derecha y un socio, con espada desenvainada a su izquierda. Luego venían los alabarderos, vestidos del modo más grotesco con los despojos del Cowen Garden; se leían con toda solemnidad los estatutos de la Sociedad, recitándose en alta voz la frase de Horacio, grabada sobre la chimenea:

*Ne fides inter annos  
Sit qui dicta foras eliminat.*

En seguida el obispo pronunciaba la fórmula del juramento repetida por el aspirante:

#### JURAMENTO

Estaréis presente, regularmente.  
Votaréis con imparcialidad.  
Conforme a nuestras leyes y a nuestras órdenes  
Nos ayudaréis a mantener nuestra dignidad,  
A aumentar nuestro bienestar.  
Os conduciréis en todo tiempo  
Como miembro digno de la Sublime Sociedad.  
¡Que la vaca y la libertad sean vuestra recompensa!

Acabada esta última frase, el cocinero, sargento para el caso, se adelantaba con viveza, se apoderaba del libro que reemplazaba por un hueso de buey, besado devotamente por el aspirante; inmediatamente se le quitaba la venda y los cofrades felicitaban al novicio poniéndole la pulsera con la divisa «Carne y libertad». El comedor era curioso; el techo entero estaba cubierto por una enorme parrilla; a la hora de las comidas se abrían enormes puertas que daban a las cocinas, y todos



los miembros, sentados enfrente, podían ver los trozos de carne asándose.

El *Soaping Club* tenía por divisa «Cada hombre se jabonará su propia barba». Había sido fundado por el peluquero Taylor, y cada miembro disponía de un sillón en que estaba grabada esta frase del doctor Johnson: «El sillón de un club agradable y hospitalario me parece el trono de la felicidad humana.»

Otro pequeño club poco conocido florecía en Londres a principios del siglo XIX: el Club del Agujero en la Pared, punto de cita de hombres ingeniosos como el poeta Fraula y el reverendo Agias Lindley, cuyas distracciones son legendarias. El fue quien leyendo un sermón, saltó por distracción cinco o seis páginas, pero continuó sin alterarse, diciendo a modo de explicación: «Parece que he omitido una parte considerable de mi alocución, cosa que, después de todo, no tiene ninguna importancia»; él fue también quien, yendo un domingo a la iglesia, montado en un elegante «pur sang», fue detenido por una desconocida:—Señor—le dijo aquella dama,—vuestro caballo acaba de perder una de sus herraduras.—Gracias, señora; ¿quiere usted ponersela?—contestó el buen reverendo.

## MUSICA

DOS CAMPAÑAS DE BERLIOZ.—Adolfo Boschot nos da a conocer, ateniéndose a documentos inéditos, las campañas hechas por Berlioz en Rusia y en Inglaterra, y cuya parte más interesante merece ser recogida, para reconstituir la biografía de uno de los grandes músicos del siglo XIX.

Berlioz estaba arruinado. *La Damnation de Faust* le había acabado de arruinar; para hacerla oír dos veces en un salón casi desierto, en Diciembre de 1846, se había empeñado en unos 10.000 francos y no los tenía. ¿De dónde sacarlos? De Rusia. Balzac le aseguraba que no podía menos de sacar de allí 150.000 francos; pero Berlioz no se hacía ilusiones, y se con-



tentaba con mucho menos, aunque el éxito de su Réquiem, en San Petersburgo, le había hecho concebir las más lisonjeras esperanzas. Para economizar gastos iría solo.

Un asunto tan sólo le detenía. Pillet, a quien en otro tiempo dominaba, hasta imponerle festivales, se le escapaba poco a poco bajo la influencia de Rosina Stoltz, dilatando los ensayos de *La Monja Sangrienta*; gastado, desacreditado, Pillet, ya en tutela bajo una comisión especial, estaba amenazado de perder la dirección de la Ópera, cuando un suceso precipitó su caída: Rosina Stoltz, directora del director, y aborrecida de todos por su orgullo, se ve silbada e insultada en presencia de Sus Altezas Reales, en el estreno de *Roberto Bruce* (30 Diciembre, 46); la rabia de aquella dominadora fue tal, que desgarró su pañuelo y abandonó la escena en pleno espectáculo, después de haber lanzado un apóstrofe al público; en el acto siguiente, otro escándalo: exaltada porque se aplaude a la Nau a su lado, no tiene paciencia para aguardar a que bajen el telón, y se lanza sobre la cantante aplaudida para abofetearla; toda la sala lo ve, y al día siguiente los periódicos comentan los hechos con toda la malignidad que el caso requiere. La situación de Pillet es desesperada, y la dirección de la Opera se le va de las manos. Se habla de multitud de combinaciones; pero la más sostenida parece ser la de Roqueplau y Duponcel, apoyada por los Rothschild, *Los Debates* y el ministerio; en esta combinación, Berlioz tendría la dirección de la orquesta, y con ella vería Berlioz realizados sus sueños.

Desgraciadamente para él, todo aquello no pasaba por el momento de promesas, pues hasta que no expirara el plazo de su privilegio, Pillet seguía en su dirección. "Ahora bien; ¿qué pasaría yéndose él a Rusia y resolviéndose entretanto la cuestión maniobrando libremente sus rivales y enemigos? Lo más urgente era librarse de sus deudas probando fortuna en Rusia. Se decide, y el 14 de Febrero se marcha.

En el viaje todo son fatigas y contratiempos; en Bélgica el tren se ve bloqueado por las nieves; en Berlín se detiene tres



días para solicitar una carta para la zarina, hermana del rey, y apenas la obtiene, después de haber encontrado en el teatro al taciturno Schumann, sale para Tilsit; pasan días y días recorriendo llanuras interminables cubiertas de nieves desde el Oder al Vistula, y atraviesa la Pomerania enfermo de frío, en una pesada diligencia; pasada la frontera rusa, la diligencia se convierte en una caja metálica mal cerrada, glacial, montada sin resortes sobre un trineo en el que Berlioz «se ve sacudido como perdigones en una botella que se limpia». La fortuna es que eso no dura más que cuatro días y cuatro noches.

En San Petersburgo le esperaban sus amigos y las recomendaciones de la corte de Rusia habían allanado todos los obstáculos. En seguida se pone en contacto con aficionados, músicos y periodistas, hace relación con el intendente de los teatros imperiales y con un director de orquesta, y fija su primer concierto para el 15 de Marzo, dos semanas más tarde. En esos días el reclamo se desarrolla en gran escala, y el concierto tiene un éxito colosal. «Aplausos, llamamientos, gritos de *bis bis* hasta darme el vertigo... Terminado el concierto, aguantados los abrazos, bebida una botella de cerveza, pregunté el resultado de taquilla: ¡18.000 francos!... 12.000 francos de beneficio neto; estaba salvado.» Diez días más tarde, segundo concierto, las mismas ovaciones y los mismos resultados. «Estaba rico.» A los dos días, otro éxito en la fiesta musical de los inválidos, en la que intercala, gracias al Gran Duque heredero, su sinfonía fúnebre. En seguida pasa a los compañeros de París grandes boletines de victoria. «La Emperatriz me ha hecho llamar y me ha dicho cosas encantadoras... Ya comprendéis que no se ha limitado a eso; me ha enviado una sortija de diamantes, de valor de 400 rublos (1.600 francos), y la Gran Duquesa de Lichtenberg un alfiler de 200 rublos. Toda la Prensa está en mi favor. Haced algunas líneas sobre esto en los periódicos.»

El 1.º de Abril sale para Moscou, y después de tres semanas de esfuerzos para vencer las dificultades materiales con músicos de tercer orden y coristas fabulosos, obtiene un bene-



ficio neto de 8.000 francos en un concierto, y sin dar otro, se vuelve a San Petersburgo, tropezando con el deshielo del Volga. En la corte rusa monta su sinfonía dramática *Romeo y Julieta*, imperialmente organizada; la ejecución fue maravillosa; pero la impresión en la tórrida primavera rusa con 34 grados de calor fue tal, que trastornó los nervios de Berlioz: «En este momento, escribe a Listz, estoy triste, muerto de tristeza. ¡Qué desgracia ser una máquina eléctrica electrizable!» Ocho días después, nueva representación y nuevas perturbaciones nerviosas, lágrimas y delirios; la pasión del drama se infiltra en Berlioz, embriagado por sus triunfos, y le hace abandonarse al *strepitoso* de un idilio improvisado con una muchacha no demasiado joven, medio corista y medio corsetera, de la que se enamora perdidamente, aunque no tarda en notar que la chica estaba un poco madura y tenía los dedos un poco estropeados por la aguja. En cuanto al éxito financiero de *Romeo*, debió ser mediano, porque Berlioz nada dice.

A su vuelta a París se detiene en Riga, que le parece una ciudad rica, digna de disfrutar de uno de sus conciertos; lo organiza y lo da el 25 de Mayo, pero sólo obtiene doce francos de beneficio. En París, sus enemigos no se habían dormido; las noticias de los periódicos berliozistas anunciando sus triunfos en estilo pomposo, habían servido de estimulante a los satíricos: el Sr. Berliozkof se ha hecho el favorito del Czar; el Sr. Berliozsky cura las jaquecas imperiales a golpes de bombo; la canción de la Pulga ha llegado a ser el aire nacional de Rusia; el Sr. Berliozinof acaba de recibir el título de príncipe; sus armas, grabadas en su guitarra, son de oro en campo de azul, con bigotes en palo y perilla en abismo, etc.

Los 40.000 francos conquistados en Rusia se iban como el agua, e importaba obtener el nombramiento de director de orquesta, prometido por Roqueplau y Duponchel, que estaban ya en funciones, y que no tenían más que cumplir su promesa. ¡De eso se cuidaban ellos! Berlioz no los deja en paz; pero, o no le reciben, o se disculpa el uno con el otro, o ponen toda



clase de dificultades hasta que Berlioz rompe con ellos, y mediante Escudier, se entiende con Antonio Jullien, un meridional trapisondista que acababa de asumir la dirección del teatro Drury-Lane, de Londres. Escudier hizo firmar a Berlioz, cobrando el 10 por 100, tres magníficos contratos: 1.º Berlioz será jefe de orquesta en Drury-Lane, durante seis años, con 10.000 francos de paga al trimestre. 2.º Dará un mes de conciertos, percibiendo 10.000 francos libras. 3.º Compondrá una ópera en tres actos, con libreto de Royer y Vaes, percibiendo 20.000 francos en ocho plazos.

Roqueplan y Duponchel, encantados con verse libres de Berlioz, le dirigieron una carta de las más lisonjeras. Antes de partir para Londres, Berlioz quiso ver a su padre, y pasó unos días en la Costa de San Andrés, lleno de tristes presentimientos. Londres se le apareció como una ciudad de ensueño. Le alojan magníficamente, le anticipan un mes de su paga, y ponen a su disposición un teatro con 100 músicos y 123 coristas. En los ensayos, sin embargo, Berlioz duda; no hay repertorio, y los cantantes son de ocasión. Los gastos corren, los días pasan, la apertura del teatro se retrasa, y, por último, el 6 de Diciembre se abre Drury-Lane con *Lucia di Lammermoor*, cantada en inglés; los gastos subían a 10.000 francos por noche, y la taquilla estaba cada vez más distante de esa suma. Jullien contaba con una ópera nueva de Balfe, cuya ejecución dirige Berlioz el 20 de Diciembre; pero el éxito es mediano y los ingresos escasos. ¿Qué hacer? Jullien se empeña, y reduce a una tercera parte todos los sueldos del personal menudo; en cuanto a Berlioz y a las partes principales, ni un cuarto; en cambio, «un trabajo de burro de noria»; todos los días, de doce a cuatro, ensayo, y por la noche, de siete a diez, representación. Fatigado y harto de Londres, cae en cama con un catarro gripal. Londres está entregado a Haendel y a Mendelssohn, y sobre todo, a los italianos: *La Favorita*, *La Hija del Regimiento*, *La Cenerentola*, *La Sonámbula*, no desaparecen de los carteles, y siempre dejan dinero.



El extravagante Jullien se había llevado lo mejor de su orquesta para una fantástica tournée de conciertos-paseos por Inglaterra, dejando a Berlioz preparar sus conciertos con el desecho del personal. Al fin da el primero el 7 de Febrero, quedando encantado del éxito; pero sin saber cómo podría dar el segundo, porque músicos y coristas, cansados de no ver nunca paga, desaparecieron uno tras otro.

En el entretanto, la revolución del 48 estalla; Jullien convierte su empresa musical en circo ecuestre; Berlioz se queda sin empleo y sin esperanza de cobrar sus atrasos, y tras ocho meses de lucha para organizar un concierto, que no le da resultado, vuelve a París más desconsolado que nunca. «Vuelvo a Francia, dice; voy a ver cómo un artista puede vivir en ella, o cuánto tiempo necesita para morir en medio de ruinas, bajo las cuales toda flor queda aplastada y sepultada.»

### TANATOLOGIA

**MUERTE Y RESURRECCIÓN.**—Luis Champeaux supone haber descubierto las notas manuscritas del Dr. Alfredo Barnier, profesor libre de Psicología, que abandonó de pronto los estudios que le habían dado fama, encerrándose en una vida casi vegetativa y muriendo al cabo de diez y ocho meses, sin que hubiera podido explicarse el misterio de la repentina modificación ocurrida en su existencia. Las notas del doctor dan la clave del enigma.

Barnier tenía por amigo al Dr. Danglade, cuyas teorías eran diametralmente opuestas a las suyas; aquella amistad, consolidada por la contradicción, era puramente intelectual, sintiendo ambos doctores igual deseo de reunirse y conversar, aunque frecuentemente tuvieran ganas de estrangularse; uno de los temas de sus controversias más frecuente era el de la vida, sosteniendo Barnier el materialismo y ateniéndose Danglade a las teorías de Bouffon y Cuvier.

Discutiendo el valor de los experimentos de Watterton y



Brodie en 1815, y los de Claudio Bernard especialmente sobre el envenenamiento por el curare, Danglade sostenía que las conclusiones que de tales experimentos podían sacarse no afectaban al hombre, a lo que Barnier replicaba que el hombre no es más que un animal, absolutamente igual a los demás, con sólo una proporción mayor de materia cerebral. Calentados por la discusión, y reconociendo ambos que, en efecto, no se había llegado nunca a operar con seres humanos, Barnier, en un arranque de heroísmo científico, se ofreció a ser víctima de un experimento, para demostrar que se puede morir y resucitar, siendo, en consecuencia, la vida un fenómeno puramente material, en el que para nada interviene el alma ni ningún *quid divinum*. Danglade se resistió cuanto pudo; pero vencido por la tenacidad de su amigo y por un natural sentimiento de curiosidad científica, accedió a hacer el experimento, siguiendo paso a paso las instrucciones de Barnier.

Barnier tomó un frasco de curare disuelto, lo bastante para matar a treinta hombres, y una minúscula jeringa de Pravaz; adaptó a un fuellecito de cuero cuidadosamente asepticado uno de los tubos flexibles que le servían para sus inhalaciones pulmonares, y sentándose enfrente de Danglade, dijo: «El curare, al paralizar todos mis miembros, me va a mantener inmóvil, como pudiera hacerlo la más sólida ligadura. Voy a inyectarme yo mismo la dosis necesaria de veneno.»

Diciendo esto, llenó a medias la jeringa y cerro el frasco con cuidado, continuando: «Dentro de diez o doce minutos—ignoro mi propia fuerza de resistencia,—voy a quedar completamente inanimado; entonces haréis penetrar la extremidad del tubo en mi traquearteria. Esperaréis a que todos los síntomas de la muerte se produzcan: la detención total de la respiración, la fijeza de la mirada y la detención del corazón; entonces dejaréis pasar diez segundos, no más; es lo bastante para asegurarnos de mi fallecimiento. En seguida pondréis en juego el fuellecito, haciendo alternar las insuflaciones con las espiraciones; mis pulmones, llenándose de aire, podrán alimentar



de nuevo de oxígeno mi sangre; el corazón volverá a empezar a latir, y todo el organismo recobrará su juego normal. En este momento, amigo mío, es cuando necesitaréis paciencia; ya comprendéis que la vida así provocada no será más que una vida artificial; hay que dejar tiempo para que el curare se elimine por medio del riñón, lo que exigirá próximamente una hora. En un momento dado, la máquina entera de mi cuerpo funcionará por su propio impulso; para apreciarlo, suspende-  
réis de cuando en cuando la maniobra respiratoria; y cuando la máquina funcione por sí misma, comprenderéis que he vuelto a la vida; y entonces podremos decir verdaderamente que hemos vencido a la muerte».

Danglade intentó por última vez que Barnier renunciara a tan terrible experimento, pero Barnier estaba decidido: se extendió en el sillón, levantó su manga izquierda e introdujo la jeringa en la carne del antebrazo; miró el reloj de la pared: eran las cinco y veintidós minutos. Como podía hablar, fue notando sus impresiones, mientras Danglade parecía absorto y como atontado. Movi6 los dedos, y observó que sus falanges funcionaban todavía: «es preciso que el veneno remonte el sistema venoso hasta el corazón y vuelva a las extremidades por las arterias». Apenas decía estas palabras, sintió que la mano izquierda caía, sin obedecer a su voluntad, sobre el brazo del sillón.—Anotad, Danglade—dijo:—principio de la parálisis, tres minutos.—Danglade no anotaba nada, estaba como asustado.—Me da miedo—dijo—de lo que pueda ocurrir ¡si no fueseis a despertar! Sois un monstruo, Barnier, y me pregunto si no valdría más que no os despertaseis.

Barnier sabía que Danglade le detestaba, y al oírle presintió un peligro inesperado. Poco después sintió embotarse su brazo izquierdo y en seguida paralizarse su mano derecha.—Danglade—dijo con voz ya pastosa,—dejaos de reflexiones odiosas; dentro de cinco minutos seré cadáver; es el momento de ser científico; cumplid vuestro deber.—¿Cuál?—preguntó Danglade.—Un terror loco sacude a Barnier. ¿A qué hombre



ha confiado el cuidado de su vida? Percibe claramente la marcha del curare a lo largo de sus miembros; un frío de muerte hiela sus músculos; los dos pies quedan paralizados; siente que va a morir e intenta un esfuerzo desesperado para sacudir el embotamiento que le invade; luego se tranquiliza, con una ola de esperanza a pesar de aquel frío de parálisis que camina a lo largo de sus hombros; las piernas están muertas, los muslos están muertos; percibe unos chasquidos que le sorprenden, y comprende que es el tic-tac del reloj amplificado por la exacerbación del sentido auditivo. Quiere experimentar por última vez su voz: «Danglade, anotad que...» En vano trata de pronunciar; su lengua queda inmóvil, y sólo sale un ronquido del fondo de su garganta. Danglade se inclina y le pregunta si le oye todavía; con los párpados le contesta Barnier que sí, y nota que son las cinco y treinta; van ocho minutos desde la picadura. Los últimos segundos parecen siglos, y cada vez el pensamiento se precipita más vertiginoso.

Todo queda inerte, y las alternativas de temor y confianza se suceden con plena conciencia, imprimiéndose en la memoria de Barnier, para quien nada significan ya las palabras «máquina humana, detención de funciones vitales, intervención de una acción artificial»; siente su impotencia intelectual, pero su atención se fija en el reloj que marca las cinco y treinta y dos; han pasado diez minutos y todavía respira. Danglade le habla, pero su voz le suena tan débil cual si fuera una vocecita lejana: «No tengáis miedo, Barnier; yo...zz...zzz...zzzz...» No percibe más que un zumbido como el de un mosquito; su oído se ha paralizado. Tiene la impresión de que su cuerpo le abandona y que nada sin gravitar en un éter imponderable. Aquella sensación es una beatitud, pero se convierte sin transición en una molestia horrible que llega hasta la tortura. Siente que sus párpados laten todavía y que su cabeza está enlazada al tronco por el cuello, pero aquel cuello no le pertenece; quiere volver la cabeza, y no puede porque está encerrado en un cadáver. Aquel cadáver debería ser él y, sin embargo, siente que



son dos: él y el cadáver. Su percepción de la muerte se precisa y se agranda. Un momento antes tenía miedo, adivinando que Danglade le iba a dejar morir; después, eso no significa nada y no siente miedo ninguno. Antes tenía esperanza de resucitar, luego percibe misteriosamente que la esperanza no existe ya. Ve todavía la pared y el reloj, pero no sabe ya leer la hora; es un ángulo negro que no le dice nada. Nada percibe ya, ni sonidos, ni visiones, ni impresiones de ninguna clase; está solo con una soledad desconocida para el hombre, y el cadáver no le importa nada. «Sin embargo, si yo no siento ya, una última sensación, que anoto, atraviesa el cadáver: ¿Qué fuerza viene a separarle los dientes? ¿qué le raspa el paladar y pasa por la garganta? El cadáver no lo sabe y yo no lo sé tampoco.» Flota en el vacío absoluto, en la vida eterna que es más que una partícula de esa nada desde hace siglos, desde siempre, parece; y de pronto, esa nada se entreabre y él se ve inundado por una ola de luz, y su sér se precisa y se fija. Existe de nuevo y, sin embargo, el cadáver ya no está allí. Le parece que se levanta y que anda, pero con un paso que no es el de la tierra. Enorme misterio le rodea; la ola de luz le penetra cada vez más, y comprende que su substancia va a fundirse en ella y que su alma no es ya sino un ojo infinito que va a ver LO ABSOLUTO...

De pronto, un espantoso estrépito silencioso destruye todo lo que iba a ser. Un velo pesado, color de sangre, le envuelve en sus pliegues; una nueva caída le arrastra, pero ahora mil veces más espantosa... *y comprende que aquella caída descien-* de. Bruscamente, en un choque que hace aullar algo en él, percibe una de las sensaciones muertas, y aquella sensación, que ninguna palabra de aquí abajo podría definir, le aparece monstruosa de realidad..., monstruosa porque es real... y comprende que la vida, lo que llamamos vida, vuelve a apoderarse de él. Es una ola pesada que corre por el interior de su sér; una memoria embrionaria, que no expresa sino lo inexpressable y que borra la inefable luz de antes, adivina que se ha



reunido de nuevo con el cadáver, formando un todo con él.

La existencia le conquista poco a poco: al principio es una ola de recuerdos abolidos; sabe quién es y dónde está; siente que su corazón late, y una alegría de animal le inunda; algo le molesta en la garganta; sus pulmones se llenan de aire; se acuerda de todo: es Alfredo Barnier, recostado en un sillón y auxiliado por Danglade, para volver a la vida. La bruma roja reaparece ante sus ojos, luego estalla y ve la pared y el reloj, aunque sin distinguir la hora. Sus sensaciones se precisan, percibe la presión del tubo flexible en la lengua y el soplo suave y regular que levanta su pecho. Súbitamente siente un calorío en los hombros, y por primera vez desde su muerte experimenta la acción de sus músculos. Se estremece, y es una felicidad; oye, y es una felicidad delirante; oye a Danglade murmurar a su oído: «Barnier, amigo mío, Barnier.» No puede hablar, pero sus ojos parpadean vivamente para demostrar que percibe aquella voz. —Estáis vivo, bien vivo, ¡alabado sea Dios!—dice Danglade;—habéis triunfado, pero he tenido miedo. ¿No os fatiga que os hable? —No—dice con un gesto de la cabeza que empieza a obedecerle. —Ya veis—prosiguió Danglade,—sigo vuestras instrucciones punto por punto. Hace diez minutos que os estoy soplando. Barnier mira el reloj; las cinco y cuarenta y ocho. ¡Cuántos siglos han pasado en esos veintiséis angustiosos minutos! —Si queréis, Barnier—dice Danglade,—podemos volver a empezar. ¿Queréis que deje de soplar? Aquella vez Barnier hace un terrible esfuerzo para hablar, y consigue lanzar un gruñido ronco, a pesar del tubo que le obstruye la laringe, que significaba: «No quiero.» ¡Ah! ¡Ah! Vuelta de la palabra; veintisiete minutos.

Pasa largo tiempo hasta que Danglade dice: «Vamos, Barnier, ya debe ser bastante una hora de insuflación; el curare debe estar enteramente eliminado por el riñón, vais a poder «vivir solo» ahora. En efecto; quitado el tubo, los pulmones continúan funcionando perfectamente. Quiere mover los brazos, y los mueve; quiere levantarse, y lo consigue; pero sus



piernas se le doblan. —¡Qué abatido estáis!—dice Danglade.—  
¿De dónde volvéis?

Aquellas palabras producen una sacudida nerviosa tremenda. Barnier siente que sus teorías se arruinan lúgubrementes, y desde entonces, con sólo haber desflorado el inmenso enigma, conserva de él para siempre una certidumbre que le trastorna, y se siente aniquilado por lo *Innombrable*.

## BELLAS ARTES

LA EDUCACIÓN MUSICAL DE LAS JÓVENES.—Entre las notables conferencias organizadas por el *Foyer*, se encuentra la dada por Vincent d'Indy, el eminente compositor, director de la *Schola Cantorum*, sobre la educación musical de las jóvenes.

¿Debe formar parte la educación musical de un sistema general de educación? Vincent d'Indy no lo cree. Quien dice arte, dice especialidad. Ahora bien; desde el punto de vista musical, las jóvenes pueden clasificarse en tres grupos: las *llamadas*, las *dotadas* y las *indiferentes*. Las llamadas son las que tienen verdadera vocación, y su número es pequeñísimo, como el de todas las altas personalidades; en cuanto a las indiferentes, son legión, y como el culto del arte es una especialidad, es disparatado empeñarse en hacer aprender música a jóvenes que no tienen condiciones para ello. Nada más triste que ver una pobre niña aporrear teclas de marfil o rascar cuerdas de tripa durante los más hermosos años de su juventud, sin sacar de esos trabajos forzados más que un recuerdo de profundo aburrimiento y una certidumbre de tiempo perdido. Los padres que, después de seis meses o un año a lo sumo de estudios infructuosos, han podido comprobar la ineptitud de su hija para asimilarse el *quid divinum* de la música, deben cuanto antes libertarlas del suplicio de su aprendizaje. Vincent d'Indy prescinde de las *llamadas* y de las *indiferentes*, y se dirige a las *dotadas*, llamando así a las que su naturaleza pone en con-



diciones de ser conmovidas por la belleza musical, y de desear expresarla, según sus fuerzas.

Emoción y expresión. He ahí los dos factores de la educación artística; hay que amar lo que se hace, y estar conmovido por lo que se quiere expresar para poder expresarlo convenientemente. Las jóvenes capaces de vibrar al contacto de una hermosa obra, aún sin poder comprenderla, recibirán con fruto la educación musical. A ellas se dirige especialmente Vincent d'Indy, diciéndoles que nada de lo que es arte debe serles extraño, y que la contemplación de una hermosa catedral, la visita inteligente del Louvre o de los frescos de Puvis de Chavannes del Panteón, serían tan provechosos a la joven música como la audición de la 9.<sup>a</sup> sinfonía de Beethoven, o de una Pasión de Bach. Porque el arte es uno, aunque sus medios de manifestación sean diferentes.

Tras estas consideraciones generales, Vincent d'Indy entra de lleno en el estudio de su tema, y afirma que veinte años de enseñanza le permiten sostener que «es preciso comenzar por el solfeo, y lo más pronto posible». Cuando una alumna sabe leer corrientemente una lección de mediana dificultad, cuando oye bastante claramente una melodía para anotar sin demasiados errores su curva y su ritmo, cuando está al corriente del cuerpo de doctrina que constituye la teoría elemental, entonces se le puede confiar un instrumento: piano, violín o violoncello; como no haya conformación física contraria, triunfará en todos.

Tras esto, la educación musical comprende dos grados: la enseñanza del primer grado no tendrá más objeto que enseñar el mecanismo instrumental, la técnica. Entonces es cuando hay que observar con cuidado a la alumna, para discernir si tiene o no condiciones. Este experimento es delicado; por de pronto, los padres pueden equivocarse, pueden no ser competentes, pueden estar demasiado ocupados en otra cosa, y luego está el profesor, que nunca es de opinión de dejar las lecciones. ¡Hay que vivir! Ninguna joven perderá su reputación por no saber



degollar un Impromptu de Chopin o golpear el innoble vals de *La Viuda Alegre*; eso no la impedirá figurar con gracia en un cotillón, ni llegar a ser más tarde una excelente madre de familia.

Pero si la joven, conocido el solfeo y suficientemente instruída en la técnica, siente esa especie de *declick*, que pone en vibración su simpatía por tal o cual signo, fragmento o acorde, y se decide a proseguir sus estudios artísticos, entonces empieza la enseñanza del segundo grado, en que aparece el arte, y entra en cuestión la música. Se trata de emplear inteligentemente lo aprendido con tanto trabajo, poniéndose en contacto con las buenas obras. Así como es censurable dar al estómago alimentos sofisticados, asimismo es pernicioso alimentar las jóvenes inteligencias con falsificaciones de arte. ¿Y en qué se distingue la buena música de la mala? Como la educación de segundo grado se haya llevado bien, no hay temor de que el gusto de la alumna pueda extraviarse. El medio lógico de ordenar esta educación, es empezar por el principio, es decir, por el estudio del *Canto gregoriano*, colección de melodías tradicionales, cuidadosamente ordenadas por el Papa San Gregorio, que nos dan la explicación de la anotación musical, de las tres claves de *sol*, *fa* y *do*, del grupo neumático, sin cuyas nociones es imposible darse cuenta de la estructura de los temas ni del conocimiento del acento. Eso sin contar la ventaja de que, durante el veraneo, ocurre la necesidad de tocar el órgano en una fiesta de pueblo, sin dar en el defecto de convertir la iglesia en un salón de café-concierto. Pero el *Canto gregoriano* no es por sí solo toda la educación musical del segundo grado; hay que añadirle la hoy importante de la historia musical, que debe hacerse en cursos orales ordenados. Sus grandes líneas deben relacionarse con los tres elementos de la música: el ritmo, la melodía y la armonía, que se suceden históricamente, hasta hallarse reunidos en el siglo xv.

Desde la antigüedad, el *ritmo* se aplicó a dos factores: el gesto y la palabra. El ritmo del gesto fue la danza. El ritmo



de la palabra consistió en la aplicación del acento de la lengua hablada a la lengua cantada, y su primera manifestación fue el canto gregoriano. En esta primera época de la historia musical, que duró unos mil años, la música era puramente vocal y monódica, es decir, una línea cantante. La época siguiente, que puede llamarse polifónica, empieza hacia el siglo xiv y se extiende hasta el xvii; entonces se empezó a hacer cantar simultáneamente varias voces, cada una de las cuales tenía por función expresar una melodía diferente (que es lo que se llama en técnica el *contrapunto*), o exponer sucesivamente un mismo fragmento melódico, lo que se convirtió, algo más tarde, en el arte de la *fuga*. La época polifónica es la gran época de las composiciones religiosas: misas, salmos de varios coros, y, sobre todo, motetes, esos encantadores arranques de plegaria musical; nacido este nuevo arte en Flandes, pasó por Borgoña e Italia, donde llegó a la suma perfección con Palestrina, remontando luego por Venecia hacia Alemania, donde se perdió en el tumulto de la ópera.

Una falsa interpretación de los textos griegos y la perturbación producida por la herejía luterana, rompieron el arte musical en dos géneros: el sinfónico, en que el ritmo del gesto recobró sus derechos, y el dramático, más conocido con el nombre de ópera, que nació en Florencia, en el siglo xvii, con Peri, Caccini y el glorioso Monteverdi, empezando a decaer en Nápoles con Alejandro Scarlatti; invadiendo toda Europa, como objeto de mercantilismo sin valor ninguno artístico. Sólo en Francia, gracias a Lulli, a Rameau, y, sobre todo, a Glück, supieron emanciparse del yugo artístico italiano, creando una producción musical de verdadero valor, con la ópera francesa y la ópera cómica, creación del siglo xix. De otro lado, a fines del siglo xvii, un género nace, un género completamente nuevo, brotando del ritmo del gesto; género en que la música vive por sí misma, sin necesidad de apoyarse en un poema cantado o declamado, el arte sinfónico e instrumental. Entonces apareció la *fuga*, cuyo maestro sin rival es Bach;



la *suite*, que pronto se transformó en sonata, forma admirable de composición, en la que sobresalen Bach, Haidn, Beethoven y Mozart. La última transformación del arte sinfónico es la sinfonía y la música de cámara, cuyo dominador sin igual es Beethoven, tras el cual aparecen Weber, Schubert, Schumann, Chopin, Brahms, Listz y César Frank. Como Vincent d'Indy no tiene la pretensión de hacer un curso de historia, sino tan sólo de trenzar el cañamazo para que pueda bordarse en él, se limita a estas líneas generales.

Pasa después a tratar la cuestión del sentimiento expresivo, que es para él lo más importante de la educación musical. Se trata de saber cómo y por qué medios, la expresión debe producirse en el curso de la obra interpretada. Esta importante ciencia no puede adquirirse sino por el conocimiento seguro y profundo del *acento musical*. En una misma palabra, el acento puede ser afirmativo, interrogativo, indiferente, lo que cambia su música. Los cantantes son los que más desnaturalizan la significación de las palabras y de las frases, por lo que alguien ha dicho, no sin malignidad: «La enseñanza del canto es el arte de disfrazar las vocales y de no pronunciar las consonantes.» ¡Qué mal efecto produce el acento sobre la *e muda* final de los cantantes franceses! Se dirá, que todo eso será bueno para los cantantes; pero que al pianista no le importa. Vincent d'Indy dice que la cosa es la misma, pues los pianistas consideran un deber la deplorable costumbre de marcar con un acento lo que se ha dado en llamar el *tiempo fuerte* del compás, o sea el primer tiempo que sigue a la línea del compás, y en la práctica resulta que cada diez veces, ocho, ese primer tiempo es un tiempo débil, y si se acentúa se comete la misma torpeza que el cantante que se apoya en la muda. Vincent d'Indy insiste mucho sobre esto, porque sin el acento expresivo, la música deja de ser un arte y se convierte en un ruido.

Resumiendo, he aquí las grandes líneas de la educación musical de una joven bien dotada: Instrucción de primer grado, empezada lo más pronto posible; estudio del solfeo; estu-



dio de la técnica instrumental hasta donde se pueda.—Instrucción del segundo grado: estudio práctico del canto gregoriano; estudio sintético de la historia musical; estudio de la expresión aplicada a la técnica.

Para completar este programa, Vincent d'Indy indica las obras, cuyo conocimiento es indispensable a toda música, y que son:

Para los pianistas: los *Exercici* (soneto), de Escarlatti.—Algunas piezas sacadas de las *Ordenes* de Couperin, y de las *Suites* de Rameau.—Los dos libros del *Clave bien templado*. Las seis *Partitas* y las Tocattas con fuga de J. S. Bach.—Algunas sonatas de F. M. Bach, la en *la* bemol y la en *mi* bemol.—Las dos últimas sonatas de Haydn en *mi* bemol.—Una o dos sonatas de Mozart.—La bella sonata en *fa* sostenido de Rust.—Las treinta y dos sonatas de Beethoven y algunos de los temas variados, por ejemplo, el en *do* menor, y las variaciones sobre un vals de Diabelli.—Las cuatro sonatas de Weber.—Dos o tres sonatas de Schubert, sobre todo, la en *la* menor (op. 42), con los momentos musicales, y algunos *impromptus*, del mismo.—Los estudios, algunos *impromptus* y polcas, las baladas y las fantasías de Chopin.—De Schumann lo más posible, y en todo caso, los estudios sinfónicos, las *Kreislarianas*, las Fantasías, las Escenas de la selva, la sonata en *sol* menor y el concierto en *la*.—Los «Juegos» de agua de la villa de Este, y el San Francisco de Paula, de Listz.—Algunas obras de Brahms, de Fauré, de Castillon.—Los caprichos rítmicos de Bordes, las piezas pintorescas de Chavrier; *Islamey*, de Balakirew, la *Iberia* de Albéniz, y, por último, las dos obras maestras de Frank, *Preludio coral y fuga*, *Preludio aria y final*.

Para los violinistas, dando por supuesto que hayan salido victoriosos de las dificultades de Kreutzer, Fiorillo y Roda, y de los conciertos de Viotti de Vieuxtemps, deberá abordar un surtido de sonatas de Corelli, Gemignani, Vitali y Leclair; las sonatas de Bach, con o sin acompañamiento, algunas piezas



de Haydn y de Mozart, tres sonatas por lo menos de Beethoven (la en *do* menor al Emperador Alejandro, la sonata a Kreutzer y la admirable décima en *sol*, op. 96), el concierto de Mendelssohn, las sonatas de Schumann, algunas obras de Brahms, de Saint-Saëns, de Lalo, las sonatas de Fauré, Castillón y Lekeu, y, por último, la soberbia sonata de Franck.

En cuanto a los cantantes, su repertorio estará naturalmente subordinado a la cualidad de su voz; pero no deberán dejar de conocer por orden cronológico, *Orfeo* y *Popea*, de Monteverdi, los cantos espirituales de Schütz y de Carissimi, algunas arias de las óperas u oratorios de Händel, lo más posible de las Cantatas y Pasiones de J. S. Bach, verdadera escuela de la vocalización lenta y expresiva; luego las bellas escenas de las óperas de Lulli, de Destouches y de Rameau; algunos trozos de Haydn y de las óperas de Mozart, todo el repertorio de Glück, algo de Berlioz, un poco, muy poco de Meyerbeer, buenas traducciones de las óperas de Weber y de los dramas de Wagner, la mayor parte de los admirables *lieder*, de Schubert y de Schumann, y, por último, las bellas melodías modernas de Fauré, Breville, Franck, Chausson y Enrique Duparc.

En cuanto al suministro material de estos repertorios, Vincent d'Indy, pone a las jóvenes en guardia contra las ediciones alemanas, sobre todo, las que llevan en la cubierta *bearbeiten, bei...*; porque los alemanes tienen la detestable manía de retocar y estropear todas las obras maestras.

La interesante conferencia del maestro termina con varias recomendaciones: la de alimentar al espíritu, con la lectura de buenas obras musicales, con o sin ayuda de instrumentos; la de ir mucho a los conciertos, sobre todo, a los conciertos de orquesta y de música de cámara; la de ir poco a los teatros musicales; la de no ir nunca, o casi nunca, a oír *virtuosos*, pues «así como el maestro de escuela es el enemigo del Estado, el criado el enemigo de su amo y el obrero el enemigo de su patrón, así el virtuoso es el enemigo del arte, porque tiene que



vivir de él». Su última recomendación es la de excitar a las jóvenes a que se penetren de que el artista no debe tener más que un objeto: conocer, amar y servir al arte, emanación terrestre de la belleza divina.

### IMPRESIONES Y NOTAS

**DERECHOS DE AUTOR.**—Los autores, en 1835, se dividían, según Emilio de Girardin, en cinco categorías: 1.<sup>a</sup> Los que se vendían hasta 2.500 ejemplares, pagándose cada obra de 3 a 4.000 francos. Sólo dos escritores conocían esa fortuna: Víctor Hugo y Paul de Kock. 2.<sup>a</sup> Los que se vendían hasta 1.500 ejemplares, y recibían por cada obra de 1.500 a 2.000 francos. Eran cuatro: Balzac, Soulier, Eugenio Sue y Julio Janin. 3.<sup>a</sup> Aquellos cuya venta llegaba a 1.200 ejemplares, y recibían de 1.000 a 1.200 francos. Entre ellos figuraba Alfonso Karr. 4.<sup>a</sup> Los que cobraban 500 francos, vendiendo de 600 a 900 ejemplares. Eran doce y entre ellos Musset. 5.<sup>a</sup> Los que por menos de 500 ejemplares recibían de 100 a 300 francos, como Teófilo Gautier.

¿Habrá escritores conocidos en nuestra época, que aceptaran semejantes condiciones?

\*  
\* \*

**LA REGENCIA DE LA EMPERATRIZ EUGENIA.**—El general Gotzler estudia en la *Deutsche Revue* el agitado período de la regencia de la emperatriz Eugenia, rindiendo a la insigne española, con plausible sinceridad, el tributo debido a sus condiciones de valor, inteligencia y patriotismo.

Las mujeres admiraban a la emperatriz: «¡Es un ángel», se decía comúnmente. Los hombres, en cambio, la criticaban, viendo en ella la instigadora de la guerra. Es un error, pues no fue la emperatriz la que deseó la guerra. Reunido el consejo de ministros en Julio de 1870, Eugenia se limitó a escuchar



guardando silencio; el 15 del mismo mes se reunió de nuevo el consejo, y habiendo emitido Lebeuf la opinión de que jamás había estado Francia más dispuesta al ataque, se decidió la guerra, sin que la emperatriz dijera una palabra; creía, sin duda, en el éxito, y pensaba afirmar con él el trono de su hijo; pero ni quería la guerra ni la había preparado.

He aquí los sabios consejos que daba a su esposo: «Durante las operaciones militares no te preocupes de la opinión de París. Lo principal no es obrar pronto, sino obrar bien. Dentro de tres días tendremos 29.000 hombres disponibles.» En otro despacho le escribe: «Triunfaremos seguramente, pero hay que obrar sin precipitación.» Hay que contar con que estas palabras prudentes se decían en un período agitadísimo y tormentoso, durante el cual, aquella mujer superior conservaba toda su presencia de espíritu y toda su sangre fría.

La revolución llamaba ya a las puertas de las Tullerías, y Eugenia sólo temía una cosa: la vuelta inesperada de su marido y de su hijo.

«Un Napoleón no puede volver más que victorioso», exclamaba, y añadía: «Prefiero ver a mi hijo muerto por los enemigos a verle convertido en un nuevo Luis XVII.» Su energía crecía con el peligro; llegaba a olvidar sus intereses y hasta sus afectos para no pensar más que en el bien superior del país dando ejemplo de una fuerza viril verdaderamente notable. Cuando la multitud invadía las calles proclamando la caída del Imperio, y su hijo se escapaba por Bélgica para refugiarse en Inglaterra, ella quería todavía tomar las armas para defender en persona las fortificaciones, exclamando: «¡Un Emperador muere, pero no se rinde!» La única queja que exhaló en el momento de su partida con la señora Lebreton, fue ésta: «En Francia no es lícito ser desgraciado. Los franceses son demasiado mudables; aman la gloria, pero no pueden soportar los reveses de la fortuna; para ellos, el derecho es el éxito.» Sus últimas palabras a su séquito de las Tullerías fueron éstas: «Decidme, ¿he cumplido bien mi deber hasta el fin?»



Fuerza es reconocer, con el general Gotzler, que en las cinco semanas en que ejerció la regencia, la emperatriz Eugenia fue una perfecta soberana.

\*  
\* \*

LAMARTINIANA.—Dargaud, un filósofo historiador de escaso de mérito, pero admitido en la intimidad de Quinet, de Michelet, Jorge Sand, de Lerminier, etc., trató a Lamartine como fiel parásito, durante muchos años, recogiendo sus impresiones en un manuscrito, que no haría menos de mil páginas de impresión. Juan de Cognets posee el manuscrito de Dargaud, y con su ayuda ha publicado un estudio biográfico con el título de *La vida interior de Lamartine* que, como dice con razón Faguet, estaría mejor titulado *Contribución a la vida de Lamartine*. De ella entresacamos un hermoso retrato de Lamartine, y dos episodios amorosos poco conocidos.

«Lamartine es alto, hermoso y esbelto; tiene siempre el aire de lanzarse; su pie, firme y ligero a la vez, se posa sin apoyarse y deja una noble huella; su mano es una mano afilada de artista y de gentilhombre. Anda con la gracia de un héroe griego en las cimas del Olimpo. Lleva bien la cabeza, un poco ladeada, y no podría uno ser insensible, ya a la expresión de su rostro fino y distinguido, ya a la sonoridad inimitable de su voz de pecho. Sus cabellos castaños, apenas plateados. (Lamartine tiene cuarenta y un años), coronan su frente donde reside la serenidad; sus sienes, profundamente hundidas, están húmedas de un sudor divino. Su nariz es la de un águila, sus labios son de orador, tanto como su mirada es de poeta. Su boca es grande, benévola y de infinito agrado. Tiene dos fisonomías: la de su rostro y la de su talle. Toda su alma respira en su rostro; a veces, todo su genio brilla en él con magnificencia. Sucesivamente reclinado en ondulaciones al desgaire o lanzado en largas carreras a pie, a caballo o en coche, tiene de mañana y noche la belleza del reposo; luego, al

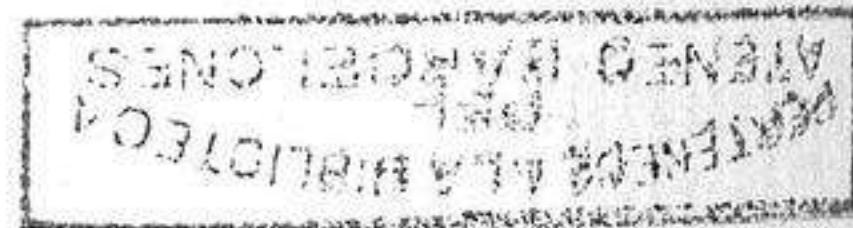


sol, en la bruma, en todas las temperaturas, la belleza del movimiento, siempre la gracia.»

Entre la muerte de Elvira, que tanta impresión le produjo, haciéndole andar errante como un loco por bosques y viñas durante dos días, y el matrimonio del poeta, hay que colocar un episodio amoroso de una princesa italiana, perdidamente enamorada y terriblemente sensual, que fué de Roma a París para ver a Lamartine, y que lo embriagó y estuvo a punto de matarlo. «No he conocido nunca—ha dicho Lamartine a Dargaud—belleza tan terrible; yo no sé qué fuego corría por sus venas; hubiera agotado a un dios.» Esta princesa, cuando Lamartine fué más tarde a Italia, formó una partida para asesinarle, pero el golpe fracasó. Lamartine perdonó, y hasta su vejez estuvo en amistosa correspondencia con la princesa.

El otro episodio se refiere a la rivalidad del gran amigo de Lamartine, Vignet, con motivo de sus relaciones con la que luego fue esposa del poeta, la Srta. Birch. Confiando en sí, y siempre generoso, Lamartine dijo a su amigo: «Voy a hacer un viaje de ocho días; emplead bien esta semana; si la señorita Mariana os pone buena cara, me retiro; si por el contrario...» Mariana se mantuvo firme; confesó a Vignet su amor a Lamartine, y Vignet se retiró.

\*  
\*  
\*



DE LA VIDA DE GUILLERMO II.—El emperador de Alemania, como dice el barón Von Dervitz en *The Munsey*, se levanta a las seis de la mañana en todo tiempo. Como le gusta mucho leer periódicos, y no puede leerlos todos, tiene una oficina especial bajo la vigilancia de un oficial prusiano, para traducirle todos los artículos y noticias que puedan interesarle en los diarios y revistas de siete lenguas. Los recortes se pegan en anchos cartones que se encierran en una gran cartera de tafilete con las armas imperiales. A las siete en punto, el oficial ordenanza presenta la cartera a S. M., que lee, y con lápiz azul apunta al margen sus observaciones. Gracias a este sistema,



el emperador está al corriente de todo lo que pasa en el mundo, poseyendo multitud de conocimientos técnicos, y sorprendiendo a veces a sus ministros por lo claro y minucioso de sus informes. Además de esta lectura, el emperador lee todos los días un periódico alemán por la mañana y otro por la noche. La lectura de noche la hace en la cama, teniendo en la mesa un voluminoso paquete de papel y un lápiz azul sujeto con un cordón, estando dispuesta la luz de modo que ilumina la mesa y deja en la sombra su rostro.

Para sus notas, Guillermo II emplea simultáneamente el alfabeto alemán y el latino, y usa numerosas abreviaturas. Su papel de cartas es marfileño o aleonado con monograma y corona en el ángulo izquierdo, quedando libres tres cuartas partes de la hoja, muy ancha por lo grande de la letra de S. M. Como la etiqueta prohíbe que se doble una misiva imperial, necesita sobres enormes, cerrados con un gran sello de cera negra. Frecuentemente, en vez de papel de cartas, el emperador emplea sus tarjetas de visita, que son de tamaño excepcional, con filete gris pizarra, con las palabras en caracteres alemanes: WILHELM DEUTSCHER KAISER, *König von Preussen*.—Una tarjeta imperial llevada por un ayudante, equivale a una visita personal del emperador.

El guardarropa personal del emperador, que se cuida tanto de sus trajes como de sus periódicos y sus libros, está evaluado en dos millones de marcos, y cuesta anualmente 20.000 marcos de reparación y custodia; doce camareros militares y dos civiles cuidan el guardarropa, que ocupa un ala entera del palacio, con habitaciones en las que se conservan 300 uniformes, de los que usa constantemente 35.

Una habitación especial recibe los trajes de aparato, la corona, el cetro y el globo, y otra está destinada a la colección de condecoraciones, con las cintas, lazos y banderas que las completan, llevando cada una la referencia del uniforme a que corresponde, con el modo con que debe llevarse. Esta colección vale por lo menos tanto como el guardarropa, pues sólo la es-



tralla de Santa Ana, de Rusia, por ejemplo, está valuada en 223.000 francos. Los armarios del guardarropa son de cedro, y cada compartimiento está cerrado por un espejo que permite comprobar de una sola ojeada si el traje está corriente.

Cuando el emperador necesita un uniforme, lo notifica al mariscal de la corte, que prepara una orden la víspera, especificando el uniforme reclamado; el camarero mayor hace tres listas: una para el vestuario, otra para el departamento de los accesorios y otra para el departamento de las condecoraciones; recibido todo y examinado, los camareros lo llevan cerrado en una caja especial al tocador del emperador, que no tarda en desnudarse y vestirse más de quince minutos. Gracias a este sistema, Guillermo II puede cambiar de uniforme dos, tres y hasta seis veces al día, sin gran pérdida de tiempo. Esta reglamentación evita también torpezas como la que le ocurrió a Alejandro III, que apareció un día ante tres soberanos con uniforme de almirante y arrastrando tras de su sable de marino una dragona de caballería.

FERNANDO ARAUJO



# LA AMÉRICA MODERNA

---

SUMARIO: El culto de los héroes. Vasco Núñez de Balboa. El centenario del descubrimiento del Pacífico. La obra de cultura. Energías latentes.—Un nuevo camino para atravesar los Andes. Descripción de la ruta.—Las doctrinas sobre el derecho de libre expatriación en la Argentina. Opiniones del general Mitre.—La Hacienda de Chile.

Para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del mar del Sur, la República del Panamá ha tomado grandes iniciativas y se ha dirigido a España para hacerla partícipe de las fiestas de la conmemoración. La figura que se destaca en la apoteosis de este gran hecho histórico, es la del Adelantado Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico. Las Repúblicas enclavadas a lo largo del inmenso mar que baña las costas occidentales de América, ven en la conmemoración la evocación del momento de su aparecer a la vida de la civilización europea, realizada por una de las figuras históricas más grandes de la España heroica. Una estatua se levantará en el Canal de Panamá: la de Balboa. Ella será un símbolo para la corriente de civilización que discurrirá en el cauce que abrió el esfuerzo humano, símbolo perenne de la energía expansiva humana por la conquista del planeta, y recordará eternamente la eclosión de voluntad de un pueblo que llevó la obra secular de la civilización de Europa a un continente nuevo.



¿Quién fue el héroe?

Vasco Núñez era un ejemplar de aquella generación de titanes oriundos de Extremadura y Andalucía que irrumpieron en las regiones misteriosas de la América del descubrimiento, llevando como incentivo el amor a la gloria, la idealidad de un pueblo que se sentía predestinado para las grandes epopeyas, sin flaquezas ante nadie ni ante nada. Venía Balboa del mismo tronco que Cortés, Pizarro, Hernando Soto, Valdivia... Su figura era la de los caudillos: facciones duras y proporcionadas, mirada aquilina y gesto imperial. César Cantú dice, además, que Balboa encerraba inteligencia, dulzura, diplomacia, cualidades combinadas con un espíritu altivo y avasallador. Su abolengo era aristocrático.

He aquí su historia en América:

Sigilosamente llegó a las colonias del Urabá, en 1510, con la expedición que partió al mando de Fernández de Enciso. Consiguió que le proclamaran jefe, dió pruebas de valor temerario, de hábil gobernante; reorganizó la colonia de Santa María la Antigua, mandó expediciones a lo largo del Darién; sometió territorios, y en la provincia de Coiba enamoró a la hija del cacique y se casó con ella; oyó de labios del cacique una revelación que le hizo soñar en el país de fabulosas riquezas que desde Marco Polo encendía la voluntad de los exploradores europeos. Decía así el cacique:

«Si tan valioso es este oro ante vuestros ojos, y sólo para poseerlo abandonáis vuestra patria, exponiéndoos voluntariamente a toda suerte de peligros, tras aquellos montes que al Sur se levantan existe un dilatado mar, frecuentado por un pueblo que, cual vosotros, posee barcos con velas y remos; su rey come en vajilla de oro, y el país está cruzado por ríos que son riquísimos de dicho metal, tan abundante allí como aquí el hierro.»

En 1.º de Setiembre de 1513 organizó una expedición con 200 soldados españoles y algunos centenares de indios; costeó el istmo de Darién, llegó otra vez a la provincia de Coiba, y



dejando parte de sus huestes al cuidado de las embarcaciones, se lanzó tierra adentro con parte de los suyos, como héroes de leyenda helénica, en busca del nuevo mar.

La expedición, que aún hoy resulta penosísima y algunas veces imposible, la realizaron al cabo de veinticinco días de jornada, Balboa y sus compañeros. Luchar con pueblos salvajes y seguir avanzando a través de bosques tupidos, con rumbos inseguros, acechado por las fieras y las enfermedades, siempre con la perspectiva del misterio, es algo que sólo los escogidos pueden hacer. El 25 de Setiembre de 1513 llegaron los españoles a la falda de una montaña desde cuya cumbre se había de divisar el mar inmenso. Subía Balboa el primero trepando por la vertiente, resonando el acero de sus armas sobre las peñas, como preludio del canto de gloria que había de escucharse en las cumbres; seguíanle sólo 67 compañeros, empujados por el viento invisible que hincha las velas del corazón en pos de las grandezas. ¡Mar! gritó Balboa, con el mismo arranque que los vigías de los barcos ponen en su voz al divisar la tierra esperada. ¡Mar! repitieron sus compañeros, contemplando la llanura de líquida esmeralda que se agitaba blandamente en espumas en la base de la cordillera. Dice la Historia que un Fray Alonso de Vara entonó el *Te Deum laudamus*; los ojos de los héroes bebieron en el azul del mar y del cielo, por cuyas inmensidades se dilataron los vivas a España. El 29 de Setiembre, Balboa pisaba las arenas del mar del Sur, en la desembocadura del Sábana, en el golfo de San Miguel. Tremolando un estandarte y desenvainada la espada, penetró Balboa en el mar, a pie firme, bañándose en las aguas sobre las cuales proclamó el dominio de España.

¿Recuerdas, lector, cómo soñaba el alma enferma de Werther cuando, echado sobre el césped, repartía su mirada entre los gusanos de las brozas y los rayos del sol que descendían como una cascada de oro desde el firmamento? ¿Cómo su alma parecía moverse tocando los polos de la creación? Figúrate, pues, cómo soñaría el alma fuerte del héroe español, conmo-



vida por la crepitación del incendio glorioso del corazón de la raza, ante un mar inmenso, una tierra legendaria y la patria amada que se extendía a través del espesor del mundo.

Desde la cumbre del histórico monte, al bajar los españoles con el gran Balboa, descendió la civilización y se desparrramó el alma de Europa, ofreciendo el campo más grandioso que se ha deparado a la Humanidad para sus creaciones. Allí estaba el mar de 180 millones de kilómetros cuadrados, que encierra inmensos archipiélagos, y toca en continentes vastísimos. Con Balboa, iban los discípulos del heroísmo: Diego de Almagro, conquistador de Chile; Bernal Díaz del Castillo, compañero de Cortés en la conquista de Méjico; Vázquez Coronado, conquistador de las siete ciudades de Cilda; Belalcázar, conquistador de Quito y Bogotá; Pizarro, conquistador del Perú; Bartolomé de Hurtado, el explorador del golfo de Nicoya; Gil González de Avila, de Nicaragua. Al calor de la gloria de Balboa, avanzaron luego Fernando de Soto, hasta descubrir el Mississipi; Fernando de Magallanes, hasta el famoso estrecho de su nombre; Sebastián Cabot, hasta el Plata y el Paraná. Todo un potencial de energías que se desparramaba sobre un mundo que los españoles, en constante epopeya, iban entregando a la cultura de la vieja Europa.

No importa hablar ahora de la trágica muerte de Balboa. Nada puede eclipsar el esplendor de su gloria que íntegra legó a su patria. Cuando los asiáticos crucen el canal de Panamá, confundidos con los representantes de los pueblos de Europa y de América, verán en las piedras y bronce que transfiguren el rostro de Balboa, la imagen de la historia de un pueblo que acercó más a los hombres que toda la filosofía y la religiosidad que ha brotado del alma humana.

Los pueblos degenerados o decadentes no pueden revivir sus pasadas glorias; los pueblos que descansan, después de las grandes proezas, guardan latentes en el fondo de su espíritu las fuerzas que les empujaron a la conquista de sus glorias pretéritas. Este es el caso de España. Aquellos caracteres que



brotaron del fondo de regiones aisladas como Extremadura, de las cunas de molicia como Andalucía, viven aún. Pero falta el momento emocional, la concitación a la gloria, el fuego del ideal que, arrastrando la voluntad, opera en las obras de grandeza. Como esos gérmenes larvados que viven sin desarrollarse mientras no reciben la acción de un medio favorable a su desenvolvimiento, las energías de raza no se manifiestan mientras el medio es frío, indiferente, refractario, sin calor y sin luz.

Ante el recuerdo de Balboa, símbolo de la mayor de las gestas de España, viene a los labios la pía evocación de Carducci, sobre las gradas del Foro, pensando en la vieja patria:

¡Salve, Deidad! Inclinado en las gradas  
del Foro, evoco con lágrimas dulces  
y adoro tus vestigios dispersos,  
¡generatriz, Patria, diosa, alma Roma!

Por ti, yo soy ciudadano de Italia;  
por ti poeta, oh gran madre de pueblos,  
que has dado todo tu espíritu al mundo,  
que de tu gloria has llenado la Italia.

...arcos que esperan los triunfos modernos,  
ya no de Césares, ya no de reyes,  
ni de cadenas atando implacables,  
espaldas de hombres a carros ebúrneos...

\*  
\* \*

El Dr. Albert Hale, miembro de la Unión Panamericana, ha escrito un artículo en inglés sobre el nuevo camino para atravesar los Andes, cuya divulgación es de gran interés para todos aquellos que cultivan el movimiento americanista. Dice así:

«Tal vez para los que consagran atención a la Historia y, sobre todo, al progreso actual de Sur América, no puede haber un estudio más interesante que el de escalar la Cordillera y poner en comunicación ambos Océanos.



En estos últimos tiempos, después que la construcción de ferrocarriles le transmitió nueva vida a esta cuestión, el avisado y previsor norteamericano William Wheelright concibió e inició el proyecto, y en 1851 construyó el primer ferrocarril de Sur América, que se extendía desde Caldera hasta Copiapó (Chile), el cual, según su opinión, había de extenderse, por último, hasta Buenos Aires. En 1910 el ferrocarril andino logró poner en comunicación ambas costas por este rápido medio de transporte en una línea casi recta de 888 millas entre los dos Océanos. Este ferrocarril atraviesa la montaña a una altura de 10.000 pies, y en cuarenta y ocho horas va de una a otra costa.

Pero conste que éste no es el único paso—por la vía de Uspallata—de un lado de la Cordillera a otro. La idea de construir un ferrocarril hasta dentro del Norte de la Argentina desde el lado chileno, concebida por Wheelright, tiene todavía partidarios, y tal vez se encuentren contratistas que la pongan en práctica. Ya se han hecho los trazados y mediciones para un ferrocarril que se bifurque en las cercanías de Jujuy, hacia el Oeste del Central Norte Argentino, hasta la frontera boliviana, y que pase por la costa del Pacífico, cerca de Antofagasta, realizándose así el proyecto de Wheelright. Y cumple agregar que este paso de San Francisco, que pondría en comunicación a ambas Repúblicas, se adapta admirablemente para obtener este resultado.

Pero en la parte meridional del continente las inmensas extensiones de terrenos que ahora comienzan a producir en ambos lados de la Cordillera, deben de alguna manera, ponerse en más íntimo contacto mediante esta vía férrea. No cabe duda de que, por uno de estos pasos, tarde o temprano, se construirá un ferrocarril que preste grandes ventajas y utilidad al comercio. Dos de ellos—en cuyas cercanías tiene que funcionar un ferrocarril—ya se están usando en el tráfico local. Uno se halla casi en la latitud de Valdivia, en tanto que el otro no está muy distante al Norte de latitud de la Puerto Montt,



que en la actualidad es la estación terminal meridional del ferrocarril desde Santiago. Ambos son muy hermosos y están atrayendo los turistas, pero no en la proporción que merecen.

Yo tuve el placer de viajar en compañía del gobernador del territorio de Neuquén, a través de la vertiente que se acaba de mencionar, desde Bariloche, en la Argentina, hasta Puerto Varas, en Chile, siendo el objeto de la excursión del gobernador hacer investigaciones acerca del estado del camino y la región que se extiende entre la capital de su territorio y Bariloche.

Además, esta poco transitada ruta hasta Chile me inspiraba un interés especial. Sabía yo que se le había consagrado mucha atención, y que tanto el Gobierno como las empresas de ferrocarril la habían estudiado detenidamente, porque, al fin y al cabo, algún paso meridional por la cordillera tiene que convertirse en un camino entre las dos grandes Repúblicas a ambos lados de los Andes, y yo deseaba saber qué clase de región se abriría entonces para una futura colonización y explotación.

Pero desearía manifestar, para estimular a los que no hayan tenido la oportunidad de estudiar estas mismas extensiones de terrenos correspondientes en la Argentina y en los Estados Unidos de Norte América, que la semejanza a un árido desierto es solamente superficial. Hace más de veinte años que pasé por centenares de millas en los Estados de Texas y Arizona, que eran tan áridas como Sahara. Hoy día el viajero encuentra una gran parte de esta región en un estado floreciente, cubierta de buen pasto para ganado, con árboles, o dividida en pequeñas haciendas de cultivo, en las cuales se recogen cosechas de cereales y legumbres y existen productivos huertos. Toda la explicación del transformado paisaje se encuentra en una sola palabra: agua. Una vez que el agua se introduzca en este abrasado y sediento suelo, millones de hectáreas serán redimidas y dejarán de ser un erial.

Desde el punto de vista local, el problema acaso sea dife-



rente de lo que ha sido y aún continúa siendo en la apartada region del Oeste de los Estados Unidos de Norte América; pero es fundamentalmente idéntica. Habiendo agua, los árboles crecen, y con éstos el agua vendrá finalmente por sí misma, y el suelo fructificará. A juzgar por lo que me dijeron mientras viajaba por esa ruta, no es muy difícil obtener agua. Hay unos cuantos ríos, de un tamaño regular, de los cuales puede sacarse agua, y en algunos lugares, dicho líquido se encuentra a unos cuantos metros debajo de la superficie. La Argentina, enérgica y progresista, resolverá el problema, lo mismo que se está resolviendo en los Estados Unidos de Norte América, y pronostico que, durante el curso de la vida de muchos de nosotros, en La Pampa, Río Negro, Neuquén y Chubut se establecerá el riego de una manera regular y efectiva, y que en estas llanuras desprovistas de árboles, millares de colonos encontrarán cómodos hogares.

Al día siguiente por la mañana, a las cinco y treinta minutos, el Gobernador Elordi preguntó por mí en el hotel. El automóvil en que habíamos de hacer el experimento de atravesar el desierto por caminos desconocidos, que jamás habían sido tocados por una llanta de goma, era de 40 caballos de fuerza y 36 centímetros del eje al borde más bajo de la llanta. Es probable que pudiera andar a razón de 50 millas por hora, y cuando se puso a prueba subía muy bien las cuestas.

No había transcurrido aún una hora de nuestra salida de la capital cuando atravesamos el río Limay y entramos en el río Negro, mediante un simple bote que quedaba pendiente de un cable de hierro extendido sobre el río, y que era impulsado hacia atrás y hacia adelante por la acción de la corriente. Entonces encontramos un camino duro y muy trillado a través del desierto, árido como Arizona; pero que servía para carretas tiradas por bueyes, por la vegetación especial de una reseca llanura. No puedo menos de repetir la gran semejanza que existe entre dicha región y los Estados de Arizona, Texas o el Norte de Méjico. Sin embargo, eché de menos las varias clases



del cacto o tuna, que tan comunes son en aquellas regiones. No sé si el cacto crece en la Argentina; pero estoy seguro de que el suelo es propicio para su desarrollo, y el gobernador Elordi me dijo que se proponía introducir una clase sin espinas en Neuquén, que debía crecer bien en estas cercanías y proporcionar buen pasto, especialmente para los mulos y acaso también para el ganado. A las nueve y quince de la mañana llegamos a Los Jaguelitos, un boliche o pequeña casa, la primera que hallamos en el camino al Sur de Neuquén, a una distancia de 48 millas.

La monotonía de nuestra excursión por este lugar fue interrumpida con frecuencia, de una manera grata, por la contemplación de la abundante caza que de seguro hubiera despertado el interés de un cazador norteamericano. Vimos varios guanacos, los camellos de Sur América, que se asemejan mucho a la llama, en tanto que los avestruces también eran muy numerosos. Además, había muchas codornices y liebres. En muchas de las grandes estancias de la Argentina se prohíbe matar los avestruces, porque sus plumas constituyen una fuente considerable de renta para sus dueños. Estas plumas no son tan finas como las del avestruz africano, y se usan principalmente en la fabricación de plumeros.

A las diez de la mañana salimos de Los Jaguelitos, y bajamos gradualmente hasta un anchuroso valle, sin que el camino ofreciera obstáculos al automóvil que corría a razón de 18  $\frac{1}{2}$  millas por hora, y en algunos lugares aún con mayor velocidad. Entonces, a las once y treinta minutos de la mañana, llegamos a otro boliche, situado a poca distancia de una cuesta un tanto rara en la extremidad del valle, denominada «El Cerro de la Policía», y allí descansamos y almorzamos muy bien. Una vez más se nos ofreció un ejemplo de la producción de aquel suelo, pues el colono, dueño del boliche, que nos dió tan sabroso almuerzo, hacía seis años que había descubierto un manantial de agua pura en el lado del cerro, detrás de su casa, y había desarrollado un sistema práctico



de riego para un hermoso huerto alrededor de su casa, en el cual cultiva con éxito maíz, cebollas, patatas y otras legumbres semejantes, en tanto que su gusto estético le había inducido a cultivar bellísimas flores, habiéndonos regalado, en el instante de nuestra partida, un ramo o pucha de bonitos claveles que conservaron su frescura y fragancia hasta el fin del siguiente día.

Por un buen camino, más allá del citado cerro, dentro de una hora, llegamos a otro boliche que llaman «Colorado». En este lugar, el gobernador Elordi había depositado, y tenía lista para usarse inmediatamente, una cantidad de nafta, porque, teniendo en cuenta que por aquel camino jamás se había viajado antes en automóvil, fue preciso suministrar dicho combustible en la vía, por si acaso se necesitaba. En Colorado sólo permanecemos el tiempo suficiente para trasladar la nafta o petróleo al carro, y entonces seguimos por el cañadón denominado «Tricaco», habiendo llegado a las diez y diez minutos de la noche a Mencue, almacén y establecimiento de buen tamaño que surte a las estancias de las cercanías. Este último tramo de 68 millas lo anduvimos en tres horas y cuarenta minutos. La distancia total que se viajó en automóvil el primer día ascendió a 171 millas y, acortando el camino aquí y allá, por indicación del guía, ahorramos 15 millas de las 186, que es la distancia ordinaria que calculan los hijos de aquel país.

Dícese que Mencue es la estación intermedia de Neuquén a Bariloche. La noche había sido fría, y el aire de la mañana era fresco y vigorizante, siendo así que a las seis de la mañana el termómetro indicaba 16° C. Esto se explica por el hecho de que la altura, según lo indicaba el barómetro anerode, era cerca de 3.937 pies, o sea el punto más alto del camino.

Después que salimos de Mencue encontramos un excelente camino que conducía a un boliche denominado «Laguna Blanca», que debe su nombre a un pequeño lago que hay cerca de aquel lugar, el cual se seca en el verano, y así exhibe su lecho incrustado de alguna clase de sal blanca brillante. Anduvimos



una distancia de 31 millas en cincuenta minutos. De Laguna Blanca a otro pequeño oasis que hay en el desierto, y que se llama Cumallo, media una distancia de 43 millas, que se anduvieron en dos horas y cuarenta y cinco minutos, habiendo llegado a las doce y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

De Cumallo, de donde salimos a la una de la tarde, a Pilcanillen, adonde llegamos a las dos y cuarenta y cinco minutos de la tarde, hay unas 25 millas. Este lugar es una aldea que tiene una escuela federal, una estación de telégrafo y una planta muy bien organizada, con maquinaria moderna para trasquilar el ganado lanar. En todos los valles de estas cercanías abundan mucho los rebaños de ovejas, cuya crianza parece ser bastante productiva. Pilcanillen es la línea divisoria del tráfico y movimiento hacia el Este, porque desde este punto todas las carreteras procedentes del Sur se dirigen al Este, hacia la extremidad del ferrocarril que comienza en Puerto San Antonio, en Río Negro, en la costa del Atlántico, y se abriga la esperanza de que dentro de poco tiempo esta vía férrea llegue a Pilcanillen y se continúe hasta Bariloche. Salimos de Pilcanillen a las cuatro y quince minutos de la tarde, y encontramos muchos desniveles en el camino, debido al hecho de que por él transitan muchas carretas y a la notable diferencia del suelo, que era más blando y terroso, razón por la cual las carretas hicieron huellas más hondas, entre las cuales había altas gibas. Estas, formadas en el medio del camino, causaron muchas demoras, y por eso el automóvil no podía andar con mucha velocidad. A eso de las cinco de la tarde columbramos primeramente la cordillera, coronada de nieve, y poco después divisamos los hermosos picos del poderoso Tronador, que semejan una silla de montar. Durante la tarde también tuvimos ocasión de contemplar un paisaje más agradable y verde, más ganado, principalmente caballar, valles más fértiles a derecha e izquierda del camino, y más viviendas que las que habíamos visto el día anterior. A las seis y treinta minutos de la tarde cruzamos el río Nirihuao, y a las once y treinta minutos de la



noche, después de viajar por un buen camino, que aun a la tenue luz de las estrellas pudimos andar a razón de unas 25 millas por hora, entramos en la población de Bariloche. Ese día anduvimos 155 millas.

Salimos de Bariloche a las cuatro de la tarde, y aquella noche, a las nueve y treinta minutos, llegamos al desembarcadero de Puerto Blest.

De este último lugar salimos la próxima mañana a las cuatro, y en cuarenta minutos logramos andar la corta distancia (dos y media millas) que hay entre el lago Nahuel Huapi y el lago Fría, por un tranvía de rieles de madera ligeros.

El lago Fría es una honda cavidad formada en las montañas, cuyos costados son muy pendientes, en la cual sólo puede entrarse por los dos extremos donde una compañía ha colocado plataformas para efectuar los desembarcos. Salimos de este pequeño lago a las cinco y cincuenta minutos de la mañana, a lomo de mulo, para atravesar la vertiente que hay entre los lagos, con el propósito de salir de la Argentina y entrar en Chile, puesto que a las seis y cuarenta y cinco minutos de la mañana pasamos la línea divisoria, situada a una distancia de cerca de 2 millas del lago Fría. Después de andar 6 kilómetros más, llegamos a Casa Pangué, situada en las márgenes del río Peulla, hacia arriba, desde cuyo valle se contempla una magnífica vista de Tronador. Entonces, tras un paseo en carretón hasta una distancia de 10 millas por pinares y otros árboles, a lo largo del río Peulla, llegamos al hotel de su nombre, situado en las riberas del lago Esmeralda, donde almorzamos.

Desde este último lugar salimos a las dos y treinta de la tarde, y atravesamos el lago Esmeralda hasta una distancia de 31 millas, aproximándonos cada vez más al hermoso monte Osorno, cuyo cono, cubierto de nieve, se destaca por encima de todo el paisaje circundante, habiendo desembarcado en Petrohue a las cuatro y treinta minutos de la tarde. En este punto nos esperaban buenos caballos, y después de tomar una taza de café, emprendimos la marcha con dirección a Enseña-



da, una distancia de 18 kilómetros, situada en un extremo del lago Llanquihue, el más grande que hay en Chile, y que únicamente el Titicaca le supera en Sur América. Llegamos a las siete y quince minutos de la noche, cenamos en el hotel que hay en Ensenada, y salimos en vapor a las nueve de la noche, con destino a Puerto Varas, situado a 50 kilómetros a través del lago, siendo ésta la estación más cercana del ferrocarril central de Chile, a la cual llegamos a eso de media noche.

Este fue el fin del viaje. Yo había salido de Buenos Aires en la tarde del lunes 6 de Enero, y había llegado en la mañana del martes, 14 del mismo mes, después de viajar una distancia de 1.320 millas a través de los Andes.

\*  
\* \*

En las conferencias dadas por el ilustre tratadista argentino el Dr. Zeballos sobre el derecho de libre expatriación, después de exponer las ideas de algunos estadistas de la Argentina en este respecto, ha analizado el pensamiento de una personalidad de tanto relieve como la del general Mitre, después de hacer la crítica de la orientación de Alberdi.

«Alberdi—dijo—era el hombre de la federación, el hombre de los odios contra Buenos Aires; Sarmiento era el lazo que unía, que pretendió unir siquiera a la Federación y al Estado de Buenos Aires. Y entre estos dos, aparece una tercera figura, distinta de ambos por el talento y por el carácter, superior a Alberdi por la energía e inferior a Sarmiento por la intelectualidad. Este era el hombre del estado separatista de Buenos Aires: el general Mitre.

Superior por la inteligencia a todas las figuras notables de su tiempo, dirigía aquella aristocracia porteña descendiente de algunos almaceneros enriquecidos. Pero sus tendencias encañábanse también, como las de Sarmiento, a la unidad nacional.»

Ha luchado el general Mitre conservando siempre, como medio de acción, su popularidad, a diferencia de Sarmiento,



que no vacilaba nunca en comprometerla para salvar la independencia de su criterio. Sin embargo, cuando se ha presentado alguna ocasión decisiva, el general Mitre supo también sobreponerse a las opiniones de los mediocres, arriesgando esa popularidad, que era la más poderosa de sus armas. El sentimiento popular, condensado —dice— en cierta frase del ramplón poeta Mármol: «las provincias son apenas cuatro ranchos que están más allá del Arroyo del Medio», ha indignado frecuentemente al general Mitre.

Mitre condenaba la idea separatista. En 1854 afirmó el predominio de la nacionalidad, combatiendo la Constitución exclusivista de Buenos Aires. A juicio del general Mitre, era necesario reformar esta Constitución, en la parte referente a los problemas de ciudadanía, pues la facultad de legislar sobre estas cuestiones pertenece íntegramente, según él, a la nación.

En 1869 el general Mitre es objeto de un banquete popular, y entonces pronuncia un discurso que ha causado verdadera sensación en el país. La palabra de Mitre era la palabra de un soldado, de un tribuno, de un periodista. Mitre tenía, además, la experiencia de seis años en el más alto puesto de su patria, en la presidencia de la República. Había subido a este puesto lleno de inteligencia, de salud y de patriotismo; había trabajado desde allí empeñadamente y tenía, por lo tanto, una idea clara respecto a las necesidades de su pueblo.

Y en este discurso, el general Mitre, después de elogiar las condiciones de cada grupo de extranjeros radicados en tierra argentina, pronunció las siguientes palabras, merecedoras de una atención que hasta hoy nadie le ha prestado: «En este país todos debemos reconocernos hermanos.» El concepto puede interpretarse como un elogio del ambiente, fácil a la fraternidad humana; pero pronto se transforma en actos, en leyes, no dejando lugar a dudas respecto del criterio de Mitre ante la nacionalidad.

En 1870 el Congreso estudiaba la ley de emigración. El Congreso se componía de hombres serios, laboriosos y patrio-



tas, y la ley votada entonces era tan sabia, que si siguiese se habría ahorrado el país no pocos disgustos. «Nosotros—dice el doctor Zeballos—la hemos dejado perder porque todavía no sabemos justipreciar debidamente lo nuestro; para nosotros nada vale de cuanto aquí se produce, y sólo concedemos importancia a lo que nos venga del extranjero, aun cuando muchas veces no sepamos interpretar su espíritu ni entender su letra. La ley de 1870, despreciada en la Argentina, fue copiada más tarde por los Estados Unidos.»

Esta ley, al aprobarse en el Congreso, tuvo el prestigio del voto y de la palabra de Mitre, quien afirmó entonces que los Estados Unidos hubieran sucumbido, como nación, de no asimilarse tan sabiamente a los extranjeros que invadían su territorio; «y únicamente—añadió—basándonos en esta norma, no vacilará nuestra estatua del porvenir».

Claramente se ve, pues, el pensamiento de Mitre favorable a la incorporación de los extranjeros a la vida activa del país. Poco más tarde, en 1878, dictaba el Congreso nacional una ley de jubilaciones y pensiones. En el país abundaban entonces los extranjeros ilustres que Sarmiento y Mitre habían traído para engrandecer la enseñanza universitaria argentina, y había el peligro de que estos hombres, una vez jubilados, disfrutasen la pensión en su país de origen.

Presidía la Cámara el Dr. Zeballos, y convencido de la injusticia de esta ley, abandonó la presidencia para defender una moción proponiendo que ningún extranjero pudiese jubilarse sin antes haberse nacionalizado en el país. El discurso del Dr. Zeballos dió origen a un largo debate y al nombramiento del comité de nacionalización, presidido por Cambaceres. Sarmiento, como el orador decía en su conferencia última, debido a una ligereza del presidente del comité, se puso abiertamente en contra de las nuevas ideas, amenazando destruir el prestigio que ya habían ganado en la opinión. Pero entonces sale a la defensa del orador y sus partidarios la palabra serena del general Mitre.



En *La Nación* emitió Mitre su juicio respecto al asunto, defendiendo las ideas del Dr. Zeballos y señalando al autor como una gloria futura e indudable del país argentino. «El general Mitre afirmaba, pues—agrega el orador,—el gran principio del Estatuto del año 15, el de la Constitución del 17, el de la del 19, el de la del 26, el de la guerra de Rozas contra Inglaterra y Francia»; afirmaba que los hijos de extranjeros nacidos en la Argentina son argentinos. «De otra manera—dice más tarde el general Mitre,—en vez de una nacionalidad, haremos una aglomeración de comerciantes.»

Después de Alberdi, de Sarmiento y de Mitre, muchos otros hombres de pensamiento han opinado sobre la importante cuestión; pero ninguno mejora el criterio de los tres ilustres estadistas.

Con el estudio sobre la personalidad de Mitre ha puesto fin el Dr. Zeballos a la primera parte de su ciclo de conferencias, afirmando que el pensamiento central de la legislación argentina ha sido siempre el de radicar en el país a los emigrantes, haciéndolos suyos por la mayor suma de garantías políticas.

Debéis daros cuenta—agrega dirigiéndose a los escolares—que el profesor no os ha venido a enseñar historia, sino a decirnos que cada uno de vosotros es una fuerza, la cual, puesta en contacto con las realidades, irradiará hacia otras conciencias, despertándolas a la vida del patriotismo y de la ley, para que la ley, bien orientada, sea la guía de la patria hacia su grandeza futura.

\*  
\* \*

En el mensaje dirigido al Congreso por el Presidente de la República de Chile, al reanudarse las sesiones parlamentarias, se recuerda que los ingresos en 1912 llegaron a 395 millones de pesos y los gastos a 414 millones, lo que produjo un déficit de 19 millones. Para 1913, los ingresos se han calculado en 411 millones.

La Deuda exterior chilena se eleva en la actualidad a 34  $\frac{1}{2}$



millones de libras esterlinas, con disminución de  $7\frac{1}{4}$  millones con relación a las cifras de fin de Diciembre de 1911.

La balanza mercantil continúa siendo favorable: las importaciones ascendieron a 602 millones de pesetas y las exportaciones a 689.

La producción de nitrato excede de 25 millones de quintales métricos, con aumento de 617.000 quintales sobre la del año precedente.

También anuncia el mensaje presidencial que el presupuesto para 1914, que será presentado a las Cámaras, tendrá un superávit inicial, suficiente para cubrir los gastos imprevistos que puedan producirse.

Examinando otros aspectos de orden económico, hace notar el documento la elevación a 10 millones de pesetas de las sumas depositadas en la Caja Nacional de Ahorros.

Los estudios para la construcción de 1.200 kilómetros de nuevas líneas férreas se han terminado, y ahora se halla en estudio un proyectado aumento de la red a 5.103 kilómetros más.

Para Setiembre próximo, una porción importante de la red longitudinal, 3.125 kilómetros, será puesta en explotación, quedando unidos los puertos de Pisagua y Santiago.

En cuanto a las líneas férreas pertenecientes a empresas particulares, miden unos 3.000 kilómetros, y tiene en construcción 415 de nuevas líneas.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>El espíritu y el titanismo científicos de nuestro tiempo</i> , por Antonio Gota.....	5
<i>Crónicas del tiempo de Isabel II</i> , por Carlos Cambronero.....	35
<i>Los Arfe</i> , por Carlos Justi.....	78
<i>El Clondic y la vida de los buscadores de oro</i> , por Jeremías Lynch.	99
<i>Padre e hijo</i> (novela), por Edmundo Gosse. ....	131
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	158
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. ....	191